

Universidad Pontificia Comillas



**FACULTAD DE TEOLOGIA
ESPECIALIDAD DE TEOLOGIA ESPIRITUAL**

Tesina para la obtención del título de Licenciatura en Teología Espiritual:

**“Las crisis vocacionales en la formación inicial.
La etapa del juniorado.”**

Director: Prof. Luis María García Domínguez

Alumna: Brígida Eduardo Macamo

Madrid 2016

Contenido

Siglas y abreviaciones	2
Introducción	3
Capítulo I: ¿Qué es la vocación religiosa?	5
Capítulo II: La etapa del Juniorado en la formación inicial.	32
Capítulo III: Los abandonos vocacionales: el hecho y sus explicaciones.	60
Capítulo IV: El acompañamiento formativo para la vocación consistente.	91
Conclusión general	115
Bibliografía	118
Índice detallado	124

Siglas y Abreviaturas

AA	Concilio Vaticano II, <i>Apostolicam Actuositatem</i> .
AA.VV.	Autores varios.
AG	Concilio Vaticano II, <i>Ad Gentes</i> .
BAC	Biblioteca de Autores Cristianos.
Can.	Canon.
CDC	<i>Código de Derecho Canónico</i> , 1983.
CDF	Congregación para la Doctrina de la Fe.
Cfr.	Conferir.
CIVRSVA	Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica.
CONFER	Conferencia Española de Religiosos.
DCVR	Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, <i>Dimensión contemplativa de la vida religiosa</i> .
ES	Concilio Vaticano II, <i>Ecclesiae Sanctae</i> .
ET	Papa Pablo VI, <i>Evangelica Testificatio</i> .
GE	Concilio Vaticano II, <i>Gravissimum Educationis</i> .
GS	Concilio Vaticano II, <i>Gaudium et Spes</i> .
LG	Concilio Vaticano II, <i>Lumen Gentium</i> .
OT	Concilio Vaticano II, <i>Optatam Totius</i> .
PI	Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, <i>Potissimum Institutioni</i> .
SC	Concilio Vaticano II, <i>Sacrosanctum Concilium</i> .
SCR	Sagrada Congregación para los Religiosos.
SS.CC.	Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.
UP. Comillas	Universidad Pontificia Comillas.

Usamos las abreviaturas de los libros de la Sagrada Escritura según la *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2008.

Introducción

El estudio de “Las crisis vocacionales en la formación inicial. La etapa del juniorado” surge a partir de una inquietud, después de ver varios compañeros y compañeras abandonar la vida vocacional; sencillamente quería saber por qué la gente abandona la vida vocacional después de un largo proceso de formación y, con frecuencia son gente que desde fuera parecía estar a gusto en su vida vocacional. Y también cuando la congregación me pidió prepararme para trabajar en la formación me pareció llegado el momento de ponerme a estudiar el tema de las crisis vocacionales, con el objetivo de conocerlas y saber más o menos lo que mueve a la gente a abandonar y así poder ayudar a los jóvenes en formación a bien vivir y atravesar las crisis cuando lleguen.

Es Dios quien llama a la vida consagrada y del encuentro con el Señor nace el deseo de querer consagrar la vida a Dios. Y el candidato deja todo para empezar un largo camino de conversión a un compromiso cada vez más radical con el evangelio, que es la formación inicial. Y a medida que el candidato va avanzando o pasando de una etapa a otra (pre-noviado, noviado, juniorado) se supone que la experiencia de Dios se va consolidando, porque entendemos la formación inicial a la vida religiosa como un proceso integral e integrador en el cual el formando va descubriendo, profundizando y asimilando en qué consiste la identidad del religioso en una congregación y en la Iglesia. El candidato va aprendiendo a vivir en Dios, para Dios y desde Dios, poco a poco va sumergiéndose en la experiencia inefable del Dios vivo, concretando el objetivo principal de la formación religiosa.

De aquí surge la problemática: ¿Cómo se explican las interrupciones de los procesos formativos de los jóvenes profesos? ¿Qué ha fallado en los procesos que parecen bonitos, que parecían estar avanzando y de pronto se interrumpen? ¿Dónde está el problema? ¿En el joven en formación? ¿En el formador? ¿En el método, en el contenido? Y ¿qué hacer para que los procesos formativos sean consistentes?

El objetivo del trabajo es estudiar lo que está en la base de los motivos que llevan a los jóvenes profesos, que habían abrazado convencidos durante un mayor o menor número de años la vida religiosa, a abandonar esta vida vocacional y por otro lado ver cómo ha de

ser planteada la formación inicial, sobre todo en el juniorado para preparar a los jóvenes para que tengan una base sólida capaz de afrontar y atravesar las crisis propias de la etapa con valentía, y ayudar a que salgan o dejen la vida vocacional aquellos que después de un discernimiento descubran que no están llamados a esta vida vocacional.

En nuestro trabajo usamos como fuentes los documentos de la Iglesia, algunas obras generales y diferentes obras sobre la vocación religiosa y sus crisis y, por fin, diferentes obras sobre la formación a la vida religiosa.

En nuestro trabajo usamos el método analítico. Siendo difícil de abordar directamente a los sujetos religiosos que abandonaran la vida religiosa, nos dedicamos en este trabajo a leer y analizar lo que los diferentes autores dicen sobre las crisis y abandonos en la vida vocacional y aportamos lo que nos parece válido. Es un método más indirecto al no haber tenido la oportunidad de contactar directamente con los ex - religiosos.

Para concretar nuestro objetivo desarrollamos nuestro trabajo en cuatro partes. Empezamos respondiendo a la cuestión “¿Qué es la vocación religiosa?”, porque nos parece que hay que tener claro que la vida vocacional es una llamada, donde es Dios el que toma la iniciativa y el hombre, al escuchar la llamada decide con toda su voluntad responder positivamente o no. Y los que responden con libertad a la llamada de Dios empiezan un proceso de formación para ir trascendiendo sus valores y acoger los de Dios hasta llegar a consagrar su vida a vivir desde los principios del Señor. Es lo que tratamos en el capítulo segundo, la formación particularmente del juniorado en la formación inicial

En el capítulo tercero nos dedicamos a estudiar “los abandonos vocacionales, sus hechos y sus explicaciones”; en este capítulo nos dedicamos a presentar lo que nos parecen ser los motivos que están en la base de los abandonos vocacionales de estos que emprendieron el camino vocacional y miramos también por qué abandonan una vida que ellos mismos eligieron libremente. Preocupados por la situación de los abandonos vocacionales y también porque de entre los varios factores que influyen en los abandonos se ponía de manifiesto la floja formación de los candidatos a la vida vocacional, de ahí que en el último capítulo proponemos un acompañamiento formativo para que la vocación sea consistente donde la institución religiosa tiene una gran tarea.

Capítulo I: ¿Qué es la Vocación Religiosa?

En este capítulo introductorio nos dedicaremos a definir y considerar los conceptos propios de la vocación religiosa. Presentaremos primero la vocación en la Sagrada Escritura, en el Antiguo y Nuevo Testamento.

A continuación haremos una reflexión teológica de la vocación, desde las perspectivas del Concilio Vaticano II. En la Iglesia, pueblo de Dios, hay diferentes dones y carismas y, el Señor llama a cada cristiano a descubrir y responder a su propia vocación. Y el hombre tiene que implicarse, prestando atención para escuchar e identificar la llamada de Dios, que es distinta de las otras llamadas y responder según el tipo de vida a que el Señor le llama.

Ante la llamada que Dios hace al hombre, el hombre es libre de responder o de rechazarla. Veremos en la Biblia algunas personas que no han respondido positivamente a esta llamada que Dios les hace.

1. 1. La vocación en la Sagrada Escritura

La vocación en la Biblia brota de la consciencia profunda de haber sido llamados para una misión¹. La Sagrada Escritura nos presenta la vocación como un don, una invitación, una llamada directa y especial que Dios dirige a cada persona. El objeto de toda vocación es realizar el plan de salvación de Dios para su pueblo. Dios espera siempre la respuesta al llamado, por una adhesión consciente de fe y obediencia.

El principal criterio de que Dios se sirve para elegir a una persona o a un pueblo es el amor. Elige a la persona o el pueblo para que se vincule a Él, porque así Él lo quiere (Dt 7,6)². Jesús, cuando elige a sus discípulos, llama a los que Él quiere (Mc 3,12). Frecuentemente Dios, en sus criterios de elección, prefiere a los más pequeños y despreciados (Dt 7,7; 1Co 1,27).

¹ Cfr. M. RIBER, *Vocación y servicio en la Biblia*, Marova, Madrid 1970, 23.

² Las citas bíblicas las tomamos de la *Biblia de Jerusalén*, tomamos también las abreviaturas de todos los libros bíblicos usados en este trabajo.

La vocación tiene que ver sobre todo con la Palabra como llamada, como creación, como Palabra que estimula, que invita indicando un camino a seguir. El Dios de la Biblia es un Dios que llama y comunica algo de sí mismo y propone un mensaje de salvación³.

1.1.1. La vocación en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento encontramos vocaciones colectivas y particulares. En los dos tipos de llamadas es Dios quien está en su origen.

Las llamadas colectivas

Dentro de llamadas colectivas en la Sagrada Escritura se distinguen dos tipos, la llamada a la existencia y la llamada a ser pueblo de Dios.

a) La vocación a la existencia humana

En la creación Dios llama al hombre a la existencia. La persona creada a la imagen de Dios emerge en el conjunto de la creación como expresión muy singular de la llamada a la existencia. El hombre solo logra auto- comprenderse y auto- poseerse en relación a su creador.

Su vocación es ser imagen de Dios, hacerse semejante a Él como dicen los Padres de la Iglesia; reproducir lo que se vive en el seno de Dios. Y esto comporta una misión, así como en el seno de la Trinidad se vive una misión de plenitud y amor. Dios al crear al hombre le invita a realizarse como persona. El hombre es la única creatura pensada, querida y creada por sí misma, como cima de la creación y llamado a colaborar con Dios en la realización del mundo. El hombre por su condición de criatura es un ser con vocación, llamado a la plenitud de la vida⁴.

b) La vocación de Israel

Dios llama a Israel a ser un pueblo, elegido y reservado para él, “llama Israel a ser su heredad y sacerdote entre los pueblos de la tierra”⁵, un pueblo santo, (Dt 7,6; 14,2).

³ Cfr. C. M. MARTINI, *La vocación en la Biblia. De la vocación bautismal a la vocación presbiteral*, Atenas, Madrid 1997, 21.

⁴ Cfr. R. BERZOSA, *El camino de la vocación*, Verbo Divino, Estella 1991, 20.

⁵ M. RIBER, *Vocación y servicio en la Biblia*, Marova, Madrid 1970, 24.

Israel aparece como propiedad particular del Señor, está llamado a ser como Dios; a ser santo. En la vocación de Israel, es Dios el que tiene la absoluta iniciativa de llamar, su llamada es también una elección porque Israel no era el único pueblo sobre la tierra (cfr. Is 41,8-9). Dios elige libremente un pueblo de entre varios para hacerlo suyo, lo elige gratuitamente y por amor (cfr. Dt 7,6-8).

Israel está llamado a vivir una vida digna de la elección recibida y de confianza en el futuro, de estar siempre en manos de Dios. Israel es consciente de ser una elección de Yahvé⁶. La consecuencia de esta elección, es que Israel solo podrá entender su identidad a la luz del misterio de Dios. Israel es así un pueblo que está llamado a vivir una obra que no es suya, y sobre la cual no tiene control⁷.

Vocación particular

La Biblia contiene varios relatos de vocación con diferentes tipos de llamadas particulares que, nos ayudan a describir el encuentro íntimo entre el hombre y Dios que cambia la vida del llamado.

Tipos de llamadas

El primer modelo de llamada comporta dos elementos: el mandato de misión y la ejecución de la orden. A este tipo de llamada pertenecen las vocaciones de Abraham (Gn 14,1-4), Elías (1R 19,15-19), Amós (Am 7,15), Oseas (Os 1,2-3), Jonás (Jon 1,1-3; 3,1-3). Este género de vocación subraya con fuerza el dominio de Dios. El hombre siente la vocación como una invitación irresistible, pero Dios creó al hombre libre, pues, puede negarse y rechazar la llamada de Dios.

El segundo modelo de llamada contiene unos elementos comunes: mandato de misión, objeción, confirmación, signo o mandato⁸. Se encuentra por ejemplo en Moisés (Éx 3,4-12), Gedeón (Jc 6,11-24), Jeremías (Jr 1,4-10), Ezequiel (Ez 2,1-3,11). Este tipo de llamada se presenta como un diálogo, se subraya la gran intimidad del hombre con Dios. El hombre es consciente de sus límites; se percibe la “objeción del enviado manifestando su

⁶ M. RIBER, *Vocación y servicio en la Biblia*, Marova, Madrid 1970, 19.

⁷ Cfr. R. BERZOSA, *El camino de la vocación*, Verbo Divino, Estella 1991, 22.

⁸ Cfr. V. WALTER, “Vocación” en AA. VV., *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Herder, Barcelona 1993, 1608.

ineptitud”⁹, pero Dios no acepta la objeción porque el hombre no es elegido por su capacidad y talento, sino para ser enviado para una misión divina. Puede contar con la asistencia especial de Dios.

El tercer modelo de llamada que destacamos se compone fundamentalmente de dos elementos; consejo divino y petición de un voluntario, alguien que se ofrece y cumple la orden de misión. Este género de vocación se da en Miqueas, (1R 22,19-22 y 2Cro 18,18-21), Isaías (Is 6), Ezequiel (Ez 1). Este tipo de llamada subraya la transcendencia de Dios, pero esto no impide la intimidad con Dios, como se desprende de los diálogos y de la presencia del hombre en el consejo divino. Se siente el entusiasmo del hombre que se ofrece como voluntario, que no titubea ni tiene ningún miedo¹⁰. Dios, sin embargo, es el que envía y confía la misión al hombre.

El cuarto modelo de vocación no se encuentra más que en el relato de la vocación de Samuel (1S 3), contiene varios elementos de los tipos anteriores. En el templo, “tres veces se repite el nombre de aquel a quien Dios quiere confiarle una misión, se trata de una llamada íntima, que llama por el nombre, que interpela personalmente”¹¹. Es una llamada de inmediatez. El texto bíblico sugiere un tipo de llamadas por etapas (1S 3,4.6. 8.10), y un descubrimiento gradual. El hombre responde a las llamadas pero sin comprender toda su importancia. Oye, pero sin captar desde el comienzo el verdadero significado de la llamada.

Solo reflexionando y meditando alcanza a comprender esta misteriosa llamada con ayuda de la mediación de Elí. Las mediaciones son importantes porque señalan el camino que lleva a Dios; así también es la tarea del formador que ayuda al formando a descubrir a Dios. Elí humilde mediador, no exige para sí ningún mérito. Se considera puente y camino por el que transita Samuel en su caminar hacia el encuentro con Dios.

Los cuatro modelos de vocación que acabamos de describir intentan traducir una experiencia única que ha dado un giro nuevo a la vida del llamado. En todos los casos la iniciativa de la llamada viene de Dios, la elección permanece misteriosa, no depende de las cualidades excepcionales del hombre. Dios llama al hombre por su nombre, indicando así

⁹ M. RIBER, *Vocación y servicio en la Biblia*, Marova, Madrid 1970, 20.

¹⁰ Cfr. V. WALTER, “Vocación”, en AA. VV., *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Herder, Barcelona 1993, 1608.

¹¹ C. M. MARTINI, *La vocación en la Biblia. De la vocación bautismal a la vocación presbiteral*, Atenas, Madrid 1997, 81.

el carácter personal de la vocación¹². La vocación está orientada a una “misión salvífica”¹³, es una elección de servicio. Dios pide una respuesta total en la fe aunque el hombre, en general, no sabe a qué se compromete, pero Dios estará siempre con él.

Vocaciones específicas

En el Antiguo Testamento, encontramos vocaciones específicas especialmente elegidas por Dios para un servicio concreto en medio de su pueblo. Destacamos algunos como los jueces (Dt 16,18-17,13); reyes, (Dt 17,14-20) sacerdotes (Dt 18,1-8) y los profetas (Dt 18,9-22).

a) Jueces

Dios llama a algunas personas para desempeñar el cargo de jueces, que era el cargo de gobernar y reinar. Los jueces fueron los guías del pueblo de Israel en un periodo indicado. Dios solía llamarlos directamente en tiempos de suma necesidad, para que librasen a su pueblo de sus opresores. Los jueces de Israel fueron puestos por Dios (Hch 13,20).

Algunos jueces que gobernaron Israel son: Otoniel (Jc 3,7-11), Débora (Jc 4-5), Gedeón (Jc 6-8), Tola (Jc 10,1), Jair (Jc 10,3), Jefté (Jc 10,6-12,7), Ibzán (Jc 12,8), Elón (Jc 12,11), Abdón (Jc 12,13), Sansón (Jc 13-16).

b) Reyes

Los reyes de Israel son elegidos por Dios; el carácter sagrado de la realeza en el antiguo Israel se manifiesta con la unción con óleo. Fueron ungidos como reyes Saúl (1S 10,1), David (1S 16,3), Salomón (1R 1,39). La unción representa la pertenencia a título particular del ungido a Dios. Dios escoge el rey de entre el pueblo (Sal 89,20) y actúa en favor del pueblo por intermedio del rey, signo humano visible, garantía de la presencia activa de Dios junto a su pueblo.

En la elección, por ejemplo de David como rey, “se subraya la estrecha relación entre Dios y su Rey (1S 16,13), esa unión hace de David una persona consagrada, le

¹² Cfr. V. WALTER, “Vocación”, en AA. VV., *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Herder, Barcelona 1993, 1608.

¹³ M. RIBER, *Vocación y servicio en la Biblia*, Marova, Madrid 1970, 20.

habilita para cumplir algunos actos religiosos, le hace partícipe de la santidad de Dios y por lo mismo inviolable. A partir de la unción David tiene el derecho de la sucesión real”¹⁴.

c) Sacerdotes

Los sacerdotes pertenecían a la tribu de Leví. Son separados de las otras tribus para llevar el arca de la alianza, para estar a su servicio y para dar la bendición en su nombre (cfr. Dt 10,8). Son elegidos por Dios para estar en su presencia, y servir a Dios como ministros (2Cro 29,11).

Algunos sacerdotes elegidos en Israel: Leví y sus hijos Arón (Ex 6,20; 1Cro 23,13), Eleazar (Éx 6,23; Lev 10,1-7), Finehás (Éx 6,25; Nm 25,10-13), Elí, Ahimélec (1S 21,1-6; 22,9-18), Azarías (1R 4,2;), Zacarías (2Cro 24,20-22).

d) Los profetas

Es Dios el que tiene la iniciativa de llamar a alguien para ser profeta. Tenemos profetas como Moisés, Amós, Isaías, Jeremías, Ezequiel. “Dios domina la persona del profeta”¹⁵, cada uno de los profetas tiene una experiencia particular de la autoridad de Dios sobre él. Amos, (Am 3,8 cfr. 7,14s), Jeremías (cfr. Jr 1,5; cfr. Is 49,1), Ezequiel (cfr. Ez 3,14).

En Israel, también existirán profetas falsos, aquellos cuyas predicaciones no se cumplían, porque transmitan su propio mensaje, lo que dicen queda sin efecto (Dt 18, 21-22; Ez 33, 33; Is 30,8). El profeta es portavoz, transmite el mensaje de Dios. El profeta falso es “un embaucador, que atribuye a Yahvé un mensaje que no ha pronunciado o incluso ha sido elaborado por él mismo (cfr. Dt 13,1-3; Jr 23,25-28)”¹⁶.

El profeta está llamado a buscar lo que Dios quiere decir. En este sentido es fácil equivocarse, no captar la realidad total y absolutizar el propio punto de vista. La limitada capacidad intelectual y cordial del profeta, incluso su incoherencia y su pecado pueden

¹⁴ R. BERZOSA, *El camino de la vocación*, Verbo Divino, Estella 1991, 28.

¹⁵ P. BEAUCHAMP, “Profeta”, en X. Léon – Dufour, *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder Barcelona 1975, 722 – 730.

¹⁶ J. M. ABREGO, “Falsos profetas”, en J.L. SICRE, *Reseña Bíblica. Los profetas 1*, Verbo Divino (1994) 41-47.

fácilmente inducirle a errar, a mezclar y confundir lo divino con lo propio¹⁷. De ahí la importancia de estar en permanente escucha a aquel que le ha confiado la misión.

1.1.2. La vocación en el Nuevo Testamento.

En el Nuevo Testamento encontramos un Dios que llama a todos a su eterna gloria (1P 5,10), ofreciéndoles un camino que conduce a su propia plenitud. “Jesucristo es la clave para comprender la vocación. No es posible sentirse llamado por Dios, descubrir la propia vocación sin una relación real con la Palabra de Dios por excelencia. Jesús es, con toda plenitud, la gran Palabra de llamada para el mundo. Él es el lugar y ámbito de nuestras elecciones. Toda opción vocacional adviene en el interior de una historia de relación con Jesucristo”¹⁸. Jesús es el camino (Jn 14,6).

En el Nuevo Testamento, la vocación es una invitación a compartir la amistad con Jesús; si no hay amistad con Él, la vocación fracasa, la persona no se desarrolla para lo que está llamada. La diferencia entre las vocaciones del Antiguo Testamento y las del Nuevo Testamento, es que Dios habla en el Nuevo Testamento por medio de su Hijo (Hb 1,2). Toda la vocación en el interior del pueblo de Dios está esencialmente relacionada con la persona de Jesús¹⁹.

Llamadas colectivas: a la vida cristiana

La vida cristiana es una vocación divina, absolutamente gratuita. “Todo hombre es llamado a vivir y a ser en Cristo, la llamado es para todos. Todos los hombres al incorporarse a Cristo por el bautismo, empiezan a realizar su llamada. Cada hombre se realiza en sí pero en Él, se va formando el pueblo de los llamados. La humanidad realiza en Cristo su llamada como pueblo, como comunidad”²⁰.

¹⁷ J. M. ABREGO, “Falsos profetas”, en J.L. SICRE, *Reseña Bíblica. Los profetas 1*, Verbo Divino (1994) 41-47.

¹⁸ C. M. MARTINI - A. VANHOYE, *La llamada en la Biblia*, Atenas, Madrid 1983, 20.

¹⁹ Cfr. L. GONZALÉZ QUEVEDO “Vocación”, en A. APARICIO – J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 1824 – 1849.

²⁰ C. M. MARTINI, *La vocación en la Biblia. De la vocación bautismal a la vocación presbiteral*, Atenas, Madrid, 137.

Esta llamada es universal, es para todos sin distinción y el seguimiento es libre (Mc 8,34). Dios llama para vivir en comunión con su Hijo (1Cr 1,9). La totalidad del seguimiento está presente en la llamada de los doce discípulos (cfr. Mc 3,13-14), que representan las doce tribus de Israel (cfr. Mt 19,28); estos doce son el símbolo de la universalidad de la llamada y también de la totalidad de la Iglesia.

Es en la vocación cristiana donde reside la identidad fundamental de cada persona, pertenecer a Cristo por medio del bautismo. Todas las otras llamadas posteriores se enraízan en esta identidad primera y fundamental que es a la vez, nuestra primera y fundamental llamada²¹.

Llamadas particulares

A diferencia de lo que ocurría en el mundo greco-judío donde cada uno elegía su maestro, ser discípulo de Jesús no es una cuestión de mera decisión personal, no se entraba a formar parte del círculo de los discípulos por el mero hecho de desearlo. La vocación a hacerse discípulo de Cristo, aparece como una invitación, según la cual el discípulo tiene que dejar todo y seguir a Jesús. Es Jesús el que toma la iniciativa de llamar, de elegir a quien él quiere (Jn 15,16); “a diferencia de los rabinos de su tiempo Jesús rompe con las barreras entre puro e impuro, pecadores y fieles”²².

Por eso Jesús llama a los publicanos que están lejos de la comunidad cultural (Mc 2,12), a los zelotas (Lc 6, 15, Hch 1,13) y a los simples iletrados pescadores (Mc 1,16), llama a los doce apóstoles (Mc 3,13-19; Mt 10,1-4), llama también a todos los hombres (Mc 10,17-22), en particular a los pecadores (Mt 9,13; Lc 19,7). Pablo también tiene consciencia de haber sido llamado por Dios para la evangelización de los paganos (Ga 1,15), siendo él un pecador (1Co 15,9).

Aunque Jesús deja libertad al discípulo, los que aceptan, aceptan también las condiciones del seguimiento que son parte de la dinámica del seguimiento, hacer la voluntad de Dios (Mt 10,37; Lc 14,26; Lc 9,59-62). El que acepta su llamada, da una respuesta de fe que produce en él efectos de gracia tales como libertad para servir a Dios

²¹ Cfr. C. M. MARTINI, *La vocación en la Biblia. De la vocación bautismal a la vocación presbiteral*, Atenas, Madrid 1993, 121.

²² R. BERZOSA, *El camino de la vocación*, Verbo Divino, Estella 1991, 36.

(cfr. Ga 5,13), para consagrarse a Dios, vivir la paz del corazón, y sobre todo, la comunión por la cual el creyente vive su pertenencia a Cristo (1Co 1,9).

1.1.3. El rechazo de la llamada de Dios en la Biblia

Es Dios el que toma la iniciativa de llamar, pero la persona es libre de responder a la llamada o de rechazarla. Encontramos en la Biblia algunos personajes que rechazaron la llamada que Dios les hizo. La resistencia a reconocer la voluntad de Dios y a cumplirla viene, en parte, de la complejidad de las situaciones que hay que discernir, pero también, del rechazo a depender de otro distinto a nosotros mismos²³.

En el relato de la creación Dios llama al hombre a ser imagen de Dios, a vivir según el querer de Dios, y le deja una prescripción (Gn 2,15-17), y el hombre no responde al querer de Dios, desobedece a Dios (Gn 3,6). El hombre no ha querido cumplir la misión encomendada por Dios, ha preferido crearse sus propias imágenes de sí mismo; tentado por el maligno, por la creación, por sí mismo²⁴.

Pero Dios es fiel y no le abandona, prosigue la historia de salvación, pudiendo el hombre inscribirse o no en esta historia lo que dependerá de la voluntad de cada uno. En Noé, Dios restaura la nueva humanidad, representa el modelo del hombre justo (Gn 7, 1), que obedece los mandatos divinos y así escapa a la destrucción. Él es el rostro de un pueblo reconciliado con Dios (Si 44,17-18).

Encontramos también a Jonás que fue llamado por Dios para una misión: “preparate y vete a Nínive, la metrópoli, para anunciarle que su maldad ha llegado hasta mí” (Jon 1,2) y Jonás rechazó la llamada de Dios. Desobedeciendo la llamada divina decidió tomar un barco y huir lo más lejos posible²⁵, “Jonás se preparó para huir a Tarsis lejos de Dios” (Jon 1,3). Pasado algún tiempo Jonás fue capaz de superar la *crisis*, se convirtió. Cuando Dios le dirigió la palabra por segunda vez, reestablecido de la crisis, “Jonás se levantó y fue a Nínive conforme a la Palabra de Yahveh” (Jon 3,3).

²³ L. LICHERI, *Cara a cara. Fundamentos y práctica de la obediencia en la vida religiosa apostólica*, San Pablo, Madrid 2001, 118.

²⁴ Cfr. R. BERZOSA, *El camino de la vocación*, Verbo Divino, Estella 1991, 21.

²⁵ Cfr. A. A. VALDÉS, “¿Fue el profeta Jonás tragado por una ballena?” en C. S. JIMÉNEZ, *Reseña Bíblica* 33, Verbo Divino (2002) 5-11.

La Sagrada Escritura nos presenta también “el joven rico”, que estaba motivado a seguir a Jesús con el fin de alcanzar la vida eterna. Después de escuchar las condiciones del seguimiento que Jesús le propone; “se quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres (...); luego ven y sígueme” (Mt 19,21). El joven rechazó las propuestas de Jesús y “se marchó entristecido” (Mt 19,22). Estaba decepcionado con las palabras de Jesús porque poseía una gran fortuna y no quería sacrificarla. Entre la riqueza y seguir a Jesús, escoge la riqueza y refuta la invitación de seguir al Maestro, rechazó la más grande de las gracias que se le era ofrecida.

La Biblia nos hace también entender que muchos de los seguidores de Jesús lo abandonaran quizás porque Jesús en sus predicaciones quería que sus discípulos reconociesen y aceptasen su figura apostólica de *Mesías-Siervo* hasta la muerte, puesto que les enseñaba como era preciso que el Hijo del hombre padeciese y que fuese rechazado por los ancianos y los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y que fuese muerto y resucitara después de tres días (Mc 8,31-32; Mt 16,21; Lc 9, 22). Jesús vino a decir que el apóstol auténtico tenía que afrontar persecución y todo tipo de sufrimientos, y que el reino de Dios no excluía en este mundo el sufrimiento físico o la posibilidad de ser oprimido o condenado a muerte por los enemigos. Estas palabras de Jesús tuvieron un impacto tremendo en el ánimo de los apóstoles y de los demás discípulos. Estar decidido a compartir la vida y el destino de Jesús significaba estar decidido a compartir la suerte de un Jesucristo crucificado (Mc 8,34; Mt 16,24; Lc 23).

Creemos que fue en este momento dramático cuando se verificaron crisis y abandonos a los cuales hace referencia el evangelista Juan: “desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con Él. Jesús dijo entonces a los doce: ¿también vosotros queréis marcharos?” (Jn 6,66-67). Muchos interrumpieron el seguimiento, rompiendo a la vez toda la relación de confianza que habían creado con Jesús.

1. 2. Reflexión teológica sobre la vocación

Vocación viene del latín, *vocatio*, acción de llamar, y supone un encuentro entre la libertad absoluta de Dios que llama y la libertad humana que escucha y se dispone para responder a esta llamada gratuita de Dios. El término vocación se usa también en la vida corriente pudiendo significar la inclinación hacia una opción concreta o también el papel,

la tarea y la misión que una persona se siente llamada a desempeñar en beneficio de los demás. En este sentido la vocación implica una motivación fuerte que se desarrolla en alguien, como una llamada interior a una determinada profesión, por ejemplo.

El diccionario de la Real Academia Española define la vocación como “la inspiración con que Dios llama a algún estado, especialmente al de la religión. Inclinación a cualquier estado, profesión o carrera”²⁶.

Teológicamente la vocación indica la llamada por parte de Dios, como iniciativa amorosa suya y la persona responde en un diálogo de participación corresponsable. La vocación “vista desde la perspectiva de Dios se presenta como la iniciativa de Dios que se da y, al darse, llama. Por parte del hombre la vocación es una invitación, una interpelación a la que hay que dar una respuesta. Por consiguiente la vocación es un don que se realiza en un diálogo: presupone la iniciativa de Dios y solicita la respuesta del hombre”²⁷.

El concepto de “vocación” es un concepto interdisciplinar interesa la teología así como a las ciencias humanas. En teología la vocación es “una inspiración o moción interior por la que Dios llama a una persona determinada a un determinado estado de vida. Sin negar las mediaciones humanas, se afirma que en toda vocación auténtica la iniciativa es de Dios. A la vez las ciencias humanas se ocupan de las disposiciones naturales y de las influencias socioculturales que determinan o condicionan la mayor o menor aptitud de una persona para determinada profesión o actividad humana”²⁸.

Las definiciones de la vocación que aquí recogemos nos dejan claro que es Dios quien toma la iniciativa de llamar al hombre para un estado de vida, pero el hombre tiene que estar atento a sentir y descubrir la llamada que Dios le hace. La señal que ayuda a distinguir y descubrir la llamada de Dios es el hecho de sentirse interiormente atraído por una vida de amor más íntimo con el Señor y de entrega total.

²⁶ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, Tomo II, 21 Espasa Calpe, Madrid 1992.

²⁷ B. TADEUSZ, “Vocación”, en L. PACOMIO – V. MANCUSO, *Diccionario Teológico Enciclopédico*, Verbo Divino, Estella 1995, 1034 -1036.

²⁸ L. GONZÁLEZ QUEVEDO “La vocación en la Biblia”, en A. APARICIO –J. CANALS, *Diccionario Teológica de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 1824-1849.

1.2.1. La vocación según el Concilio Vaticano II

La eclesiología del Concilio Vaticano II es una eclesiología de comunión, con diversidad de carismas y ministerios con que el Espíritu Santo dota a la Iglesia para su edificación y para el cumplimiento de su misión específica²⁹.

La vocación a la fe y al bautismo son dones gratuitos de Dios. Esta llamada profunda reconocida por la conversión de corazón al Dios vivo implica orientar a Él toda la existencia y descubrir a dónde y a qué Dios le llama. El Concilio Vaticano II matiza que toda persona tiene en la Iglesia su propia vocación: “todos los fieles de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre”³⁰.

La variedad de formas de vida es obra del Espíritu, que constituye la Iglesia como una comunión orgánica en diversidad de vocaciones, carismas y ministerios. Las vocaciones a la vida laical, al ministerio ordenado y a la vida consagrada están al servicio una de otras para el crecimiento del cuerpo místico de Cristo³¹

1.2.2. Los diferentes tipos de vocación

La vocación laical es el prototipo y la referencia de toda la vida cristiana. Desde una perspectiva teológica, lo que diferencia al laico del sacerdote o religioso es algo que deriva de la condición bautismal, es lo que le convierte en un grupo aparte y específico respecto a los laicos: el sacramento del orden y los votos religiosos³². Nos detendremos más en la vocación de especial consagración, la vocación a la vida consagrada.

a) Vocación laical

El laico es un bautizado que, viviendo las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, asume en la Iglesia el compromiso de buscar, de forma específica y por propia vocación, la construcción en el mundo del Reino de Dios³³. El laico es un cristiano,

²⁹ Cfr. LG 4 y 12; GS 32; AG 4; AA 3.

³⁰ LG 11.

³¹ Cfr. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 31.

³² J. A. ESTRADA, *La identidad de los laicos, ensayo de eclesiología*, Paulinas, Madrid 1990, 162.

³³ Cfr. A. M. CALERO, *El laico en la Iglesia. Vocación y misión*, CCS, Madrid 1998, 85.

representa y vive la condición cristiana, es el que asume totalmente las implicaciones del bautismo y de la confirmación. El carácter secular es propio y peculiar de los laicos; a ellos les corresponde, por propia vocación, tratar de construir el reino de Dios gestionando asuntos temporales y ordenándolos según Dios.

Viven en el mundo y allí están llamados por Dios para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento³⁴. El apostolado de los laicos³⁵ es participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, apostolado al que todos están destinados por el Señor mismo, en virtud del bautismo y confirmación³⁶.

b) La vocación matrimonial

El matrimonio es una vocación de la vida laical, en la que a través del amor esponsal y familiar se puede llegar a testimoniar fe, al amor de Dios³⁷. Es una forma específica de vida cristiana y laical donde se configura precisamente este amor como signo, como expresión de lo que es y significa el amor de Dios. La vocación de los esposos cristianos radica, precisamente, en amarse de manera que sean signo, que testimonien y visibilicen, lo que significa el amor de Dios a su pueblo y el amor de Cristo a su Iglesia³⁸.

El matrimonio es un sacramento, signo auténtico de amor y especialmente del amor de Cristo hacia su esposa, la Iglesia. “El matrimonio vivido en el Espíritu de Dios, que es amor, es una manera de vivir un *estado de vida* que nos introduce en el conocimiento de ese amor. No solo, por parte de la revelación de la Buena Nueva, de Alianza de Dios con nosotros, sino que nos permite entrever algo del propio misterio de Dios: amor, relaciones, plenitud perfecta en el don de las personas entre sí”³⁹.

c) Vocación de especial consagración

Solo desde el laico podemos definir lo que es un sacerdote y un religioso tanto a nivel teológico como existencial⁴⁰. El ministerio ordenado y vida consagrada son dos

³⁴ LG 31.

³⁵ Cfr. AA 3; LG 31.

³⁶ Cfr. LG 33.

³⁷ Cfr. G. URÍBARRI BILBAO, *Portar las marcas de Jesús. Teología y espiritualidad de la vida consagrada*, UP. Comillas, Desclée de Brouwer, Bilbao 2001, 295.

³⁸ Cfr. G. URÍBARRI BILBAO, *Portar las marcas de Jesús. Teología y espiritualidad de la vida consagrada*, UP. Comillas, Desclée de Brouwer, Bilbao 2001, 294.

³⁹ R. BERZOSA, *El camino de la vocación*, Verbo Divino, Estella 1991, 21.

⁴⁰ Cfr. J. A. ESTRADA, *La identidad de los laicos. Ensayo de eclesiología*, Paulinas, 1990, 162.

realidades diferentes en la Iglesia. Una se sitúa en la sucesión apostólica institucional y la otra en la sucesión apostólica carismática; una surge a través de la institución del Señor y es sacramento esencial en la construcción de la Iglesia; la otra surge por la acción imprevisible del Espíritu y ejerce una función animadora y estimulante en la Iglesia⁴¹.

1. *El ministerio ordenado*

El ministro es el cristiano que recibe el sacramento del orden. Para definir a los clérigos hay que presuponer la condición laical, en su doble sentido, de miembro de la Iglesia y de cristiano que vive plenamente su vocación secular. La ordenación ministerial se confiere por el sacramento del orden con imposición de las manos y está distribuida en grados y escalones u órdenes: episcopado, presbiterado y diaconado.

El ministerio ordenado consiste sobre todo en un servicio a la Iglesia. Es un servicio vital, imprescindible, necesario. Su función primaria y esencial consiste en mantener a la Iglesia y a sus comunidades en fidelidad a la tradición apostólica fundamentada sobre Cristo, el Señor⁴². El ministerio ordenado es notable en la vida cristiana porque el sacerdote se identifica con Cristo para representarle en la comunidad; esto supone una identificación radical con Cristo Pastor, que atraviesa toda la existencia del sacerdote⁴³.

2. *La vocación a la vida consagrada*

La vida consagrada solo se entiende dentro de una Iglesia de comunión enriquecida por el Espíritu con distintos carismas, ministerios y estados de vida⁴⁴. La vocación es fruto de la acción de Dios, pero también de una real actividad del hombre: “trabajo y penetración de Dios en lo profundo de la libertad humana, pero también el esfuerzo y lucha del hombre libre de acoger el don”⁴⁵.

⁴¹ Cfr. J. C. R. GARCIA PAREDES, “Teología del ministerio”, en A. APARICIO - J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 1025 - 1058.

⁴² J. C. R. GARCIA PAREDES, “Teología del ministerio”, en A. APARICIO.- J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 1025 - 1058.

⁴³ Cfr. G. URÍBARRI BILBAO, *Portar las marcas de Jesús. Teología y espiritualidad de la vida consagrada*. UP. Comillas, Desclée de Brouwer, Bilbao 2001, 296.

⁴⁴ Cfr. M. GELABERT BALLESTER, “¿Qué 50 años no es nada...? La vida Consagrada del vaticano II a nuestros días”: *Confer* 204 (2014), 515-533.

⁴⁵ OBRA PONTIFICIA PARA LAS VOCACIONES, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, *Confer* 9, (1997), 106.

La vida consagrada es una forma de vida particular de la vida cristiana que se caracteriza por un compromiso especial de vivir de la manera más radical posible los valores evangélicos, de unión con Dios y de imitación de Cristo⁴⁶. El elemento primordial del proyecto de vida consagrada es el carácter teologal, la relación con Dios. También es importante la comunidad fraterna donde se vive la comunión y la misión.

Los consagrados se congregan en familias, congregaciones, sociedades o institutos religiosos para vivir juntos en torno a un mismo ideal evangélico que es en sí un valor cristiano y signo importante de Reino de Dios aquí en la tierra. Los religiosos viven en comunidades donde los miembros “se consideren como hermanos o hermanas que se aceptan entre sí, que se perdonan, que se confían mutuamente sus preocupaciones, que se respetan y se ayudan mutuamente. Fundamentalmente cada uno vive intensamente su unión personal con el Señor y se entrega a los demás en la obra apostólica realizada por amor al Reino”⁴⁷.

Los religiosos se distinguen de los laicos por su consagración a través de los votos. “Representan en la Iglesia, para la Iglesia y para el mundo, un signo de encarnación de *memoria Iesu*⁴⁸ caracterizada por la presencia muy fuerte de la dimensión cristológica y profética y por una identificación imitativa actual con Cristo casto, pobre y obediente hasta el punto de portar en su cuerpo las marcas de Jesús (Ga 6,17)”⁴⁹.

1.2.3. La respuesta del hombre

La persona responde a la llamada de Dios según la forma de vida a la que se siente llamada. La respuesta que avanzamos a continuación es para aquellas personas que se sienten llamadas a una vocación particular, concretamente a la vida religiosa por ser la forma de vida que nos interesa en nuestro trabajo.

La vocación exige por parte del hombre un discernimiento continuo que le ayude a comprender lo que significa hoy buscar al Señor como centro y eje de toda la vida. La vocación crece y madura con la oración y ahí donde la vida sorprende y trastorna, donde se

⁴⁶ Cfr. R. BERZOSA, *El camino de la vocación cristiana*. Verbo Divino, Navarra 1991.

⁴⁷ P. FINKLER, *El formador y la formadora para la vida religiosa*, Paulinas, 1984, 19.

⁴⁸ Cfr. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 22.

⁴⁹ G. URÍBARRI BILBAO, *Portar las marcas de Jesús. Teología y espiritualidad de la vida consagrada*, UP. Comillas- Desclée de Brouwer, Bilbao 2001, 289.

“vive la debilidad propia y ajena, la pobreza injusta, el dolor, el mal, el conflicto, la dificultad, todo ello debidamente procesado. La madurez vocacional emerge cuando la vida se hace entrega incondicional en gratuidad”⁵⁰.

La vocación como santidad, depende de la acción gratuita de Dios en nuestra vida, es el quien llama. Pero las otras ciencias ayudan al hombre a disponerse para recibir la llamada y la acción de Dios. Porque no puede haber vocación auténtica, ni humana, ni cristiana, ni de especial consagración, sin madurez⁵¹.

Respuesta teológica y espiritual

El hombre al escuchar la llamada de Dios coopera, acoge y se dispone para conocer el Misterio que le habita. Pero descubrir el paso de Dios en la vida supone una capacidad de interioridad, una consciencia del sentido de la vida y de la capacidad de opción fundamental. Responder a la llamada de Dios implica abrirse a Dios e integrar los nuevos ideales con los demás elementos de su personalidad en la vida de cada día mediante el ejercicio libre de libertad efectiva.

La llamada es vivida por aquel que la escucha como un nuevo comienzo, como un camino que se anuncia y se abre, hace la experiencia de un Dios nuevo, liberador y creador. El consentimiento de la llamada se realiza por la salida de sí, por el descentramiento de sí mismo para que el otro le habite y le conduzca según su Espíritu. El hombre aprende a liberarse para vivir según el Espíritu, comienza un camino de libertad por el cual él expresa su deseo de estar disponible a las llamadas de Dios. El hombre vive una conversión personal, desde el momento que se sabe poseído por Cristo y es consciente del ardiente deseo de entregarse a Él en amor, fe y esperanza⁵².

La profesión religiosa es la respuesta de la vocación, pero esta respuesta es un don suscitado por el Espíritu. Responder a Dios consiste en seguir a Jesús, en unirse a él, en vivir como él vivió, en asumir todas las dimensiones de su respuesta a la alianza. Esto se

⁵⁰ L. ARRIETA, “Vocación. Discernimiento vocacional”, en M. VIDAL, *10 palabras clave sobre vida consagrada*, Verbo Divino, Estella 1999, 187-219.

⁵¹ Cfr. R. BERZOSA, *El camino de la vocación cristiana*, Verbo Divino, Navarra 1991, 52.

⁵² Cfr. R. BERZOSA, *El camino de la vocación cristiana*, Verbo Divino, Navarra 1991, 107.

expresa en las dimensiones de entrega a Dios: la comunitaria, la misionera, la ecológica y la religiosa o mística⁵³.

Respuesta antropológica

Desde el punto de vista psicológico la vocación es capacidad actuada de elaborar un proyecto vital humano que pueda ser creyentemente interpretado y vivido como respuesta a Dios. La capacidad de elaborar un proyecto humano implica tener madurez. Responder a la llamada de Jesús requiere una vocación actualizada de progresiva y procesual maduración humana⁵⁴. Cuanto más madura, sana y unificada sea la base natural de la persona, más facilitará la acción de la gracia, pues sus efectos serán habitualmente equivalentes al grado de integración y de libertad personal⁵⁵.

La respuesta pide que la persona esté libre de las limitaciones genéticas, culturales, familiares, psicológicas. Es una elección, la persona elige el proyecto de vida que Dios le propone. En ese sentido “elegir supone saber decir adiós”⁵⁶ a todo lo que impide crecer personalmente y espiritualmente, a lo que impide amar o ser libre y misericordioso. Responder a un proyecto divino es vivir la vida que Dios quiere, es aceptar el cambio por dentro⁵⁷.

El hombre animado por la esperanza cristiana tiene fuerza para aceptar las frustraciones y permanecer fiel a su empeño vocacional, su libertad adquiere un nuevo dinamismo, capaz de transformar su sistema de valores, su afectividad y también su esfera de actividad. Así la persona humana se transforma en persona religiosa, integrando en sí el valor religioso, se transforma en identidad con Cristo. Cristo, tomado como modelo, llega a

⁵³ Cfr. J. C. R. GARCIA PAREDES, *Teología de la vida religiosa*, BAC, Madrid 2000, 413.

⁵⁴ Cfr. J. A. GARCIA-MONGE, “El seguimiento de Jesús como vocación: dimensiones psicológicas”, en J. M. GARCÍA LOMAS –J.R. GARCÍA MURGA, *El seguimiento de Cristo*, PPC - UP. Comillas 1997, 253 – 296.

⁵⁵ B. GOYA, *Psicología y vida consagrada*, San Pablo Madrid 1997, 23.

⁵⁶ J. A. GARCIA-MONGE, “El seguimiento de Jesús como vocación: dimensiones psicológicas”, en J. M. GARCÍA LOMAS - J.R. GARCÍA MURGA, *El seguimiento de Cristo*, PPC - UP. Comillas 1997, 253 - 296.

⁵⁷ Cfr. J. A. GARCIA-MONGE, “El seguimiento de Jesús como vocación: dimensiones psicológicas”, en J. M. GARCÍA LOMAS –J.R. GARCÍA MURGA, *El seguimiento de Cristo*, PPC - UP. Comillas 1997, 253 – 296.

ser un principio dinámico en el comportamiento del hombre, en virtud de la identificación que se instaura en él y que obra como un principio de organización interior⁵⁸.

En este sentido la vocación auténtica penetra íntimamente en el ser humano como el alimento del cuerpo, la alimenta y la hace madurar. Produce un modo nuevo de ser: actúa sobre su intelecto y le ilumina, corrobora la voluntad y la habita para la fidelidad al propio ideal. “Si el llamado acepta el proyecto de Dios, se siente estimulado y con energía para moverse en la dirección a un crecimiento espiritual armónico, aumenta la capacidad de integración y equilibrio, y desarrolla su perfección humana y cristiana y se orienta hacia la plenitud de una vida en el servicio de Dios y del prójimo”⁵⁹.

1.2.4. Dificultades posibles en dar una respuesta

En general las opciones ya que suponen la exclusión y la renuncia de otras posibilidades frecuente generan ansiedad e inseguridad por eso comportan una carga de perplejidad y dificultades.

Uno puede sentirse atraído por valores terrenos, apegado a los sueños del futuro, ya que los medios de comunicación social exaltan constantemente una realización egocéntrica. Y estamos en un mundo donde hay pluralidad de opciones y variedad de oportunidades; todo eso, dificulta la opción definitiva de un valor central y absoluto que concentre sobre él el propio futuro.

Pueden también darse problemas de castidad que se presentan como obstáculo insuperable en el camino⁶⁰. Las vocaciones más adultas pueden necesitar además una preventiva liberación de las heridas del pasado, pues las condiciones culturales y personales pueden retardar un poco el proceso de maduración psíquica y hacer laboriosa la orientación definitiva.

Puede dificultar también las motivaciones insuficientes e inconscientes, la falta de libertad, los condicionamientos del pasado y las esclavitudes del presente. Aunque la obra

⁵⁸ Cfr. B. GIORDANI, *La respuesta del hombre a la llamada de Dios. Estudio psicológico sobre la vocación*, Atenas, Madrid 1983, 51.

⁵⁹ Cfr. B. GOYA, *Psicología y vida consagrada*, San Pablo, Madrid 1997, 25.

⁶⁰ Cfr. B. GOYA, *Psicología y vida consagrada*, San Pablo, Madrid 1997, 31.

liberadora de Cristo puede transformar al llamado en un instante, Dios respeta habitualmente su situación, su libertad y su modo de ser⁶¹.

1.2.5. Criterios para discernir la llamada⁶²

Los que se sienten llamados a la vocación de especial consagración, empiezan un largo proceso de formación dentro de la familia religiosa a que cada uno se siente llamado. A estos que quieren empezar el proceso de preparación a la vida consagrada o al sacerdocio la Iglesia pide que se les haga un discernimiento⁶³ para saber si realmente lo que ellos viven y sienten es una llamada de Dios a una de esta forma de vida. El discernimiento es centrado en Cristo y se verifica a través de las consecuencias que tendrá posteriormente en toda la persona⁶⁴.

Para mejor discernir la llamada la Iglesia ofrece criterios de la vocación para la admisión la vida Consagrada así como para el sacerdocio. Son criterios eclesiales que incluyen los criterios espirituales y psicológicos. No existe un perfil psicológicos con rasgos bien definidos para definir la autenticidad de la respuesta vocacional verdadera ni para pronosticar con certeza su éxito o su fracaso. Son sencillamente ayudas. Presentamos a continuación los criterios eclesiales de vocación para el ministerio ordenado y para la vida consagrada.

a) Ministerio ordenado

Los criterios a que la Iglesia se refiere para el discernimiento de la vocación al ministerio ordenado son: la fe integra, recta intención, libertad plena y la adecuada idoneidad.

La fe integra, en este criterio se supone que candidato al sacerdocio tiene la formación cristiana suficiente⁶⁵, la cual se podía completar en el periodo de formación. El

⁶¹ Cfr. B. GOYA, *Psicología y vida consagrada*, San Pablo, Madrid 1997, 23.

⁶² Seguimos los criterios que propone L.M. GARCÍA DOMÍNGUEZ en *Discernir la llamada. La valoración vocacional*, San Pablo – UP. Comillas, 2008.

⁶³ Cfr. GS 4.

⁶⁴ Cfr. L. LICHERI, *Cara a cara. Fundamentos y práctica de la obediencia en la vida religiosa apostólica*, San Pablo, Madrid 2001, 126.

⁶⁵ El candidato se supone que pertenecía a una parroquia donde ha aprendido a orar y a dejarse interpelar por la Palabra de Dios escuchada.

responsable de examinar el candidato ha de constatar las posibles limitaciones de falta de formación en este campo, así como las posibilidades de crecimiento del candidato.

La plena libertad⁶⁶, este criterio se refiere a la libertad de elección que el candidato tiene, una elección sin presiones maternas, familiares, sociales, ambientales, una libertad que se verifica en la “capacidad de autodeterminación, de auto- posesión y de autonomía manifestadas en una actuación que se responsabiliza de las propias acciones”⁶⁷. Se trata por un lado de una libertad frente a coacciones externas que se garantizan a lo largo de la formación del candidato y el candidato debe expresar por escrito esta libertad y por otro lado libertad en cuanto capacidad para realizar actos humanos con repercusión jurídica⁶⁸.

Recta intención⁶⁹ una intención vocacional es recta cuando apunta al fin debido, que es solo el amor de Dios y el servicio a los hermanos. La recta intención es la señal más característica e indispensable de la vocación sacerdotal y se podría definir como voluntad firme y pronta para aceptar consagrarse para siempre al Señor; el interés y la inclinación auténticos y orientados hacia el ministerio pastoral y una motivación sobrenatural son los elementos esenciales de la rectitud de intención. Son motivos válidos para el orden todos los que inspiran en un amor total y exclusivo que viene de Dios y que a él regresa.

La idoneidad se refiere a la aptitud para ejercer el ministerio e incluye la posesión de unas cualidades reconocidas por la autoridad competente. Que son la capacidad de hacer una opción de vida definitiva y desarrollar el ministerio fructuosamente, esto implica “tener la capacidad de desempeñar las obligaciones pastorales inherentes a un misterio que supone una cierta dureza de vida y requieren resistencia física, equilibrio y madurez. Esa aptitud general suele especificarse en un conjunto de cualidades que incluye salud física y psíquica, dotes intelectuales, madurez humana, madurez específica y sexual, y dotes humano-morales”⁷⁰.

La idoneidad para el ministerio ordenado pide también unas aptitudes morales, es decir que el candidato sea hombre virtuoso; la madurez moral se sitúa en el terreno volitivo de la persona que tiende hacia el bien. Y las aptitudes espirituales exigidas en un candidato

⁶⁶ Cfr. CDC, can 219 y can 1026.

⁶⁷ L. M. GARCIA DOMINGUEZ, *Discernir la llamada. La valoración vocacional*, San Pablo y UP. Comillas, Madrid 2008, 36.

⁶⁸ Cfr. CDC, can 1036; DOMINGUEZ, *Discernir la llamada. La valoración vocacional*, San Pablo y UP. Comillas, Madrid 2008, 36.

⁶⁹ OT 6,9; CDC, can 1029.

⁷⁰ L. M. GARCIA DOMINGUEZ, *Discernir la llamada. La valoración vocacional*, San Pablo y UP. Comillas, Madrid 2008, 38.

al ministerio sacerdotal es que sea un hombre configurado a Cristo Cabeza, Pastor y Esposo⁷¹. La madurez espiritual que se supone requiere la adecuada base de la madurez humana.

b) Vida consagrada

Los criterios eclesiales para la admisión a la vida religiosa son de alguna manera los mismos criterios que veíamos para el ministerio ordenado, y si los candidatos religiosos son también aspirantes al sacerdocio se observa plenamente los criterios para el ministerio ordenado. La Iglesia recomienda que solo “puede ser admitido en un instituto de vida consagrada todo católico de recta intención que tenga las cualidades exigidas por el derecho universal y por el propio, y esté libre de impedimento. Nadie puede ser admitido sin la adecuada preparación”⁷².

Para la admisión a la vida religiosa el Código de derecho canónico señala que los superiores conforme a la norma del derecho propio solo deben admitir candidatos que tengan las cualidades requeridas para realizar su vocación: salud integral, física, psíquica, la adecuada índole, temperamento, carácter adecuado y cualidades suficientes de madurez para abrazar la vida propia del instituto. El carácter y madurez han de probarse con la colaboración de peritos se es necesario⁷³.

Se recomienda para evitar errores que los candidatos presenten un “certificado de bautismo y de confirmación, así como de su estado libre... El derecho propio puede exigir otros informes sobre la idoneidad de los candidatos y su carencia de impedimentos. Los Superiores pueden pedir también, si les parece necesario, otras informaciones, incluso bajo secreto”⁷⁴.

La recta intención es un criterio importante de la vocación consagrada respecto a la vida a la que quiere abrazar, es importante que se verifique o que se manifieste el desear profesar para imitar a Cristo, por la pura gloria de Dios y la salvación de las almas y “tener como regla suprema de vida el seguimiento de Cristo tal y como se propone en el Evangelio y se expresa en las constituciones de su propio instituto”⁷⁵.

⁷¹ OT 7.

⁷² CDC, can 597.

⁷³ Cfr. CDC, can 642.

⁷⁴ CDC, can 245,1-4.

⁷⁵ CDC, can 662.

Reunidas todas las condiciones para la validez y legalidad de la admisión, es recomendable que después de algún tiempo de formación se vuelva a comprobar en el candidato o candidata la fe integra, la libertad, la recta intención y su madurez integral incluyendo las cualidades objetivas que expresan la idoneidad del sujeto para la admisión a la etapa siguiente.

Parte del éxito en los procesos formativos depende de una buena observación de estos criterios que la Iglesia ofrece para discernir la vocación. Es importante seguirlos estrictamente a la hora de admitir los candidatos a la vida religiosa o al ministerio ordenado. Con la falta de vocaciones a veces se ponen de lado estos criterios a la hora de admitir los candidatos y las consecuencias aparecen con el paso del tiempo.

1.3. La consagración

Teológicamente consagrar significa santificar, divinizar, sacralizar o sacrificar, todos estos verbos están relacionados directamente con Dios, el que consagra. Consagrar por parte de Dios, es una acción transformadora y la persona toma una posición nueva y especial, de transformado, de ungido por Dios.

La consagración a la vida religiosa tiene un carácter de totalidad, comprende toda la persona: cuerpo y alma, abarca toda la vida. Por medio de los consejos evangélicos el consagrado se entrega a sí mismo en totalidad a Dios, pues “la consagración es una entrega total, un compromiso sin reservas en la alianza con Dios y en seguimiento de Jesús”⁷⁶. La consagración, que es una acción divina, es base de la vida consagrada y supone la iniciativa de Dios y la relación transformante con Él⁷⁷.

1.3.1. Sentido teológico de la consagración

La consagración es una iniciativa divina⁷⁸ porque es una llamada personal de Dios; la persona consagrada se configura con Cristo, puesto que Cristo le invita a vivir como Él,

⁷⁶ J. C. R. GARCIA PAREDES, *Teología de la vida consagrada*, BAC 2000, 411.

⁷⁷ J. PUJOL I BARDOLET, *Hacia el futuro de la vida consagrada*, Sígueme, Madrid 2008, 100.

⁷⁸ Cfr. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 17.

a compartir su misma vida, sus riesgos y esperanzas, sus preocupaciones, su proyecto existencial, sus actitudes vitales y total y vivir sus mismos intereses⁷⁹.

La consagración es una transformación ontológica de la persona, una configuración verdadera con Cristo, una santificación. La persona queda referida de manera nueva e intrínseca a Dios, invadida por la santidad de Dios, consumida de divinidad, poseída por el mismo Dios y transformada en él, sin que ella pierda su propia individualidad⁸⁰.

En la consagración se santifica la vida de manera íntegra al servicio de Dios. En un sentido más específico, la consagración religiosa implica la dedicación total al servicio de Dios en un estilo de vida caracterizado por el seguimiento radical de Cristo mediante la pobreza, la castidad y la obediencia⁸¹. Los consejos evangélicos son expresión de una sola realidad: la entrega total, el compromiso sin reservas en la alianza con Dios y en el seguimiento de Jesús⁸². Mediante la profesión el religioso se compromete a vivir radicalmente la consagración bautismal.

La consagración teologal es una relación estrictamente personal con Dios, pues solo la persona puede relacionarse de una manera íntima entrañable y formal con Dios y solo la persona es sujeto de gracia y de amor y puede ser introducida en el ámbito propio de Dios y responder a su acción con consentimiento.

En Cristo se cumple con todo rigor el concepto más estrictamente teológico de consagración. Cristo es lo sagrado absoluto de Dios, que asume la naturaleza humana, lo secular y lo profano, para introducirlo dentro de su propio ámbito divino. Por eso toda consagración debe entenderse en referencia explícita e inmediata a Jesucristo, con quien estamos llamados a configurarnos en una dimensión de su misterio⁸³.

⁷⁹ Cfr. S. M^a ALONSO, “Reflexión teológica sobre la consagración”, en A. APARICIO - J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 368-398.

⁸⁰ Cfr. S. M^a ALONSO, “Reflexión teológica sobre la consagración”, en A. APARICIO - J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 368-398.

⁸¹ F. MARTÍNEZ, *Refundar la vida religiosa. Vida carismática y misión profética*, San Pablo 1994, 214.

⁸² J. C. R. GARCIA PAREDES, *Teología de la vida religiosa*. BAC, Madrid 2000, 369.

⁸³ Cfr. J. C. R. GARCIA PAREDES, *Teología de la vida religiosa*. BAC, Madrid 2000, 374.

1.3.2. Consagración religiosa

En la consagración como ya lo referíamos, la persona humana queda penetrada por la acción santificadora de Dios e invadida por su gracia, renovada por dentro y se relaciona con Dios de una manera nueva. La consagración religiosa es algo ontológico, afecta al ser mismo de la persona, como la gracia santificante, que transforma al hombre por dentro y lo configura con Cristo⁸⁴. En la consagración la acción divina transforma el hombre en su ser y hacer. Toca y renueva lo más íntimo de la persona humana. Y la persona se convierte y es consciente y capaz de vivir y orientar toda la vida hacia Dios.

En el sentido cristiano la consagración evoca primero y esencialmente el movimiento de acercamiento de Dios hacia el hombre. Dios, por medio de la profesión, consagra al cristiano, es decir, le configura realmente con Jesús en las tres dimensiones esenciales de su vida; virginidad-pobreza-obediencia. Se trata de una consagración que hunde las raíces en la consagración bautismal y que la lleva a la plenitud⁸⁵. El consagrado se compromete a comenzar un nuevo estilo de vida que le lleva a hacer de su vida de unión con Dios el objetivo principal de todos sus pensamientos, de todos sus deseos y de todas sus actividades.

Para que la consagración sea auténtica, el consagrado tiene que liberarse de muchas preocupaciones que pueden comprometer su elección “porque al quedarse más libre de los compromisos temporales, el consagrado está más disponible para los compromisos de la *casa del Señor* y para las obras de misericordia”⁸⁶. Esto exige que el candidato opte por una actitud de conversión permanente, para que en todo momento pueda buscar y descubrir la voluntad de Dios sobre él y vivir según la Voluntad de Dios.

1.3.3. La persona consagrada

La persona, al consagrarse, se entrega a Dios, se deja poseer libremente y acoge activamente la acción santificadora de Dios. Consentir en esa acción es darse sin reservas en respuesta al previo acto de donación de Dios y bajo el impulso de su gracia. El dejarse

⁸⁴ Cfr. S. M^a ALONSO, “Reflexión teológica sobre la consagración”, en A. APARICIO – J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 368-398.

⁸⁵ Cfr. LG 44.

⁸⁶ P. FINKLER. *El formador y la formación para la vida religiosa*, Paulinas, Madrid 1984, 18.

poseer por Dios es la suprema manera de ser libre y de amar, ya que Dios crea y fortalece nuestra libertad y nuestro amor en la misma medida en que nos dejamos poseer por Él.

Consagrarse a Dios implica renunciar a la propia suficiencia y autonomía para encontrar en Dios y en la plena y filial dependencia de Él, una mayor autonomía y libertad. Por la consagración Cristo se convierte en verdadera ley interior, en un principio y garantía de libertad, pues está en lo más íntimo de la persona⁸⁷. La consagración es un acto de amor, se caracteriza por “la totalidad en la entrega”⁸⁸, la exclusividad en la persona amada y el desinterés absoluto en servirle. El hombre, al consagrarse se deja poseer libremente por él, en respuesta a la previa auto donación de Dios. La vocación es un verdadero don, gratuito y definitivo (Rom 11,29).

1.4. Un carisma particular

En este trabajo aludiremos también a un carisma particular, la Congregación de los Sagrados Corazones, porque más adelante nos interesarán algunos datos estadísticos. Brevemente presentamos esta familia religiosa.

Esta familia religiosa surge en Francia en plena Revolución francesa. “En la comunión de la Iglesia, Pueblo de Dios, la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María es una Congregación religiosa apostólica de derecho pontificio, fundada por Pierre Coudrin y Henriette Aymer de la Chavelerie. Hermanos y hermanas unidos en un mismo carisma y misma misión, constituyen una sola Congregación”⁸⁹.

La congregación religiosa de los Sagrados Corazones vive su vocación y consagración dentro de la Iglesia. La consagración en este sentido, los hermanos y hermanas lo viven como una llamada, una llamada al estilo de la espiritualidad del Sagrado Corazón.

⁸⁷ S. M^a ALONSO, “Reflexión teológica sobre la consagración”, en A. APARICIO – J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas 1989, 369-396.

⁸⁸ ET 7.

⁸⁹ *Constituciones y Estatutos de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María*, n° 1.

1.4.1. La consagración a los Sagrados Corazones

Los Sagrados Corazones, para los fundadores, son símbolo del designio del amor de Dios que Jesús y María encarnaron, revelaron y comunicaron durante su vida. “La consagración a los Sagrados Corazones es el fundamento de nuestro Instituto”⁹⁰, alude no solo a la profesión individual que liga a cada hermana y hermano a la institución con vínculos jurídicos; sino también y principalmente a la comunión de corazones que se crea entre todos los profesos y profesas que viven para reproducir las actitudes y sentimientos, las opciones y las tareas que contemplan en la vida de Nuestro Señor en sus *cuatro edades*⁹¹ y en María que estuvo junto a Él siguiéndolo de cerca.

Los Sagrados Corazones de Jesús y de María siempre representados unidos, son símbolo de la llamada a creer y vivir la Buena Noticia. El corazón de la Virgen María está totalmente ordenado a Cristo. Los unimos en un mismo amor y nos consagramos a ellos en un mismo acto. El corazón de Jesús es la revelación del amor infinito y misericordioso de Dios y el corazón de María, siempre unido al de su Hijo, es el corazón de la discípula que da fruto porque permanece unido con el corazón del Salvador.

1.5. Conclusión del capítulo

Toda la vida humana es una vocación, es una llamada a ser, a estar y a crecer, desarrollando las propias potencialidades en comunión y solidaridad con los demás hombres nuestros hermanos. Esta vocación es desde el principio un don gratuito de Dios y una tarea que el hombre ha de realizar sobre la tierra.

En la vocación Dios ama y llama, y a la vez espera la respuesta del hombre libre y responsable. Y respondiendo a la llamada de Dios el hombre entra en un largo proceso de conversión y transformación que le llevará a una apertura y acogida de Cristo en el corazón. Cristo se torna en el centro de su vida y el que orienta toda su vida.

La vocación aparece así como un proceso largo que va madurando a medida que la persona se va abriendo a la gracia del Espíritu y, movido por el Espíritu, el hombre da una respuesta de amor donde se compromete a vivir desde este amor que le habita y le invita a

⁹⁰ *Constituciones y Estatutos de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María*, n° 2.

⁹¹ Las cuatro edades se refiere a la infancia de Jesús, su vida oculta y pública y la vida crucificada. Capítulo preliminar de las Constituciones y Estatutos de la Congregación de Jesús y de María, n°1.

entregar su vida gratuitamente. Dejando todo se consagra totalmente a Dios, el verdadero tesoro (Mt, 13,44) que ha encontrado. Pero, también hay algunas personas que se cierran a esta llamada de Dios, impidiendo así la acción de la gracia de Dios en su corazón, rechazando así la llamada de Dios. De estos que rechazan la llamada de Dios vamos a tratar más adelante en nuestro trabajo.

La vocación es un itinerario, madura a medida que hacemos camino. Más adelante trataremos de ver cómo viven o deberían vivir los que respondieran positivamente esta llamada de especial consagración se comprometerán con la Iglesia y con su respectiva congregación mediante la profesión de los votos, es decir, veremos cómo se desarrolla un proceso formativo normal del Juniorado.

Capítulo II: La etapa del Juniorado en la formación inicial

Veámos en el capítulo anterior que la vocación viene de Dios, que tiene la total libertad de llamar a quien él quiere a una vocación particular. Habrá varias respuestas según la vocación de cada uno. A los que son llamados a la vida consagrada, la Iglesia les propone comenzar un camino largo de formación. La formación inicial es un largo proceso de iniciación a la vida religiosa, comprende diferentes momentos formativos que son las etapas de formación.

En este capítulo vamos a desarrollar la etapa del juniorado en el contexto de la formación, la que nos interesa en nuestro estudio. Veremos lo específico de esta etapa. Siendo lo característico de esta etapa la experiencia, trataremos de ver los agentes que hallamos indispensables para la concreción de esta experiencia y que a la vez ayudan a configurar cada vez más el joven profeso a Cristo y le ayuda también a crecer en pertenecía en su familia religiosa.

2.1. La formación inicial en dinámica de proceso

La formación vocacional es una constante que ha de acompañar siempre en las personas consagradas, es un proceso de maduración gradual, continua, unitaria. Podemos definir la formación inicial a la vida religiosa como un “proceso vital a través del cual la persona se convierte al Verbo de Dios desde lo más profundo de su ser y, al mismo tiempo se aprende el arte de buscar los signos de Dios en las realidades del mundo”⁹².

En este proceso el formando⁹³ “descubre, profundiza y asimila en qué consiste la identidad del religioso en una Congregación, en la Iglesia y en un carisma específico. Este proceso se vive en la comunidad, desde y en misión para el anuncio y construcción del

⁹² Cfr. JUAN PABLO II. *Vita Consecrata* 68.

⁹³ Siempre que hacemos alusión a la palabra formando, o joven profeso nos referimos a varones y mujeres.

Reino”⁹⁴. El núcleo de la formación religiosa es la opción por Cristo que lleva a un largo proceso de conversión, a un compromiso cada vez radical con Jesús.

La formación debe abarcar la persona entera, de manera que toda la actitud y comportamiento manifiesten la plena pertenencia a Dios. La finalidad de la formación es llevar a los formandos a conformarse con Jesús y con su total oblación. Es pues un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo hacia el Padre⁹⁵. Los valores religiosos asimilados en la experiencia humana y evangélica, “llevan al joven, guiado por el Espíritu y bajo el acompañamiento del maestro, a unificar la propia vida en torno a la persona de Cristo, por quien ha sido llamado”⁹⁶.

Para que la formación sea integral “se ha de prever, por tanto, una formación humana, cultural, espiritual y pastoral poniendo sumo cuidado en facilitar la integración armónica de los diferentes aspectos”⁹⁷. El objetivo central del proceso de formación es la preparación de la persona para la consagración total de sí misma a Dios en el seguimiento de Cristo, según un carisma específico.

Lo característico de la formación es su realidad dinámica de proceso continuo, articulado y diferenciado. La consideración dinámica de la formación manifiesta a la persona en su crecimiento progresivo, los ritmos personales de madurez, fuerzas vitales de la naturaleza y de gracia que guían y sostienen las etapas de este camino hacia la plena realización de sí mismo: llegar a ser en el designio divino aquello a lo que se está llamado⁹⁸. La formación como proceso y camino ilumina la unidad de la persona, la evolución del desarrollo, su articulación y el crecimiento que nace desde dentro.

Para que la formación ayude al formando ha de ser sólida, dinámica, fresca, abierta a los nuevos horizontes de la sociedad mundial en profunda transformación; una formación que acentúe la unión con Dios, la comunidad fraterna y el amor apostólico, una formación

⁹⁴ E. ARANGO y Equipo, *Un camino de formación inicial en la vida religiosa*, Verbo Divino, Estella 1993, 44.

⁹⁵ Cfr. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 65.

⁹⁶ S. BISIGNANO, “Formación”, en A. APARICIO – J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989,730.

⁹⁷ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 65.

⁹⁸ Cfr. S. BISIGNANO, “Formación”, en A. APARICIO – J. CANALS *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989,711-740.

portadora del carisma del fundador en la comunión eclesial, una formación que refuerce en cada uno el sentido y el valor de la propia existencia⁹⁹.

2.1.1. Etapas de formación

La formación inicial está estructurada en etapas sucesivas como concreción del proceso formativo. El aspirantado es un tiempo en el que el joven se cuestiona e intuye que la vida religiosa puede ser su forma de seguir a Jesús. El postulante, la etapa en el que el joven inicia la experiencia de vivir en comunidad en la Congregación, formándose integralmente a fin de clarificar sus motivaciones. Y, el noviciado, la etapa de conocer y experimentar el nuevo estilo de vida que la Congregación le ofrece a fin de discernir su opción vocacional y decidirse en el seguimiento de Jesucristo en esa Congregación por medio de la profesión temporal. La etapa del juniorado la trataremos en seguida.

Estas etapas son concebidas como “momentos de un proceso abierto, más que como un periodo artificial y cerrado. Las etapas son espacios para vivir procesualmente una libertad capaz de asumir conscientemente la propia realidad. Cada etapa no se acaba en sí misma, exige una sucesión entre ellas y una dinámica interna que está fundamentada en una teología de la vida religiosa- apostólica, esencialmente abierta y misionera desde el carisma”¹⁰⁰.

Y quienes están en ese proceso necesitan ser acompañados muy de cerca para ir dando pasos hacia los objetivos de una pertenencia total al Instituto. Las etapas son programadas, guardan una dinámica interna de tal manera que aparece el carácter procesual de la formación con los elementos de organicidad, progresividad y continuidad de cada una de las dimensiones vitales que la constituyen.

2.2. El juniorado

El juniorado es la última etapa de la formación inicial, donde se continúa la formación integral. Va desde la primera profesión hasta la profesión perpetua. En este periodo el joven profeso se incorpora totalmente a la comunidad donde tiene como tarea

⁹⁹ Cfr. S. BISIGNANO, “Formación”, en A. APARICIO – J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989,720.

¹⁰⁰ E. ARANGO y Equipo, *Un camino de formación inicial en la vida religiosa*, Verbo Divino, Estella 1993, 53.

clarificar y profundizar su carisma personal dentro del proyecto histórico de la Congregación, unificando más su vida en el amor personal a Jesucristo, y la entrega al Reino en el espíritu de la Congregación a fin de optar definitivamente por Jesús a través de una profesión perpetua¹⁰¹.

En lo que concierne a la formación de los juniorenses la Iglesia señala: “después de la primera profesión, la formación de todos los miembros debe continuar en cada Instituto, para que vivan con mayor plenitud la vida propia de éste y cumplan mejor su misión. Por lo tanto, el derecho propio debe determinar el plan de esta formación y su duración, atendiendo a las necesidades de la Iglesia y a las circunstancias de los hombres y de los tiempos, tal como exigen el fin y carácter del Instituto”¹⁰².

En esta etapa el recién profesado de votos temporales ha de experimentar la capacidad que tiene para responder adecuada y fielmente a los compromisos adquiridos en la profesión. Ha de cualificarse para el ministerio propio de su Instituto, probar la vida comunitaria concreta y desarrollar algún servicio apostólico. Ha de asimilar en profundidad la espiritualidad del Instituto, y prepararse para la profesión perpetua¹⁰³. Es un periodo de *duración variable*, donde “el derecho propio debe determinar el plan de esta formación y su duración, atendiendo a las necesidades de la Iglesia y a las circunstancias de los hombres y de los tiempos, tal como exigen el fin y carácter del instituto”¹⁰⁴. Es un periodo de carácter estrictamente formativo.

En esta etapa la tarea fundamental del joven en formación es hacer que “la realidad de la consagración penetre todos los aspectos y dimensiones de la vida; el trabajo, el estudio, la oración, el descanso, las relaciones, la misión, (...). Se trata de profundizarla y de desarrollarla, dedicándose a los varios quehaceres previstos por el programa formativo y según las orientaciones de la vocación personal o del instituto y de su misión”¹⁰⁵.

¹⁰¹ Cfr. E. ARANGO y Equipo, *Un camino de formación inicial en la vida religiosa*, Verbo Divino, Estella 1993, 115.

¹⁰² CDC, can 659, 1y2.

¹⁰³ Cfr. C. DOMÉÑO, “Juniorado”, en A. APARICIO – J. CANALS, *Diccionario teológico de la vida consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 919 – 924.

¹⁰⁴ PI 58. La duración puede variar dependiendo de cada instituto, pero tiene que estar en conformidad con lo estipulado con la Iglesia, ES 35 y CDC, can 659.

¹⁰⁵ S. BISIGNANO, “Formación”, en A. APARICIO – J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 730.

2.2.1. Características y objetivos de la etapa

Características

Lo “específico de esta etapa”¹⁰⁶ es la formación. Una formación que ha de ser sistemática, con intereses pertinentes. Es importante evitar la dispersión, la improvisación y la acumulación excesiva. Se ha de proceder de manera ordenada, planificando los objetivos y medios y realizando las convenientes evaluaciones.

Es importante también que la formación esté “acomodada a la capacidad de los miembros; es una de las características de todo proceso pedagógico de personalización. Cada formando es único y posee un ritmo peculiar”¹⁰⁷.

La formación ha de ser humana, espiritual, académica, comunitaria y apostólica, porque entendemos que el crecimiento en el Espíritu no es un proceso personal desconectado del servicio apostólico, sino que hay entre las dos dimensiones una relación recíproca. Es importante que la formación lleve a los junioreos a la profundización teórica y práctica de los contenidos doctrinales aprendidos. La formación ha de incluir “títulos académicos”¹⁰⁸, según las exigencias apostólicas de cada Instituto.

Para mejor alcanzar los objetivos que se pretenden en esta etapa es importante que a los formandos se les confíen solo aquellas tareas que no son un obstáculo para la consecución de los objetivos en causa. Es responsabilidad de cada Instituto determinar las tareas que son convenientes para la etapa.

Objetivos en clave de proceso

Los objetivos del juniorado están condicionados por la modalidad de la espiritualidad del instituto en el que el joven profeso está siguiendo la formación. Pero, en el proceso formativo hay una serie de aspectos de los que los responsables de la formación no deberían prescindir, tales como: la maduración de la persona, la cualificación

¹⁰⁶ Lo específico de esta etapa lo encontramos en el CDC, can 660, 1 y PI 58 que nos permite comprender lo característico del Juniorado, en la que “la formación ha de ser sistemática, acomodada a la capacidad de los miembros, espiritual y apostólica, doctrinal y a la vez práctica, y también, si es oportuno, con la obtención de los títulos pertinentes, tanto eclesiásticos como civiles”.

¹⁰⁷ G. FERNÁNDEZ SANZ, “La formación de los profesos temporales”, en A. SANZ ARRIBAS, *Camino de formación*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1991, 247-261.

¹⁰⁸ La obtención de títulos viene exigida por el contexto social en el que nos movemos, los títulos sean eclesiales o civiles, son medios que contribuyen para la realización vocacional del candidato y para la cualificación para la misión.

profesional y pastoral del candidato, la comprensión y aceptación del instituto, la comprobación de las condiciones válidas del candidato para la vida comunitaria y la propia misión del instituto, la capacidad del candidato para responder a los compromisos evangélicos con fidelidad y la aceptación del instituto y la creatividad.

El objetivo del Juniorado es lograr en el joven religioso madurez y estabilidad en su opción vocacional y una preparación integral estimulada desde la vida, que le permita dar respuesta definitiva a Dios en la Congregación¹⁰⁹. Para eso el joven está invitado a hacer de su experiencia descubrimientos progresivos, cada vez más profundos y verdaderos, que le revelan la anchura y la belleza de su vocación. Proponemos a continuación las etapas o fases del proceso de crecimiento: la profundización, la experiencia de la cruz y consolidación¹¹⁰. Estas etapas dependerán de la madurez religiosa y apostólica de cada joven profeso en formación.

a) *La profundización*

Se trata aquí de la profundización vital en los valores de la vida religiosa de modo que, se conviertan en sentimiento personal, en fuerza que motiva desde lo profundo de la persona. La profundización se consigue a través de los medios acostumbrados que son la oración, el estudio que alimenta la fe, la vida común, el conocimiento progresivo y más directo de la propia familia religiosa, el ejercicio pastoral, la confrontación, el diálogo formativo y el acompañamiento espiritual¹¹¹.

La comunidad de formación, es para el joven en formación una escuela de especialización práctica y doctrinal de la perfección de la caridad en la fraternidad evangélica, en el servicio apostólico, con las cualidades del carisma del fundador. El proceso de profundización implica la aceptación de sí mismo, la superación del dolor como destrucción, la aceptación serena de los propios límites, el amor al prójimo. Es un camino que requiere tiempo y, en los formadores, mucha paciencia, respeto a la persona tal como

¹⁰⁹ Cfr. E. ARANGO - Equipo, *Un camino de formación inicial en la vida religiosa*, Verbo Divino, Estella 1993, 115.

¹¹⁰ Para desarrollar estas etapas del itinerario de formación nos inspiramos de S. BISIGNANO, "Del primer compromiso a los votos perpetuos: itinerario pedagógico- espiritual", en AA.VV., *Formación para la vida religiosa. Del noviciado a la profesión perpetua*, Paulinas, Madrid 1984, 217-248.

¹¹¹ Cfr. S. BISIGNANO, "Formación", en A. APARICIO – J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 735.

es y entera confianza en la buena voluntad de los jóvenes y en la acción del Espíritu en ellos¹¹².

El profeso en esta fase va asimilando los valores de la vida religiosa poco a poco, va purificándose y ampliando su propia experiencia. Va madurando y se expresa con más libertad y en pleno reconocimiento del camino hecho, la identidad personal del joven va enriqueciéndose y se identifica cada vez más en el carisma fundador.

b) La experiencia de la cruz

La experiencia de la cruz es importante y necesaria en esta etapa. Es una fase delicada, exige a los formadores una verdadera *sabiduría* y una fina capacidad de discernimiento para acompañar a los religiosos en formación. La fase anterior, de la profundización, prepara al joven religioso a confrontarse en la dura prueba con la persona de Cristo crucificado (Mt 26,36-46; Mt 27, 32-37). Se trata aquí de la experiencia de la dureza de la cruz, de su necesidad para la razón y para la experiencia humana (cfr. 1Co 1, 23-24).

El joven religioso experimenta o tiene que experimentar la prueba, sobre la propia persona, sobre las propias opciones hechas, sobre cada uno de los votos, sobre la comunidad, sobre la familia religiosa y sobre su compromiso apostólico¹¹³. La prueba le llevará a tener una nueva y más profunda comprensión del misterio de Cristo, que pasa por la experiencia y por el descubrimiento existencial de la cruz como *sabiduría de Dios*.

Esta fase se marca como el momento central del proceso de maduración del consagrado. El joven profeso se encuentra con sus problemas que a veces creía haber superado, con sus límites que le pesan, con una desilusión incluso con la vida de comunidad que había soñado o idealizado. Muchos aspectos de la vida cristiana y compromisos religiosos parecen en ciertos momentos un verdadero atropello a su autonomía, a su libertad, al prestigio personal¹¹⁴. Ayuda en estos momentos el testimonio

¹¹² Cfr. S. BISIGNANO, “Del primer compromiso a los votos perpetuos: itinerario pedagógico-espiritual”, en AA. VV., *Formación para la vida religiosa. Del noviciado a la profesión perpetua*, Paulinas, Madrid 1984, 217-248.

¹¹³ Cfr. S. BISIGNANO, “Formación”, en A. APARICIO – J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 735.

¹¹⁴ Cfr. S. BISIGNANO, “Del primer compromiso a los votos perpetuos: itinerario pedagógico-espiritual”, en AA. VV., *Formación para la vida religiosa. Del noviciado a la profesión perpetua*, Paulinas, Madrid 1984, 239.

de la caridad del formador y la coherencia de vida, la escucha amorosa e infundir siempre la confianza.

La experiencia termina con una nueva toma de postura ante Cristo y ante el mundo. Es una nueva opción por Dios y por su designio de salvación universal. Es una fase en la que pueden manifestarse las inconsistencias psicológicas y espirituales; es tarea del formador el saber discernir y colocar todos los elementos en su contexto objetivo y ofrecer la ayuda adecuada a quien lo necesite¹¹⁵. La cruz es necesaria porque es el instrumento a través del cual lo divino penetra en lo humano y el hombre participa con más plenitud de la vida de Dios

c) *La consolidación*

La fase de la consolidación, es uno de los frutos preciosos de la maduración en el desarrollo del sentido de la Iglesia y la madurez apostólica. La consecuencia de este camino es una nueva adhesión a Cristo y una mayor claridad respecto a la propia vocación religiosa. Crece un amor más pleno, más verdadero a la familia religiosa y a la Iglesia. El ánimo de la persona ha cambiado, que se mueve en una visión de la vida más semejante al sentir de Cristo y del fundador y al mismo tiempo más cercano al hombre¹¹⁶.

En la etapa de la consolidación se aprende a sufrir por los otros, a confrontarse, y especialmente en los momentos más exigentes, a volver a los orígenes evangélicos de la vida religiosa. Se vive además la experiencia del seguimiento con más simplicidad, se vive con más realismo, fruto de las pruebas vividas y superadas en la fe. Esto se comprueba en el modo de hacer las tareas que siguen siendo las mismas de antes, pero cambia la actitud interior, que es lo que caracteriza la modalidad de la acción, ahora lee lo que le acontece con una nueva visión de la vida¹¹⁷.

¹¹⁵ Cfr. S. BISIGNANO, "Formación", en A. APARICIO – J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 735.

¹¹⁶ Cfr. S. BISIGNANO, "Formación", en A. APARICIO – J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 736.

¹¹⁷ Cfr. S. BISIGNANO, "Del primer compromiso a los votos perpetuos: itinerario pedagógico-espiritual", en AA. VV., *Formación para la vida religiosa. Del noviciado a la profesión perpetua*, Paulinas, Madrid 1984, 243.

2.2.2. Las dimensiones de formación en el juniorado

El joven religioso está llamado a buscar y a amar a Dios “con todo el corazón, con toda el alma” (Mc 12,30). El amor a Dios y a los hermanos es un dinamismo vigoroso que debe inspirar constantemente el camino de crecimiento y de fidelidad¹¹⁸ del joven. Crecer es un proceso interno que se hace a través de diversos factores de la dinámica psíquica en el sujeto¹¹⁹.

Y para que la formación abarque toda la persona y ayude a crecer ha de ser planteada desde diferentes áreas y contenidos transversales en las que se mueve y se realiza el joven profeso y que han de estar a lo largo de todo itinerario formativo. Las dimensiones que a continuación presentamos se inspiran en el documento de la Iglesia, las Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos; PI¹²⁰.

a) Dimensión humana

La dimensión humana es la profundidad del misterio del hombre y el cúmulo de energías que posee. Sobre estos elementos hay que trabajar para que el joven religioso llegue a la *madurez humana*¹²¹. La formación parte de estos presupuestos y de la consciencia por parte del sujeto, del magnífico potencial que posee y de los rectos y responsabilidades consiguientes¹²².

La persona humana es consciente y libre, llamado a crecer tanto en la consciencia que conduce al dominio de sí, como en la libertad que abre a responsabilidad; la persona está llamada a vivir la relación interpersonal como lugar de realización de sí mismo por lo que da y recibe de los otros. Es un ser capaz de trascenderse hasta abrirse a lo divino, sentirse amado por Dios y amarlo a su vez.

¹¹⁸ Cfr. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 71.

¹¹⁹ Cfr. P. FINKLER, *El formador y la formación para la vida religiosa*, Paulinas, Madrid 1984, 47.

¹²⁰ PI en el capítulo segundo números 19,21, 23, 36 y 29.

¹²¹ El Concilio Vaticano II recuerda y propone criterios para juzgar el nivel de madurez humana de los candidatos para el ministerio presbiteral, que son los mismos que se proponen para los candidatos a la vida religiosa teniendo en cuenta su naturaleza y la misión que el religioso está llamado a cumplir en la Iglesia; GS 61; y OT 11.

¹²² Cfr. A. CENCINI, *Los sentimientos del hijo. Itinerario formativo en la vida en la vida consagrada*, Sígueme, Salamanca 2003, 96.

En esta dimensión se considera y se busca que el junior sea capaz de seguir el camino de opción vital que ha hecho, aprendiendo a afrontar los conflictos, superar los obstáculos. Asumir responsabilidades y alcanzar metas, para llegar a una opción definitiva, en fidelidad a Dios que le invita a la búsqueda, docilidad, apertura, viviendo a veces la inseguridad y la duda y responsabilizándose en su tarea de formación.

b) Dimensión espiritual

La dimensión espiritual es prioritaria dentro de la formación y a lo largo de todas las etapas. “La formación religiosa, en sus diferentes fases, inicial y permanente, tiene como objetivo principal el sumergir a los religiosos en la experiencia de Dios y ayudarles a perfeccionarla progresivamente en su propia vida”¹²³. Hay que orientar la formación para que ayude al joven religioso a vivir en Dios, de Dios y para Dios.

Se pretende en esta dimensión que el junior haga una decidida opción por Jesucristo, desde un compromiso radical por el evangelio, que crezca en la unión y configuración con El, en continua docilidad al Espíritu, que se manifieste en actitudes de vida fraterna y de entrega a la misión, y que acoja en su vida la figura de María como modelo de consagración y entrega¹²⁴.

Se ha de notar la diferencia de los rasgos específicos de espiritualidad del junior con la del novicio. El noviciado siendo una etapa de iniciación, de conocer y experimentar el nuevo estilo de vida consagrada, el acento se pone en el conocimiento profundo y vivo de Jesucristo, que supone tomar consciencia de estar en compañía de Jesús y llegar a una intimidad auténtica con él, a identificarse con su estilo de vida y a mantener una familiaridad con Jesucristo que sea de verdad transformante y le anime a una entrega sin reservas.

Y en el juniorado se trata de la clarificar, profundizar y de consolidar lo que aprendió en la etapa anterior y que a la vez prolonga el objetivo de iniciación que es propio del noviciado¹²⁵, se trata de ayudar al joven profeso a discernir la acción de Dios en su vida y a dejarse inspirar por Espíritu. Porque el objetivo de la formación inicial es adentrar a los

¹²³ PI 35.

¹²⁴ Cfr. E. ARANGO y Equipo, *Un camino de formación inicial en la vida religiosa*, Verbo Divino, Estella 1993, 123.

¹²⁵ Eso porque en el noviciado no se garantizan todos los aspectos que comportan la formación inicial para la vida religiosa.

formandos en la experiencia de Dios y ayudarlos a perfeccionar progresivamente esa experiencia en su propia vida. Para que crezca la unión y la configuración con Dios.

Para eso es necesario que se dé una mutua permeabilidad entre interioridad y actividad, de modo que la conciencia de cada uno cultive la primacía de la vida en el Espíritu Santo del cual brota la gracia de unidad propia del amor de caridad¹²⁶. Es importante también la ascesis personal cotidiana que lleve a los profesos temporales, al ejercicio de las virtudes de fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

c) *Dimensión comunitaria*

La comunidad “juega un papel privilegiado en la formación en cualquier etapa. Y la formación depende en gran parte de la calidad de esta comunidad. Esta calidad es el resultado de su clima general y del estilo de vida de sus miembros, en conformidad con el carácter propio y el espíritu del instituto”¹²⁷. La formación es también comunitaria; en la comunidad el joven profeso aprender a vivir con quien Dios ha puesto a su lado, aceptando sus cualidades y sus límites. Aprende a compartir los dones recibidos para la edificación de todos, puesto que a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para el provecho común¹²⁸.

La comunidad como lugar y sujeto de formación para la vida consagrada, es una de las mediaciones pedagógicas formativas indispensables. Ella se hace cargo del proceso de maduración del joven en formación. La fraternidad es el ámbito natural de crecimiento, y a la vez el sujeto y agente de formación, no solamente en las etapas de formación sino durante toda la vida del religioso¹²⁹.

Es importante aquí lograr la integración comunitaria del joven con los miembros de la comunidad, formar a los jóvenes religiosos en la comunicación y en la posibilidad de crear relaciones interpersonales válidas. Se subraya la importancia de la vida comunitaria

¹²⁶ DCVR 17.

¹²⁷ PI 26.

¹²⁸ Cfr. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 67.

¹²⁹ A. CENCINI, *Los sentimientos del hijo. Itinerario formativo en la vida consagrada*, Sígueme, Salamanca 2003, 63.

como la escuela de realismo, de respeto y de corresponsabilidad¹³⁰. Se trata de acompañar al formando para que pase de una visión de la comunidad como lugar de realización personal, a considerarla como un don del espíritu que se construye con las aportaciones libres de todos los miembros.

Los Jóvenes en formación “deben encontrar en el seno de su comunidad una atmósfera espiritual, una austeridad de vida y un estímulo apostólico capaces de incitarlos a seguir a Cristo según la radicalidad de su consagración”¹³¹.

d) *Dimensión apostólica*

El compromiso apostólico es un aspecto esencial del proceso formativo, abre la mente y el corazón del joven consagrado, disponiéndole para el esfuerzo continuo de la acción, como signo del amor de Cristo que la apremia (2Co 5,14). Es importante la actualización de los métodos y de los objetivos de las actividades apostólicas, en fidelidad al Espíritu y al fin pretendido por el fundador o fundadora, teniendo en cuenta las condiciones cambiantes de la historia¹³².

En esta dimensión se pretende que el junior se sienta enviado en misión por la Congregación a través de la comunidad local, consiguiendo la unidad de vida por la adhesión incondicional a la persona de Cristo y a su misión comprometiéndose en la promoción de la justicia y de la liberación¹³³.

El discernimiento para la elección y duración del compromiso apostólico tiene que tener en cuenta el carisma del instituto y las aptitudes y aspiraciones del formando. Es conveniente que sea bien elegido porque el compromiso y experiencia apostólica poseen una gran densidad pues aluden a un aprendizaje por contacto que afecta la vida del formando, que no se queda en la superficie, le insta a tomar postura y a responder adecuadamente. Las experiencias son importantes porque no solo no atentan contra la maduración religiosa, sino que la enriquecen y la liberan del espiritismo individualista en el que puede incurrir.

¹³⁰ G. FERNANDEZ SANZ, “La formación de los profesos temporales”, en A. SANZ ARRIBAS, *Camino de formación*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1991, 247-261.

¹³¹ PI 27.

¹³² Cfr. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 71.

¹³³ E. ARANGO y Equipo, *Un camino de formación inicial en la vida religiosa*, Verbo Divino, Estella 1993, 103.

El proceso de madurez del religioso “requiere, en esta etapa, un compromiso apostólico y una participación progresiva en experiencias eclesiales y sociales, en la línea del carisma de su Instituto y teniendo en cuenta sus aptitudes y aspiraciones personales”¹³⁴. El compromiso y la experiencia aluden al aprendizaje por contacto directo que afecta a la vida del formando y le exige tomar postura y responder adecuadamente. Es importante aquí preparar el joven profeso para el apostolado.

e) Dimensión eclesial y congregacional

Formar es proponer una norma de vida, y el carisma es esa norma específica con que la persona es llamada a identificarse¹³⁵. En la formación se trata de ayudar el joven profeso a entender y vivir la consagración como acontecimiento espiritual y humano que transforma profundamente la existencia a la luz de un carisma particular. En la dimensión eclesial se busca que el joven religioso se identifique proféticamente con la Iglesia y se sienta por ella enviado a anunciar la Buena Nueva.

El joven ha de crecer en capacidad o aptitud para la nueva evangelización, desde el propio carisma de la congregación y a la vez asumir los valores de vivir inserto en la realidad eclesial y en el medio en el que está llamado a evangelizar, viviendo el sentido de pertenencia y amor a la Congregación, asumiendo sus límites y valores, sintiéndose corresponsable y en actitud de disponibilidad a las diversas realidades¹³⁶.

f) Sexualidad

Es importante esta dimensión de la formación por ser una “dimensión fundamental de la existencia humana”¹³⁷. El joven religioso necesita de información, aceptación e integración de su condición sexual para llegar a vivir su condición sexual sin tabúes, sin fobias u otras formas neuróticas, sin frustraciones disfuncionales. El religioso ha de aprender a integrar y asumir la renuncia al ejercicio de la sexualidad genital, de la procreación, y del amor conyugal como posibilidad para destacar las potencialidades del amor virginal¹³⁸.

¹³⁴ PI 62.

¹³⁵ A. CENCINI, *Los sentimientos del hijo. Itinerario formativo en la vida consagrada*, Sígueme, Salamanca 2003, 163.

¹³⁶ E. ARANGO y Equipo, *Un camino de formación inicial en la vida religiosa*, Verbo Divino, Navarra 1993, 125.

¹³⁷ Pablo VI, *Declaración acerca de ciertas cuestiones de ética sexual* 1.

¹³⁸ Cfr. M. VIDAL, “Sexualidad”, en A. APARICIO – J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 1641- 1655.

El joven religioso ha de hacer el camino de comprender y vivir la sexualidad como *autodonación*¹³⁹ recíproca y en la complementariedad de los sexos. La esponsalidad, que está manifiesta en el significado del celibato como llamada a la libertad autotranscedente del amor por Dios, “es la expresión más plena del misterio de la sexualidad, como símbolo de la semejanza divina, en las dimensiones constitutivas de la fecundidad y de la relación; es de algún modo la *bueno noticia* del evangelio, que llama *bienaventurados y puros de corazón*, porque la esponsalidad indica la totalidad de la pertenencia a Dios y de la búsqueda de su voluntad, la eternidad y la transparencia del amor gratuito y ordenado”¹⁴⁰.

El joven profeso ha de hacer un proceso y llegar a comprender que la sexualidad exigida por la virginidad renuncia a la genitalidad y a la procreación para dedicarse en totalidad a los demás aspectos que integran la fecundidad humana, descubre proféticamente nuevas formas del amor oblativo, que especifica la madurez sexual en la vivencia de la comunión con Cristo y con sus hermanos y en la entrega radical a la instauración de la fraternidad universal del Reino¹⁴¹.

2.2.3. El diálogo

El diálogo es el principal instrumento formativo por excelencia y privilegiado de que dispone el formador; “ha de tenerse con regularidad y cierta frecuencia, y constituye una práctica de comprobada e insustituible eficacia”¹⁴². La formación necesita, por su propia naturaleza, una relación interpersonal particular dentro de la cual el individuo se sienta acogido dentro de su individualidad, y también que haga posible el intercambio a nivel profundo. Para que el formador vea los frutos del diálogo es necesaria la constancia y paciencia, dedicarle tiempo, pues es un servicio a veces duro y fatigoso, humilde y aparentemente inútil, en general poco gratificante, pero a la larga resulta formativamente eficaz.

¹³⁹ A. CENCINI, *Por amor, con amor, en el amor: libertad y madurez afectiva en el celibato consagrado*, Atenas, Madrid 1996, 285.

¹⁴⁰ A. CENCINI, *Por amor, con amor, en el amor: libertad y madurez afectiva en el celibato consagrado*, Atenas, Madrid 1996, 299.

¹⁴¹ Cfr. R. GOMEZ MANZANO, “Afectividad y sexualidad en la formación para la vida religiosa”, en AA.VV., *Formar hoy para la vida religiosa de mañana*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1991, 267.- 302.

¹⁴² JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 66.

La comunicación que el formador hace en el grupo es necesariamente genérica, difícilmente llega al corazón. Solamente “en un contexto de libertad y gratuidad interpersonales hace posible el rastreo serio de las experiencias personales y de las vivencias profundas. El coloquio con el particular debe ser pues, el centro de una praxis formativa que tenga esa finalidad”¹⁴³.

Es importante que el formador viva con los jóvenes, observándolos en diversos contextos, captando ciertos matices comportamentales, ciertas reacciones o costumbres. Esto le ayuda a un conocimiento completo, que le permitirá en el momento del diálogo expresar las lagunas y los vacíos, las distorsiones perceptivas e interpretativas presentes en la versión que el individuo da de sí y de los hechos.

En el diálogo no solo es importante lo que el joven cuenta de su persona, sino también aquello que no cuenta, porque no lo nota o porque le da una importancia relativa, porque distorsiona su sentido o porque lo quiere ocultar explícitamente. Así el formador atento, que observa con inteligencia y registra con diligencia, tiene en este modo la preciosa posibilidad de escrutar a fondo al joven y ayudarlo en el discernimiento de sí, confrontándolo de manera puntual y precisa¹⁴⁴.

2.3. Agentes de la formación inicial

Dios es quien llama a la vida consagrada en el seno de la Iglesia. Es Él quien, a lo largo de toda la vida del religioso conserva la iniciativa. Son varios los agentes de la formación inicial. A continuación presentaremos algunos que parecen importantes para la configuración del junior¹⁴⁵.

a) El Espíritu Santo

El Espíritu Santo es el gran agente y protagonista en origen de toda vocación—consagración—misión. Es Él quien “enseña, llama y guía” (cfr. Jn 14, 26; 16,13), es el primer formador. La formación en y para la vida consagrada ha de tener como meta

¹⁴³ A. CENCINI, *Vida consagrada. Itinerario formativo*, San Pablo, Madrid 1994, 191.

¹⁴⁴ A. CENCINI, *Vida consagrada. Itinerario formativo*, San Pablo, Madrid 1994, 193.

¹⁴⁵ Los agentes de formación que aquí presentamos se inspiran en el documento de la Iglesia *Potissimum Institutioni* en el capítulo segundo en los números 19, 21,22, 26, 29 y 30.

fundamental y como método básico sintonizar en todo momento con esa acción del Espíritu Santo en lo más secreto del corazón de cada uno de los jóvenes en formación.

Este Espíritu, “cuya acción es de un orden diferente que los datos de la psicología o la historia visible, pero que obra también a través de ellos, actúa en lo más secreto del corazón de cada uno de nosotros para manifestarse después en frutos patentes: Él es el Espíritu de Verdad que enseña, llama, guía”¹⁴⁶.

El Espíritu es el que guía hasta la verdad completa (Jn 16,13). No se puede crecer en el encuentro, no se puede penetrar en el interior de la verdad sin la acción del Espíritu, al que la tradición de la Iglesia ha denominado sabiamente *maestro*, porque nos lo enseñará todo y nos recordará la Palabra de Cristo (Jn 16,13).

Una formación que incorpore en su centro la acción del Espíritu será una formación orante en proceso, abierta, personalizadora, que acepta el desafío del antropocentrismo. El Espíritu, como *memoria de Cristo*, es siempre un dinamismo de presente y de futuro, es creatividad, es impulso de libertad¹⁴⁷. La experiencia del Espíritu es la condición de posibilidad de todo proceso formativo de configuración con Cristo.

El espíritu Santo está presente en el joven en formación, actúa en lo más secreto del corazón; asiste, consuela, apoya y fortifica el joven en formación en su respuesta. El formando, como respuesta a la acción del Espíritu que actúa en él, ha de desarrollar actitudes fundamentales de humildad y discernimiento espiritual. Humildad como la disposición para dejarse conducir por la sabiduría de Dios. Y la práctica del discernimiento espiritual en un clima de fe, confianza y sinceridad, para reconocer la presencia de Dios en todos los aspectos de la vida y de la historia, a través de la mediación humana¹⁴⁸.

b) *La Iglesia*

La Iglesia por el ministerio de sus pastores, no sólo eleva mediante su sanción la profesión religiosa a la dignidad de estado canónico de vida, sino que, además, con su acción litúrgica, la presenta como un estado consagrado a Dios. La vida religiosa mantiene con el misterio de la Iglesia un vínculo particular.

¹⁴⁶ PI 19.

¹⁴⁷ Cfr. S. GONZALO FERNANDEZ, “El Espíritu Santo, principal agente de la formación”, en AA.VV., *Formar hoy para la vida de mañana*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1991,55-80.

¹⁴⁸ Cfr. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 19, 66.

La Iglesia nos hace participar de la naturaleza sacramental del pueblo de Dios. “Las religiosas y los religiosos reciben en la Iglesia el alimento con que nutrir su vida bautismal y su consagración religiosa”¹⁴⁹, escuchan, se alimentan y rezan con la palabra de Dios. En la Iglesia el religioso ofrece su propia vida con el sacrificio eucarístico de Cristo y celebra los sacramentos con la comunidad eclesial¹⁵⁰.

La liturgia de la Iglesia llega a ser así para ellos el vértice por excelencia al cual tiende toda una comunidad y la fuente de donde mana su vigor evangélico¹⁵¹. Por esta razón la tarea formativa se desarrollará necesariamente en comunión con la Iglesia de la que los religiosos son hijos y en la obediencia filial a sus Pastores. De ella recibimos el Evangelio que ella misma nos ayuda a descifrar, gracias a su Tradición y a la interpretación auténtica del Magisterio¹⁵².

La Iglesia interfiere en la formación de los jóvenes religiosos porque la vida religiosa participa de la vida y santidad de la Iglesia. La Iglesia define la vida consagrada como una manera particular de participar de la naturaleza sacramental del pueblo de Dios, de dar al mundo un espléndido testimonio y ejemplo de santidad¹⁵³ y también desde la total entrega del religioso a Dios, por la profesión, tal entrega une al religioso con la Iglesia y su misterio de manera especial. Y por fin desde la acción oferente de la Iglesia jerárquica que presenta por medio de sus pastores y entrega la profesión de los consejos evangélicos en su acción litúrgica por excelencia como un estado consagrado a Dios.

Estos elementos son importantes a tener en cuenta en la formación, porque manifiestan la vinculación que tiene la vida religiosa con la Iglesia que es importante tenerlos en cuenta en la formación de los jóvenes. Puesto que la Iglesia invita al joven religioso a participar de una manera activa y creativa en su misión profética, de comunión y de servicio en el nivel local y universal. Y por la Palabra de Dios, celebrada y vivida el formando que quiere seguir a Cristo recibe luz e interpelación.

¹⁴⁹ Cfr. PI 22.

¹⁵⁰ Cfr. LG 11.

¹⁵¹ Cfr. SC 10.

¹⁵² PI 23.

¹⁵³ Cfr. LG 39.

c) *El joven profeso*

El joven profeso es el primer responsable de su propia formación. Es verdadero colaborador y no solo objeto de formación porque en la base del proceso de formación vocacional religiosa está la voluntad vocacional del sujeto.

El joven como responsable de su formación, se coloca en situación dialogal y aquí se entiende su libertad como libertad de adhesión y de obediencia. La responsabilidad es el ejercicio de una libertad que se abre a unos valores, que dice sí en obediencia a una llamada. Reconocer es la responsabilidad primera del formando, es otorgarle el suficiente ámbito para ser él mismo. El que confía ofrece margen a la libertad responsable. La formación, por ser una relación personal, ha de ser una relación personal que se realiza según la pedagogía de confianza¹⁵⁴.

De acuerdo con las condiciones de edad y de madurez, el joven religioso debe ser sujeto y participante activo, responsable y creador de los procesos de su propio crecimiento y de decisión vocacional. Él debe tomar parte de las búsquedas, en las valoraciones y en los cambios de los programas, de medios, de métodos y de procedimientos, pues está continuamente invitado a dar una respuesta atenta, nueva y responsable. Es preciso pues, encontrar un justo equilibrio entre la formación del grupo y la de cada persona, entre el respeto a los tiempos previstos para cada fase de la formación y su adaptación al ritmo de cada uno¹⁵⁵.

d) *La Comunidad formativa*

La formación depende en gran parte de la calidad de la comunidad. Esta calidad es fruto de su clima general y del estilo de vida de sus miembros, en conformidad con el carácter propio y el espíritu del Instituto. La calidad de la formación, en gran parte, depende de la calidad de la comunidad que es dada por su cercanía vital a lo que teológica y pedagógicamente define la comunidad religiosa, inspirados en la primera comunidad cristiana (Hch 2, 42-47), una comunidad que se constituye y permanece porque el Señor los ha reunido por una común consagración y por una misión común de la Iglesia. La comunidad formativa es un cuerpo unitario global, en un estrecho diálogo de protagonismo formativo en torno a los mismos valores, los mismos fines y objetivos.

¹⁵⁴ Cfr. A. GARACHANA, "El religioso mismo: responsable de su formación", en A. SANZ ARRIBAS, *Camino de Formación*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1991, 133 -140.

¹⁵⁵ Cfr. PI 29.

La comunidad es formadora en la medida “en que permite a cada uno de sus miembros crecer en la fidelidad al Señor según el carisma del Instituto. Por eso, los miembros deben poder clarificar juntos la razón de ser y los objetivos fundamentales de esta comunidad; sus relaciones interpersonales estarán impregnadas de sencillez y confianza, basadas principalmente en la fe y en la caridad”¹⁵⁶.

La comunidad de formación requiere un formador de un estilo nuevo, que usa menos palabras, menos escritos y documentos, menos controles, menos recomendaciones, menos investigaciones, menos juicios. Debe abundar la vida vivida juntos, ya formada o todavía en crecimiento y tensión. Esta vida religiosa que se hace en la comunidad ha de dar un testimonio ejemplar, que invita a la implicación y a la participación, que se hace inspiración, guía, alimento y también magisterio¹⁵⁷.

La comunidad formativa es la instancia primaria de referencia, que ningún centro puede suplir. Ella constituye el ámbito en el que crece y madura, en el espíritu de los respectivos fundadores, la identificación vocacional y la respuesta a la vocación recibida. La fidelidad al propio carisma necesita ser profundizada por el conocimiento, cada día más amplio de la historia del instituto y su misión, del espíritu del fundador, esforzándose al mismo tiempo por encarnarlo en la vida personal y comunitaria¹⁵⁸.

e) *La oración*

En una comunidad formativa, la oración comunitaria y personal da ritmo a la convivencia fraterna y al trabajo formativo de cada día mediante la alabanza a Dios, la acción de gracias, la súplica, la eucaristía, la meditación personal y otros actos de relación con Dios y con el mundo religioso. Son característicos de la comunidad formativa los retiros de oración durante varios días del año, los ejercicios espirituales.

La eucaristía de la comunidad formativa se prepara y se vive como sacramento de la fe, del crecimiento, de la comunión, de la santificación, juntos como comunidad. Se celebra como la mejor expresión de la vida de la comunidad y como la fuente más excelentes de la fuerza necesaria para modular las condiciones espirituales que exige el

¹⁵⁶ PI 27.

¹⁵⁷ Cfr. P. GIANOLA, “La comunidad formativa”, en AA.VV., *Formación para la vida religiosa. Del noviciado a la profesión perpetua*, Paulinas, Madrid 1984, 153-192.

¹⁵⁸ Cfr. PI 22.

crecimiento vocacional religioso¹⁵⁹. Tienen también un importante valor en las comunidades de formación la adoración comunitaria, las vigilias eucarísticas y las visitas al Santísimo.

f) Comunidad que celebra la reconciliación y el perdón

Además del ministerio de la confesión y de la penitencia personal, en la comunidad formativa el confesor es servidor y guía de la reconciliación de los hermanos con Dios y entre sí. Es ministro de la comunidad de la misericordia y de la paz, de la conversión, ayuda a todos a convertirse. Ayuda a la conciencia a asumir de modo maduro la propia responsabilidad con autenticidad y sinceridad, a afrontar la realidad del mal, que está en cada uno y en el mundo. Ayuda y guía a denunciar, evitar y reparar la injusticia, la soberbia, la ambición, la lujuria.

La comunidad ha de plantearse como grupo de vida, en actitud de oración; la revisión de vida, la corrección fraterna y el ejercicio cotidiano y excepcional del perdón, situándose en permanente actitud de conversión. Tendrá también valor y eficacia la forma sacramental de la liturgia penitencial y de la práctica de la confesión individual.

La comunidad de formación es una comunidad de fe y de amor, donde se desarrolla un clima de atención y fuerte vínculo entre las personas. Se ha de favorecer entre ellos un proceso continuo de transformación y conversión, que supone reconciliación recíproca, salir de sí mismo, entrar en el clima de estima y de confianza, recorriendo juntos un camino en el cual el perdón tiene un puesto de privilegio; el perdón sacramental y litúrgico, pero también el perdón fraterno cotidiano¹⁶⁰.

g) El formador¹⁶¹

Decíamos arriba que es el Espíritu Santo, es el principal agente de formación. El formador es por su naturaleza una mediación imperfecta de que Dios se sirve. El formador es solo un mediador. Es importante que institucionalmente el formador acepte con gozo

¹⁵⁹ Cfr. P. GIANOLA, "La comunidad formativa", en AA.VV., *Formación para la vida religiosa. Del noviciado a la profesión perpetua*, Paulinas, Madrid 1984, 177.

¹⁶⁰ Cfr. P. GIANOLA, "La comunidad formativa", en AA.VV., *Formación para la vida religiosa. Del noviciado a la profesión perpetua*, Paulinas, Madrid 1984, 178.

¹⁶¹ Siempre que referirnos al formador estamos también haciendo alusión a las formadoras.

este planteamiento y que no asuma responsabilidades ni cargas excesivas¹⁶². El formador es el que muestra, es un Juan Bautista, un Eli que señala y anuncia a Otro, no se apunta a sí mismo porque es Jesús el que debe crecer en el corazón del formando.

La formación en la vida religiosa consiste más bien en una ayuda a convertir el corazón al evangelio. Una vez que el corazón ha sido tocado por el amor de Dios, el sujeto procura insertarse en una estructura que le permita vivir plenamente esa nueva realidad. El “esfuerzo inicial del formador consiste en sensibilizar el corazón del formando para la voz de Dios”¹⁶³.

El formador se hace a medida que va adquiriendo experiencia en el camino de crecimiento humano y espiritual en medio de sus formandos. Para ser formador hay que querer serlo, y tener una gran disponibilidad e interés por formarse en todos los niveles: humano, científico, espiritual. El formador ha de cultivar una actitud sincera y humilde de no querer ser nada más que un instrumento útil en manos del único Maestro, del Espíritu Santo, el verdadero creador y forjador de los consagrados¹⁶⁴.

El formador ha de ser una persona buena y abierta con todos los formandos y con cierta madurez sobre todo en tres dimensiones de la personalidad: “afectividad, cultura religiosa y vida espiritual”¹⁶⁵. Se trata de tres aspectos de la personalidad de particular importancia para el ejercicio de su función como formador. La madurez más recomendada para el formador es la espiritual, que está estrechamente ligada a la madurez afectiva. El elemento fundamental de madurez es la fe, una fe que se purifica a medida que va madurando humana y espiritualmente.

El formador también ha de ser una persona consciente de su propia responsabilidad, se preocupa de su crecimiento personal en todos los niveles de su personalidad. Que, con frecuencia verifica atentamente su situación interna sobre todo en los aspectos que dicen respecto a los sentimientos, deseos, temores, angustias, insatisfacciones, desconfianzas. En este sentido es imprescindible la autopurificación, la vida espiritual y de oración que le ofrece remedios poderosos para muchas curaciones espirituales que restituyen la paz del alma.

¹⁶² A. CENCINI, *Los sentimientos del hijo. Itinerario formativo en la vida consagrada*, Sígueme, Salamanca 2003, 50.

¹⁶³ P. FINKLER, *El formador y la formación para la vida religiosa*, Paulinas. Madrid 1983, 36.

¹⁶⁴ Cfr. P. FINKLER, *El formador y la formación para la vida religiosa*, Paulinas. Madrid 1983, 24.

¹⁶⁵ P. FINKLER, *El formador y la formación para la vida religiosa*, Paulinas. Madrid 1983, 25.

Las actitudes del formador

El formador ha de darse a conocer como un hombre normal, con tendencias y debilidades, pero que a pesar de todo está profundamente empeñado en convertirse constantemente. La humildad y la sencillez son siempre signos de autenticidad y, deben caracterizar al formador. “Los formadores deben ser, por tanto personas expertas en los caminos que llevan a Dios, para poder ser así capaces de acompañar a otros en este recorrido”¹⁶⁶, tiene que crecer cada día en amor a Dios, en imitación a Cristo y ser cada vez más fiel en la práctica de los consejos evangélicos.

El formador ha de tener actitudes *pedagógicas*¹⁶⁷ y sociales tal como estar abierto a la transcendencia, que significa creer de verdad que la vida del hombre en la tierra es etapa provisional a la que sigue una existencia eterna más allá del mundo material y visible. Esta verdad tiene que encarnarla de tal manera que sus actitudes y su comportamiento sean un claro testimonio de ello. La actitud de apertura a la transcendencia del formador es necesaria, para que el formando pueda también descubrir y vivir esta actitud. Ha de también vivir en espíritu de permanente discernimiento.

Tareas del formador

Un buen formador coordina e integra en lo posible todos los aspectos del desarrollo del formando. Cualquier cosa que haga el formador tiene que ser vista como una ayuda directa o indirecta para el crecimiento de todos los formandos. Además de la tarea específica del formador para ayudar a los formandos a crecer podemos también pensar en otras tareas como: amar, motivar, estimular, coordinar, instruir, controlar. Como mediador su tarea va a consistir en *educar, formar y acompañar*¹⁶⁸.

El formador en su tarea de educar ayuda al formando a sacar fuera la verdad de su persona, lo que ella es en su consciente e inconsciente, con sus historias y heridas, sus dotes y sus posibilidades, para que pueda conocerse y realizarse lo más posible. Educar significa, pues, participar en la obra creadora y constructora de Dios que es fruto de un

¹⁶⁶ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 66.

¹⁶⁷ P. FINKLER, *El formador y la formación para la vida religiosa*, Paulinas. Madrid 1983, 32.

¹⁶⁸ Cfr. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo. Itinerario formativo en la vida consagrada*, Sígueme, Salamanca 2003, 48.

amor fuerte y tierno. Educar es ayudar al joven a pasar del descubrimiento subjetivo de lo que uno siente al descubrimiento objetivo de la propia realidad interior¹⁶⁹.

Como formador propone un nuevo modo de ser o una nueva forma que constituye la identidad del consagrado. Formar es introducir en el corazón del formando una certeza que genera nueva vida. Es importante que el formador invite a los jóvenes a que vivan y experimenten la relación con Cristo, verdadero Padre y maestro de sus vidas, el único que puede implantar en sus corazones su forma de sentir.

En su tarea de acompañar, el formador, invita al formando para que caminen juntos y juntos llevar el proyecto vocacional. Se invita a todo su ser y al conjunto de sus estructuras intrapsíquicas, corazón, mente y voluntad a responder a la llamada del espíritu. Es importante aquí que el joven vea en el Espíritu un amigo fiel, la memoria de Jesús y de su palabra, alguien que le llevará al pleno conocimiento de la verdad y a la sabiduría del corazón¹⁷⁰.

El formador tiene que lograr una relación interpersonal que lleve a la comunicación y a la orientación por medio del acompañamiento personal, que respete la libertad del candidato mientras sus opciones no sean contrarias a la profesión. Y tiene que respetar en muchos aspectos las iniciativas de los candidatos, teniendo bien claros los objetivos formativos que el Instituto ha señalado en sus documentos y tender a conseguirlos. Y el formador ha de atender a las características de cada uno de los formandos, preocupándose de las necesidades puntuales de cada uno de ellos y resolverlos adecuadamente.

h) El equipo de formación inicial

El equipo de formación está constituido por todos los formadores implicados en la formación de manera directa. Comparten la capacidad de diálogo afectivo, espiritual y formativo. Los miembros del equipo fundan su unidad en la convicción y en la alegría de su propia vocación, en la propia espiritualidad y en una intensa vida de oración. Su contribución para crear comunidad formativa está ligada a algunas actitudes convencidas y constantes respeto a los jóvenes religiosos: la convicción de su real bondad, posibilidad, intención, compromiso general y vocacional, por lo cual dan por bien empleados el tiempo, el esfuerzo, el interés y la fatiga por su formación.

¹⁶⁹ Cfr. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo. Itinerario formativo en la vida consagrada*, Sígueme, Salamanca 2003, 52.

¹⁷⁰ Cfr. A. CENCINI, *Los sentimientos del Hijo. Itinerario formativo en la vida consagrada*, Sígueme, Salamanca 2003, 58.

El equipo formativo tiene la tarea de comunicar la confianza que tienen en ellos, de modo que se sientan capaces de conseguir las metas propuestas. Y, a ellos cabe también la tarea de proyectar y programar junto con ellos el plan y el método de formación con sus diversos factores, contenidos y tiempos. Han de saber establecer la debida relación precisamente comunitaria, entre los componentes del equipo, los primeros responsables. Deben saber construir la comunidad de formación incluyendo a los jóvenes religiosos como auténticos protagonistas¹⁷¹.

Los miembros del equipo de formación, juntamente con el responsable de la formación deben trabajar de común acuerdo, vivamente conscientes de su responsabilidad común. Bajo la dirección del superior, estén en estrecha comunión de Espíritu y de acción y formen entre sí y con aquellos que han de formar, una familia unida¹⁷². Es necesaria la relación y la colaboración continúa entre los superiores de las diversas etapas de la formación concretamente, interés y clara comunicación entre el noviciado y el juniorado.

2.4. Los problemas formativos

El juniorado es una etapa delicada y vulnerable, por la diversidad de los retos institucionales y formativos que se deben afrontar así como por la dificultad personal de integrar todas las dimensiones antropológicas y espirituales que se ponen en juego. Esta etapa requiere una atención especial. “Para recorrerla con garantía y fecundidad es necesario apuntalar la vida espiritual, para que esta sea no se derrumbe ante los primeros embates. El junior o la juniora después de su primera profesión quedan colocados en una zona desértica, peligrosa, en la cual los *malos espíritus* actúan con sagacidad y astucia para poner en crisis la vocación o para dejarla marcada y deteriorada para el futuro”¹⁷³. Para resistir es necesario revertirse con armaduras de la fe.

Durante la etapa del juniorado es frecuente que los atractivos y motivaciones naturales se despierten con más fuerza frente a las motivaciones vocacionales predominantes en el noviciado. En este contraste y con ayuda de otros, “se pueden

¹⁷¹ Cfr. P. GIANOLA, “La comunidad formativa”, en AA.VV., *Formación para la vida religiosa. Del noviciado a la profesión perpetua*, Paulinas, Madrid 1984, 169.

¹⁷² Cfr. OT 5.

¹⁷³ J. C. R. GARCIA PAREDES, “Cuando los sacramentos configuran el juniorado”: *Vida Religiosa* 119/6 (2015) 11-18.

conjugar los riesgos señalados y purificar la vocación y la persona en una vocación realista y fecunda, consistente y perseverante, al servicio de Dios y de su pueblo”¹⁷⁴.

Es importante en esta etapa prestar atención a algunas situaciones de conflicto que llaman atención, porque se presentan situaciones de comportamiento menos maduras y no favorecen un crecimiento formativo. A continuación presentamos algunos los peligros¹⁷⁵ que pueden presentarse y tentar los jóvenes profesos a lo largo de esta etapa.

El *rebajamiento de ideal*, se manifiesta con la relativización de las convicciones que el joven profeso que tenía en el noviciado, se esfuerza menos en las obras virtuosas. Esta situación es de riesgo porque una vida consagrada sin ideales no se sostiene, la persona sin ideales no puede dar lo mejor de sí. Otra alarma es el *espiritualismo* que se manifiesta con el refugio espiritual en unos fundamentos alejados de este mundo o puede también manifestarse en una fuerte identificación con figuras significativas que encaran un rol específico en el instituto o en el campo de pastoral donde se mueve el profeso, que aporta seguridad identidad y proyecto a quien no los tiene. Aquí el riesgo consiste en quedarse en el estereotipo en el dominio del súper-yo quizás con el peligro de despreciar a los que no son tan fieles.

Vemos también como riesgo *la entrega desmesurada*, que consiste en hacer a los otros más bien que a uno mismo; hay mucha implicación emocional en tal entrega, el riesgo es que la persona está más movida por el impulso emotivo que por una elección ponderada racional y espiritualmente. Otro riesgo es *hacerse el propio proyecto* dentro de la propia congregación, un proyecto personal que le satisface. El riesgo es el individualismo o la realización personal. Asimismo el *activismo disperso* que no ayuda a la profundización, el riesgo es que la persona no sabe centrarse y elegir las opciones prioritarias. Y el *desánimo en la lucha espiritual*, es un riesgo porque puede llevar al abandono de la vocación sin ningún discernimiento.

Es importante en la formación tener en cuenta estos riesgos. Una buena formación en esta etapa consistirá en la integración ordenada de todas las fuerzas psíquicas y espirituales activas en la persona para que favorezcan la unificación de la persona en torno

¹⁷⁴ L. M. GARCÍA DOMÍNGUEZ “Jóvenes profesos: algunos riesgos de la etapa”: *Vida Religiosa* 111/6 (2011) 11-18.

¹⁷⁵ En lo que dice respecto a los riesgos de la etapa del juniorado seguimos el planteamiento de L. M. GARCÍA DOMÍNGUEZ “Jóvenes profesos: algunos riesgos de la etapa”: *Vida Religiosa* 111/6 (2011) 11-18.

a la identidad vocacional, a la mayor armonía entre vida comunitaria y misión, en el acierto entre la justa realización personal y la entrega abnegada a un proyecto carismático¹⁷⁶.

Los riesgos que presentamos, los agentes de formación inicial, la comunidad formativa, el formador, el equipo formativo y el joven mismo son importantes en la formación del joven profesos; de ahí la importancia de cuidarlos de la mejor manera posible porque de ellos depende el logro en la formación. Los fracasos, las crisis en gran parte vienen porque estos factores no han sido cuidados como debía ser.

2.5. La formación en los Sagrados Corazones

La formación es un camino de conversión y de crecimiento de la persona en su relación consigo misma, con los demás y con Dios. Para dar testimonio del amor y crear comunión, cada una de nosotras trata de progresar en la fidelidad a su misión y a su vocación de consagradas a los SSCC¹⁷⁷.

Los fundamentos de la formación inicial femenina SS.CC¹⁷⁸ son el seguimiento de Jesús, entendido como entrar en una plena comunión de vida con Él y con su causa y que se hace en la Iglesia, desde la confianza en el Espíritu que actúa en la Iglesia. Un seguimiento en y para el mundo, y desde la identidad SS.CC., como los fundadores que se sintieron llamadas a no preferir nada que el amor de Cristo.

2.5.1. Características de la formación inicial SS.CC.

El objetivo central del proceso de formación inicial es “ayudar a la persona a prepararse para la consagración total de sí misma a Dios en el seguimiento de Cristo, al servicio de la misión”¹⁷⁹. De aquí procede lo que caracteriza a la formación SS.CC; una formación integral, una formación entendida como un proceso dinámico, posibilita a la persona ir cubriendo los objetivos de las diferentes etapas del itinerario formativo, teniendo en cuenta la realidad de la que parte y el propio ritmo. Una formación en el carisma, a

¹⁷⁶ Cfr. L. M. GARCÍA DOMÍNGUEZ “Jóvenes profesos: algunos riesgos de la etapa”: *Vida Religiosa* 111/6 (2011) 11-18.

¹⁷⁷ Cfr. *Constituciones y Estatutos de los Sagrados Corazones*, 69.

¹⁷⁸ Tratamos aquí este apartado de la formación en la congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María solamente de la rama femenina, porque los hermanos tienen también un plan distinto.

¹⁷⁹ Cfr. JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* 65.

través del conocimiento, reflexión y experiencia de vida en la congregación y una formación acompañada, por un testigo, la formadora, que ayude a integrar el don de la vocación religiosa en la vida.

El objetivo de la etapa del juniorado es posibilitar el crecimiento y la unificación de su ser de mujer consagrada SS.CC. para que logre vivir plenamente la vida y la misión de la congregación y se comprometa mediante la opción definitiva. Lo vivirá en diferentes núcleos integradores que son la experiencia de fe y experiencia de carisma. Y en las dimensiones personal, comunitaria y misión.

2.5.2. Aspectos prioritarios de la etapa del juniorado

Es importante que la joven profesas aprenda a dar respuestas propias y maduras frente a las situaciones nuevas que se le presentan y desarrollar su creatividad y capacidad de discernimiento para impulsar la vida y la misión SS.CC. en ella misma, en la comunidad y en la Provincia con creciente fidelidad al Dios de la vida que se hace presente en el acontecer histórico.

Es el momento de hacer verdad lo querido en el fondo del corazón, momento de conflicto y de autenticidad, de despertar al realismo, de hacerse mujer-creyente-consagrada SS.CC en la vida cotidiana. Es el tiempo del dolor al percibir cuanto hay en sí misma que aún no está tocado por el encuentro fundante, encuentro con la comunidad Trinitaria.

La familia religiosa de los SS.CC. contempla las mismas etapas prevista en el proceso de formación propuesta por los documentos de la Iglesia y tiene como agentes de la formación inicial la Trinidad, la Iglesia, la realidad, el joven en formación, la formadora, el equipo de formación inicial, la comunidad, la congregación. Y como dimensión de formación; la dimensión humana, espiritual, comunitaria, apostólica eclesial y congregacional, que coinciden con las dimensiones y agentes que referíamos anteriormente en este trabajo. Al ser una congregación inserta en la Iglesia Pueblo de Dios, su plan de formación está inspirado en los documentos formativos, jurídicos y teológico-espirituales de la Iglesia.

2.6. Conclusión del capítulo

El juniorado es una etapa de consolidación y profundización de lo adquirido a lo largo de las etapas anteriores, sobre todo para madurar en su opción vocacional e integrarse en el instituto y su misión. De ahí la importancia de cuidar todo lo que favorece esta experiencia. La comunidad es un espacio muy importante a cuidar porque es en ella donde el joven experimenta y madura su vocación.

El joven es el principal responsable de su formación pero también influye mucho la calidad del formador y de la comunidad formativa, donde estos pueden hacer que la experiencia del joven profeso sea mejor o peor.

El éxito o las crisis en la vida religiosa sobre todo en los jóvenes en formación, dependen en gran parte del tipo de formador y de la calidad de la vida fraterna que se lleve en las comunidades. La inmadurez afectiva demasiado grande de un formador y la inmadurez de la comunidad formativa se reflejarán negativamente en los formandos. Sin olvidarnos de las causas intra - psíquicas cuando no son bien identificadas y trabajadas también influyen negativamente en el proceso formativo del joven.

Un proceso bien cuidado es fruto de mucho trabajo por parte del formador, del joven y de la comunidad, con ayuda del Espíritu Santo, el formador por excelencia. En el capítulo siguiente trataremos de los abandonos que son la manifestación evidente de las crisis que pueden surgir de la comunidad, del formador o del joven el mismo.

Capítulo III: Los abandonos vocacionales: el hecho y sus explicaciones

Veámos en el capítulo primero que en la Sagrada Escritura algunos de los que Dios llama para que le sigan rechazan la llamada. Puede ser porque los ideales que Dios les propone no coincidían con los suyos o porque no estaban a la altura de trascender sus valores y acoger los que Dios les proponía. En el capítulo segundo veíamos los que al escuchar la llamada de Dios decidieron optar por Cristo y empezar un proceso de formación, de conversión a un compromiso cada vez más radical con el evangelio, asumiendo las opciones fundamentales de Jesús. En este capítulo trataremos de los que en algún momento han escuchado y aceptado a Dios como valor supremo en su vida pero, a lo largo del camino, han visto que estos ideales han ido flaqueando y decidieron abandonar el camino vocacional.

Los abandonos vocacionales que trataremos en este capítulo son una manifestación y consecuencia de la existencia de una crisis vocacional. Hay siempre algo que mueve a la persona a dejar la vida religiosa o consagrada, la crisis. La crisis, antropológicamente y espiritualmente es una oportunidad de crecimiento, es un desafío donde la fuerza vital lanza al hombre para una mejor evolución o redefinición de su vida. La decisión tomada en la crisis rechaza algunas oportunidades y opta por otras que pueden hacer florecer la vida o llevar a un fracaso.

En este capítulo trataremos de las crisis en la vocación religiosa, veremos cómo son necesarias en los procesos humanos y formativos cuando son bien vividas y acompañadas. En seguida veremos algunos pocos datos de abandonos vocacionales y algunas explicaciones de esos hechos y terminaremos con una conclusión donde avanzamos alguna hipótesis de lo que pueden ser las principales causas que llevan a los religiosos a abandonar la vida religiosa.

3.1. ¿Qué es una crisis?

El concepto de crisis es importante a nivel humano y a nivel religioso y “según sea la reacción de la persona frente a la crisis, esta puede dar origen a una situación personal más rica que la precedente o puede originar un estado de fracaso, con consecuencias negativas más o menos pesadas”¹⁸⁰. En este apartado nos dedicaremos a definir las crisis y algunos tipos de crisis que pueden existir y terminamos tratando de la crisis en la vocación religiosa y en la formación inicial.

Donde hay vida, hay crisis. El Diccionario de la Real Academia Española define la crisis como una “mutación considerable que acaece en una enfermedad, ya sea para mejorarse, ya para agravarse el enfermo; mutación importante en el desarrollo de los otros procesos, ya sea de orden físico, ya histórico o espirituales; situación de asunto o proceso cuando está en duda la continuación, modificación o cese”¹⁸¹.

La crisis funciona como un purificador, porque purifica los elementos que se han introducido a lo largo de un proceso vital o histórico y que, con el tiempo, han ido adquiriendo un papel substantivo, absolutizándose y apoderándose del núcleo mismo, al punto de poner en peligro a la persona. Después de cualquier crisis, sea corporal, psíquica, o moral, sea interior o religiosa, el ser humano puede salir purificado o no.

Todo proceso de purificación implica ruptura, división y discontinuidad; tales procesos son dolorosos y adquieren aspectos realmente dramáticos. Para superar la situación de crisis, la persona tiene que tomar una decisión que marcará un nuevo rumbo a su historia vital. La crisis está llena de vitalidad creadora para la persona que la atraviesa con sentido, es el momento crítico en el que la persona se cuestiona radicalmente sobre su propio destino, su vida.

La crisis puede llegar en cualquier momento; depende del talante existencial de cada uno, depende de la intensidad con que uno lleva su vida. Algunas tienen origen dentro de la propia persona, ya que en toda la persona hay predisposición a ser más vulnerable a

¹⁸⁰ J. NEBREDAS, *O nacer o morir: una reflexión socio-religiosa sobre la crisis vocacional*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1974, 236.

¹⁸¹ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, Tomo I, Espasa Calpe, Madrid 1992.

ciertos choques, y a ser más sensible a ciertos problemas; sobre todo cuando la persona no tiene la valentía de afrontar situaciones difíciles de la vida¹⁸².

Otras crisis pueden ser originadas por factores externos que vienen sobre la persona, fruto del ambiente en que se vive, de problemas afectivos imprevistos, de la mentalidad o de la moralidad, etc., y que, a veces, favorecen el desarrollo y la cristalización repentina de factores latentes, creando una disposición próxima al conflicto.

Otras crisis llegan inesperadamente ya que son producidos por acontecimientos bruscos y brutales que corren el riesgo de destruir el edificio de la personalidad impulsando al individuo a revisar las bases sobre las cuales se apoya hasta entonces; es lo que ocurre, por ejemplo con ocasión de las grandes decepciones o en las enfermedades repentinamente o por una muerte repentina de una persona querida¹⁸³.

3.1.1. Tipos de crisis

Vivimos en una situación generalizada de crisis que atraviesa las culturas, las instituciones y los religiosos. Crisis que muchos lamentan porque ven en ellas elementos que pueden corroer los fundamentos de la esperanza humana y para otros, crisis como ruptura necesaria para la abertura liberadora de un horizonte más amplio, más lleno de vida y de vivencia de sentido. A continuación presentaremos las crisis, institucionales, eclesiales, personales y crisis en la vocación consagrada.

Crisis institucional

Por instituciones nos referimos a los organismos que desempeñan una función de interés público, entre los cuales ocupan un lugar destacado los organismos fundamentales de un Estado. Las instituciones son una organización estable, establecida bajo un cierto reconocimiento jurídico, con el fin de alcanzar un objetivo generalmente de interés público, mediante la realización de un conjunto de actividades que trascienden lo que pueden realizar aisladamente los individuos.

¹⁸² Cfr. A. CENCINI, *Por amor, con amor, en el amor: libertad y madurez afectiva en el celibato consagrado*, Atenas, Madrid 1998, 182.

¹⁸³ Cfr. M.-J. PICARD, "Crisis affectives et vie spirituelle", en AA.VV., *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique. Doctrine et Histoire*, Tome II, Beauchesne, Paris 1953, 2538-2556.

En general las instituciones son imprescindibles para la vida social, proporcionan estabilidad y sirven de cauce a las interacciones sociales en un mundo complejo y cambiante. El valor de las instituciones “reside en que sirven de cauce para la cooperación social en la consecución de bienes comunes. Pierden su valor cuando dejan de servir a los fines para las que nacieron y son utilizados por quienes las secuestran para su propio beneficio”¹⁸⁴.

El valor de las instituciones es problemático cuando dejan de valer para aquello para lo que se supone que valen, pierden su valor cuando quienes participan en ellas, con razón o sin ella dejan de confiar en ellas o dejan de considerarlas valiosas. Se dice que las instituciones están en crisis cuando la corrupción y el incumplimiento de las leyes ganan terreno. En nuestros días asistimos en algunas instituciones, a “la violación de la ley en forma de asesinatos, el espionaje de la vida privada de los ciudadanos, comisiones, sobornos para apoyos legislativos dirigidos a proyectos empresariales, nepotismo, imposición de precios abusivos, cohechos, falsificación de nóminas, elaboración de proyectos ficticios, facturas falsas y, sobre todo el desvío de fondos públicos para cuentas privadas o intereses particulares”¹⁸⁵; el malestar de la vida pública es tal que la ciudadanía no puede dejar de hablar de falta de responsabilidad y fracaso.

Las instituciones tienen un sentido y una finalidad claros en la sociedad. Si no cumplen esos fines o se dedican a otros fines, son instituciones corruptas en crisis. De cara a las crisis de las instituciones hay que abordarlo y asumir las responsabilidades más hondas; la ética de responsabilidad y de límites. Exigir responsabilidad a los individuos y evitar de hablar de la responsabilidad del sistema. Exigir responsabilidad a los ocupantes de los cargos y no a los cargos, respetar siempre la dignidad de la persona humana.

El malestar de la vida pública afecta a la persona, produce para aquellas personas con sentido común y rectitud de vida desconfianza, malestar con autoridades públicas, y un desprestigio a las propias instituciones democráticas. Y para aquellos que carecen de sentido común la crisis institucional es un espejo para vivir en la incoherencia, la indiferencia, como si nada pasara. Y esto afecta a las crisis vocacionales o a los que viven las crisis vocacionales con indiferencia, arrastrándolas sin preocuparse por tomar alguna decisión seria. La vida de la sociedad afecta directa o indirectamente a la persona.

¹⁸⁴ A. HORTAL ALONSO, “El valor de las instituciones”: *Sal Terrae* 103 (2015) 663-675.

¹⁸⁵ F. J. DE LA TORRE DÍAZ, “No todos son corruptos. No todos son iguales”: *Sal Terrae* 103 (2015) 677-690.

Crisis eclesial

La Iglesia es una institución¹⁸⁶ que tiene una estructura sacramental, es una organización estable, formada por hombres en la que habita y actúa el Espíritu Santo. El Espíritu Santo en la Iglesia actúa a través de los hombres y de los modos en que los hombres se organizan, pero la santidad que confiere a la Iglesia de Cristo, su cabeza, no es comunicada automáticamente a sus instituciones. Al contrario “las instituciones de la Iglesia, como todo lo humano, se pueden encontrar afectadas por el pecado. Y sin necesidad de recurrir al pecado, las instituciones de la Iglesia pueden verse afectadas por el mal funcionamiento”¹⁸⁷.

Los carismas que son los dones del Espíritu Santo necesitan renovarse para ser operativos, para servir de modo eficaz, las ideas innovadoras que el Espíritu suscita en el corazón de los cristianos han de traducirse en las instituciones eclesísticas. A lo largo de la historia el Espíritu ha hecho surgir nuevos proyectos para servir a nuevas necesidades o necesidades antiguas percibidas de un modo nuevo, que o bien se han institucionalizado o no han tardado en desaparecer, limitadas en una efímera existencia¹⁸⁸.

Un ejemplo de la crisis eclesística es la “infidelidad al Vaticano II y el miedo ante las reformas que exigía a la Iglesia”¹⁸⁹. La Iglesia después del Concilio Vaticano II conoce un giro que deja a varios de sus dirigentes inquietos. En esencia se trata de una gran “crisis de fe, una crisis del sentimiento religioso, una pérdida de interés hacia lo espiritual...”¹⁹⁰, una crisis de fe que lleva a la división, la herejía o la deserción y que alimenta una gran corriente de infidelidad doctrinal y moral en el clero, la vida religiosa y el laicado.

Juan Pablo II, en ocasión de un congreso para las Misiones populares, describió en estos términos la situación de la Iglesia: “es necesario admitir con realismo, y con profunda y atormentada sensibilidad, que los cristianos hoy, en gran parte, se sienten extraviados, confusos, perplejos, e incluso desilusionados; se han esparcido a manos llenas ideas contrastantes con la verdad revelada y enseñada desde siempre; se han propalado verdaderas y propias herejías en el campo dogmático y moral, creando dudas, confusiones, rebeliones; se ha manipulado incluso la liturgia; inmersos en el relativismo intelectual y

¹⁸⁶ Cfr. LG 8.

¹⁸⁷ J.R. BUSTO SAIZ, “Las instituciones en la Iglesia”: *Sal Terrae* 103 (2015) 705-715.

¹⁸⁸ Cfr. J.R. BUSTO SAIZ, “Las instituciones en la Iglesia”: *Sal Terrae* 103 (2015) 705-715.

¹⁸⁹ J. A. ESTRADA –I. ZUBERO, “Ante la crisis eclesial” 08-Abril-2009, en <http://2006.atrío.org/?p=1701>, consultado el 30. 03. 2016.

¹⁹⁰ R. DULONG, *Una Iglesia en crisis. Ensayo sociológico sobre la crisis de la Iglesia Católica*, Marova - Fontanella, Barcelona 1972, 14.

moral, y por esto en el permisivismo, los cristianos se ven tentados por el ateísmo, el agnosticismo, el iluminismo vagamente moralista, por un cristianismo sociológico, sin dogmas definidos y sin moral objetiva”¹⁹¹.

La Iglesia está llamada a reflexionar sobre lo que hace y cómo lo hace, pero es conveniente también que otros ojos la observen desde fuera para detectar con objetividad los fallos de funcionamiento cuando los haya; no hay que dar por supuesto ingenuamente que la Iglesia vive fielmente su misión, hay que discernir constantemente y descubrir a qué le llama en cada momento el Espíritu.

Esta crisis eclesial afecta directamente a la crisis vocacional porque el consagrado vive su consagración dentro de esta Iglesia, y cuando la Iglesia está en crisis la vida vocacional también está en crisis. La crisis de fe que la Iglesia está atravesando no es favorable a la vida vocacional, porque solo con fe uno puede entregarse a sí mismo al Señor con entusiasmo y la crisis de fe es una de las mayores causas de la falta de prestigio de la Iglesia y de los abandonos vocacionales.

Crisis personal - psicológica

La situación normal del ser humano se define entre crisis y superación de la misma y, en concreto el crecimiento humano se puede entender como superación de diversas crisis¹⁹². Dentro de crisis psicológicas nos interesan concretamente las crisis de ciclo vital, por ser las crisis que toda persona atraviesa en general a lo largo de su vida, desde el nacimiento hasta la muerte. El desarrollo del cuerpo se hace por periodos discontinuos de modificaciones rápidas, que puede redefinir sustancialmente las estructuras antiguas. El paso de una etapa de vida a la otra puede dar lugar a crisis de evolución o genéticas dependiendo del desarrollo de cada persona.

Pasar de una etapa a otra implica necesariamente un cambio, y todo cambio implica en sí mismo una crisis, no solo en la persona que la está atravesando sino también en el grupo en el que esta persona se desarrolla normalmente. Estas etapas son conocidas y bien definidas ya que están previstas por la vida. En cada una de estas etapas las personas tienen

¹⁹¹ JUAN PABLO II, Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a los participantes en el Congreso Nacional Italiano sobre el tema “Misiones Al Pueblo Para Los Años 80” Viernes 6 de febrero de 1981 en http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1981/february/documents/hf_jp-ii_spe_19810206_missioni.html, consultado el 20. 05 2016, 2.

¹⁹² E. H. ERIKSON, *El ciclo vital completado*, Paidós, Barcelona, 2000.

que realizar unas determinadas tareas, y el hecho de que aparezcan nuevas obligaciones, supone un reajuste que a veces puede conllevar un desequilibrio. Si este reajuste no se hace de forma adecuada, la fase no se habrá resuelto bien y completamente, lo que supone que cuando pase a otra etapa, los reajustes no se puedan realizar de forma correcta ya que los anteriores no estaban completados.

Dentro del ciclo vital se destacan las etapas de la infancia, la adolescencia, la juventud, etapa madura y ancianidad. Aquí se manifiestan las crisis funcionales, que tienen como punto de partida lo somático más o menos revelado, donde las energías fisiológicas se rehacen profundamente. Cuando las crisis se manifiestan, el individuo se siente otro, quizá incómodo porque las transformaciones que en él ocurren provocan en él un malestar necesario para su evolución vital¹⁹³.

La etapa de la juventud por ejemplo se caracteriza por ser un tiempo de crisis por excelencia: poco a poco, el joven va conquistando autonomía física, intelectual y moral, juzga y critica el ambiente familiar, escolar y social en que está inserto o al que va a acceder, se confronta consigo mismo, en una aguda toma de consciencia de sus posibilidades y de las decisiones de orden moral, intelectual o profesional que le van a trazar, en líneas generales, el rumbo en la vida.

El objetivo del trabajo de crisis sería el desarrollo de la persona. Las defensas del sujeto que la padece suelen estar disminuidas y debilitadas, sus emociones, muy intensas, son fáciles de movilizar; todo ello crea unas condiciones muy favorables para intentar desarrollar y utilizar nuevos recursos internos que permitan un funcionamiento psicoafectivo mejor o peor que el que se tenía antes de la crisis.

Las crisis psicológicas, que hay que vigilar porque pueden dificultar el proyecto vocacional, son las psíquicas, que pueden establecer una tensión respecto a la motivación basada en valores. “Esta tensión dialéctica tiene su reflejo en algunas emociones predominantes de la persona y en un estilo defensivo que se va adquiriendo con el tiempo y que viene caracterizado por unas necesidades centrales, unos mecanismos defensivos más típicos y unos rasgos específicos resultantes de todo ello”¹⁹⁴. Las necesidades centrales disonantes forman la inconsistencia central del candidato, que es importante e implica un

¹⁹³ Cfr. Cfr. M.-J. PICARD, “Crises affectives et vie spirituelle”, en AA.VV., *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique. Doctrine et Histoire*, Tome II, Beauchesne, Paris 1953, 2538-2556.

¹⁹⁴ L. M. GARCÍA DOMINGUEZ, *Discernir la llamada. La valoración vocacional*, San Pablo – U.P. Comillas, Madrid 2008, 158.

valor vocacional significativo, que generan las principales dinámicas motivacionales que no ayudan a la vocación en el presente ni en el futuro, lo que quiere decir que la mayoría de las dificultades vocacionales se relacionan directa o indirectamente con ella.

Cuando hay en el candidato una desorganización psíquica eso no ayuda a la persona a vivir una vida vocacional; es importante saber qué nivel de psicopatología está viviendo la persona; si es severa es complicado sobre todo para la vocación religiosa porque será una persona incapaz de vivir las relaciones personales, la vida comunitaria, las exigencias apostólicas y tendrá también dificultades para relacionarse con los superiores, dificultando así la vida vocacional.

Crisis vocacional

a) En la vocación consagrada

Como cualquier otro tipo de vida, también la vida religiosa y espiritual puede y deben pasar por crisis, que pueden ser momentos fuertes de conversión. El Papa Juan Pablo II hace notar que el esfuerzo por renovar la vida religiosa ha marcado “un período rico de esperanzas, de intentos y propuestas innovadoras buscando revigorizar la profesión de los consejos evangélicos. Pero ha sido también un tiempo no exento de tensiones y de apuros, en el cual experiencias ciertamente generosas no siempre se han visto coronadas por resultados positivos”¹⁹⁵.

Si miramos dentro de la vida religiosa nos llaman la atención varios problemas: la crisis de reducción, las limitaciones de la edad, de la vitalidad apostólica, las grandes casas vacías, las obras que debilitan, personas estresadas, desilusionadas, desmoralizadas, algunas incluso angustiadas, pirámides de población invertidas en cuanto a las edades, la escasez de vocaciones y la precariedad en la perseverancia, el individualismo separatista...¹⁹⁶.

Mirando a fondo lo que vive la vida religiosa hoy, notamos que “no se trata ya de un problema de funcionamiento, se trata de un problema de sentido y de sabor. No se trata de un problema de misión o de cómo misionar, sino de un problema de vida, de cómo vivir

¹⁹⁵ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 13.

¹⁹⁶ Cfr. B. FERNANDEZ, *La vida consagrada ante la crisis de reducción*, Instituto Teológico de Vida Religiosa (Frontera 47), Vitoria 2004, 9.

con sentido y sabor”¹⁹⁷. Actualmente se habla de crisis de reducción, aunque no es el principal problema; se refiere también y sobre todo al debilitamiento de la calidad de la propia vida religiosa, quizás a nivel teológico; la identidad carismática y la misión profética de la misma. Probablemente esté aquí la reducción más preocupante y hasta la fuente de otras reducciones y fuente de los abandonos vocacionales.

Si miramos con profundidad podemos decir que la crisis actual es “una crisis causada por la conmoción que ha producido en nosotros el cambio de la realidad social, cultural, eclesial... En definitiva es una crisis de reajuste o de adaptación a las nuevas realidades sociales, culturales y eclesiales, reajuste y adaptación que no debe ser sin juicio, sin sentido y sin criterios evangélicos. Esta crisis no se va a evitar o resolver aludiendo a la realidad. Tendrá que resolverse viviendo la realidad evangélicamente”¹⁹⁸.

Ante esta crisis hace falta re-valorar, re- visar, re-interpretar, re-adaptar la vida consagrada a nuestros tiempos. La vida consagrada ha sido querida por Cristo y por la Iglesia para ser una presencia viva de las realidades sobrenaturales y así alumbrar las realidades terrenas; eso nos anima a buscar las verdaderas causas de estas crisis. Debemos más bien preguntarnos si estamos verdaderamente viviendo nuestra consagración, de acuerdo a como la entiende Cristo, la Iglesia, nuestro Fundador o Fundadora. La situación actual que vive la vocación consagrada, si se sabe aprovechar, es una oportunidad para la purificación de la vida y de su comprensión, abriendo un nuevo camino de crecimiento.

b) Las crisis en la formación inicial

Al elegir la vocación religiosa la persona pasa por una crisis, podemos decir así, porque se realiza frecuentemente al término de una deliberación dolorosa y después de haber caminado en medio de la oscuridad. Durante todo el periodo de búsqueda que precede a la decisión, se puede dar un estado de malestar semejante al de la crisis.

Y la formación inicial hoy es caracterizada por una notable complejidad. El número de formandos en las casas de formación es reducido, difícilmente forman un grupo; cuando el número de los formandos es menor, no permite establecer programas de formación, sino

¹⁹⁷ F. MARTINEZ, *Vida religiosa y calidad de vida ¿Bienestar o vida evangélica?*, Instituto Teológico de Vida Religiosa (Frontera 48), Vitoria 2005, 13.

¹⁹⁸ F. MARTINEZ, *Vida religiosa y calidad de vida ¿Bienestar o vida evangélica?*, Instituto Teológico de Vida Religiosa (Frontera 48), Vitoria 2005, 14.

itinerarios personales, flexibles y adaptados a cada situación personal¹⁹⁹. Además del número reducido, los jóvenes en formación son heterogéneos en edad, en el proceso religioso y de maduración en la fe, en maduración personal y en la procedencia cultural.

Junto a ello, hay que indicar la enorme diferencia que existe en las condiciones de vida antes del ingreso en la vida consagrada²⁰⁰. En el proceso religioso hay quienes han ido madurando en la fe desde su infancia y quienes, procediendo de ambientes familiares y culturas arreligiosas, se han encontrado con Jesucristo en los últimos años de la universidad o al comienzo de su vida profesional. Hay quienes han desarrollado un proceso más o menos lineal de maduración en la fe, y quienes han ido evolucionando en medio de interrupciones. Como resultado de estos factores se puede decir que lo que caracteriza el contexto de formación hoy es la complejidad y la heterogeneidad²⁰¹.

Estos elementos que acabamos de mencionar si no son bien seguidos en la formación inicial, son puertas abiertas para las crisis, además de las crisis propias de cada etapa la formación. A lo largo de la formación inicial nos encontramos con varias crisis; son inevitables aunque no todas son necesarias, ni todas ayudan al crecimiento, ni todas son queridas por Dios. Pero pueden ayudar a crecer; el crecimiento dependerá del grado de madurez de cada uno, para eso ayuda mucho la capacidad de volver a lo esencial y dejarse ayudar. Las crisis pueden ayudar a crecer, a discernir la vocación, proporcionan cambios profundos en la persona. El cambio afectivo sobre todo deja el corazón más sensible, más humilde y permite captar las cosas desde el corazón, cambia la mirada del sujeto hacia el mundo, a la comunidad, a la congregación y a la Iglesia y hacia sí mismo. La persona que cambia afectivamente es más empática, más sensible y más cercana²⁰².

3.1.2. Crisis que pueden llevar a abandonos

Atravesar las crisis puede generar crecimiento y para ello supone reordenar la energía, los afectos en torno al proyecto de amor por el que hemos sido atraídos o

¹⁹⁹ Cfr. R. DE LUIS CARBALLADA, “La formación a la vida consagrada en un contexto de complejidad”: *Confer* 54 (2015) 475-492.

²⁰⁰ Algunos jóvenes llegan a la casa de formación después de unos años de vida profesional en el contexto de relativa independencia de vida y otros vivían todavía en el hogar familiar.

²⁰¹ Cfr. R. DE LUIS CARBALLADA, “La formación a la vida consagrada en un contexto de complejidad”: *Confer* 54 (2015) 475-492.

²⁰² Cfr. L. M. GARCÍA DOMÍNGUEZ, “La formación a la vida consagrada como proceso único”: *Confer* 54 (2015) 455-474.

llamados. Las crisis nos invitan a la conversión, nos devuelven la salud y nos ahondan la fe. Pero las crisis, según cada uno las vive, tienen enfoques diferentes en la persona. Algunas crisis pueden afectar el cuerpo, algunas a lo psíquico y otras pueden afectar al espíritu. Todas las crisis pueden llevar al abandono si no son bien acogidas, atravesadas y trabajadas.

Las que afectan al cuerpo tienen que ver directamente con la vulnerabilidad humana y la ausencia de salud. Se expresan en enfermedades físicas sobre todo, pero no siempre tienen causas físicas exclusivamente. A veces problemas internos (psíquicos o espirituales) se pueden somatizar fisiológicamente. Y las crisis que afectan al psiquismo tienen que ver con la integridad de la persona y se producen por el impacto o choques de las diferentes realidades o experiencias fuertes de vida que suceden. Lo que desencadena la crisis es un padecimiento subjetivo que puede guardar relación o no con las dimensiones objetivas del hecho.

Las crisis espirituales aluden claramente al contenido de fe y a la percepción misma de Dios. Las crisis espirituales afectan fundamentalmente a la calidad de fe, la confianza y el amor, la entrega. Y por lo tanto afectan a la vocación de una vida entregada a Dios.

Las crisis no se pueden evitar, pero cuando llegan es preciso tomar posición, ante ellas afrontarlas y atravesarlas con decisión. Para superar una nueva crisis es preciso renunciar al equilibrio anterior, que se tenía antes de la crisis, y que pudo llenar de felicidad a la persona, antes de poder experimentar la riqueza del estado futuro, después de las crisis. El éxito de un tal progreso depende de las fuerzas de que dispone el sujeto. Es preciso creer en la vida, y creer que esta situación puede convertirse en nuevas oportunidades de una mayor madurez. Una crisis no superada deja huella en la persona, impidiendo el desarrollo progresivo de la afectividad y de la personalidad hacia la madurez²⁰³. Y respecto al tema que estudiamos, algunas crisis no superadas pueden provocar el fracaso y el abandono vocacional.

²⁰³ Cfr. J. NEBREDA, *O renacer o morir: una reflexión socio-religiosa sobre la crisis vocacional*, Publicaciones claretianas, Madrid 1974, 237.239

3. 2. Abandonos en la vida vocacional

Para separarse de la vida religiosa hay varias posibilidades legales y así mismo el tipo de abandono requerido no es único por parte de todos los individuos. Algunos recorren a la ruptura radical y definitiva que suele corresponder en general al rescripto de dispensa de votos perpetuos por parte del religioso o cuando terminado el tiempo de profesión temporal el religioso libremente pide abandonar el instituto²⁰⁴. Para los religiosos que son sacerdotes se les aplican los rescriptos de reducción al estado laical con o sin dispensa del celibato y de secularización o abandono de la vida religiosa simplemente, sin rechazo del sacerdocio, lo que comporta el paso al clero secular²⁰⁵. Y a los abandonos impuestos, sin ser directamente solicitados por el sujeto, corresponde el rescripto de confirmación del decreto de dimisión²⁰⁶.

El método que seguimos para analizar los abandonos en la vida religiosa es indirecto. Partimos del estudio y reflexiones que algunos autores han hecho sobre el tema. Ellos tampoco contactaron directamente a los concernidos, ex-religiosos simplemente, porque no es fácil hablar con los religiosos que dejaron los distintos Institutos religiosos, pues “resulta fatigoso localizarlos y más aún entrevistarlos”²⁰⁷.

Los abandonos en la vida religiosa son una realidad que preocupa a varios Institutos religiosos en estos últimos años, y pueden ser un “síntoma de una crisis más amplia en la vida religiosa y consagrada, y la cuestionan, por lo menos en la forma concreta en que es vivida”²⁰⁸. Para algunos el número de los abandonos es alarmante y agudiza la situación de disminución de vocaciones que varios institutos están viviendo y ponen así en peligro su supervivencia.

El hecho de los abandonos en la vida sacerdotal y consagrada es preocupante y es un tema de que cuesta hablar. Ejemplo de ello tenemos en América Latina; el Departamento de Vocaciones y Ministerios del Consejo Episcopal Latinoamericano preocupado con la situación, realizó una encuesta para saber las causas del abandono del ministerio presbiteral; envió encuestas a superiores mayores y obispos de 713 diócesis y

²⁰⁴ CDC, can 689.

²⁰⁵ CDC, can 693.

²⁰⁶ CDC, can 694 - 707

²⁰⁷ L. OVIEDO TORRO, “Crisis en la vida consagrada. El problema de los abandonos”: *Razón y Fe* 201 (2004) 209-223.

²⁰⁸ J. R. CARBALLO, “Sobre la crisis de la vida religiosa: causas y respuestas”, www.valledeloscaidos.es/files/sobre-la-crisis-de-la-vida-religiosa, 1.

solo 198 respondieron a la encuesta²⁰⁹. El silencio de algunos responsables sobre el tema nos lleva a pensar que no quieren hablar de ello por ser un tema delicado y doloroso o no quieren asumir que la crisis existe o sencillamente ignoran las causas y prefieren callarse. Pensamos que, aunque sea una realidad dolorosa, las instituciones religiosas y diocesanas están llamadas a informarse, buscar las causas y trabajar sobre ellas de manera que salgan de la vida vocacional solamente los que tienen que salir. Pues no todos los abandonos significan un fracaso vocacional. Algunos abandonos son fruto de una decisión acertada, madura y religiosa²¹⁰.

3.2. Algunos datos

No es fácil precisar el número de los que abandonan la vida religiosa y consagrada con exactitud porque hay procesos que van a la CIVRSVA, otros que son llevadas por la Congregación para el Clero, otros que terminan en la Congregación para la Doctrina de la Fe, y otros que terminan en las respectivas congregaciones, especialmente cuando son profesos temporales. Presentaremos a continuación en una tabla algunos datos de los abandonos vocacionales, según recogemos en diferentes fuentes. Lo presentamos en periodos distintos siguiendo el orden cronológico.

	1970	1971	1972	1978- 2000	2008-2010
Sacerdotes	3700				
Religiosos sacerdotes					1.188
Díaconos					130
Religiosos Profesos	2.477	2.362	2.215	20. 745	
Temporales					
Religiosos y religiosos					11.805
Religiosas Profesas	7. 900	8.683	7. 966	14. 698	
Total	14.077	11.045	10.181	35. 443	13. 123
Fuente	CDF y SCR ²¹¹	SCR ²¹²	SCR ²¹³	Confer ²¹⁴	CIVRSVA ²¹⁵

²⁰⁹ Cfr. A. JIMÉNEZ, “Las causas del abandono del sacerdocio ministerial”: *Teológica Xaveriana* 45/3 (1995) 297-319.

²¹⁰ L.M. RULLA –F. IMODA –J. RIDICK, *Antropología de la vocación cristiana II. Confirmaciones existenciales*, Atenas, Madrid 1994, 148-149.

²¹¹ Datos presentados por A. GODIN, “Psychologie de la vocacion”, en AA.VV., *Dictionnaire de Spiritualité ascétique et mystique, doctrine y histoire*, Tome XVI, Beauchesne, Paris 1994, 1158 -1167 y G.

Los datos que recogemos nos reflejan claramente que el fenómeno de los abandonos en masa se hace sentir en la Iglesia ya desde los años 70. Esto agrava el descenso general de número de miembros en casi todas las instituciones o congregaciones. Sentimos que urge hacer algo más para percibir, entender la principal causa del fenómeno de los abandonos vocacionales y trabajar para que salgan solo aquellos religiosos y sacerdotes que después de un tiempo de discernimiento se descubra que la vida vocacional no es lo suyo, aquellos que no se identifican con esta forma de vida. Procediendo así se podía limitar este fenómeno tan negativo e impactante para quienes intentan perseverar en el proyecto de vida evangélico hoy tan cuestionado y sometido a prueba.

Esta crisis generalizada que se viven en estos últimos años sigue profundamente la situación de crisis de la sociedad moderna y de una crisis de fe que se vive actualmente; “se está sufriendo una crisis de crecimiento de la humanidad actual, de toda la sociedad moderna, de manera que se extiende a otras partes donde haya mujeres y hombres. Quizás la crisis de fe no se acuse tan fuertemente en España como en Alemania, Francia, Bélgica, etc.”²¹⁶. Quizás cuando la crisis ha empezado no se ha reflexionado tanto sobre ella, para en el sentido de escrutar y encontrar en ellas las causas y el camino que el Señor nos traza el Señor.

La *crisis de fe* se manifiesta en la pérdida de prestigio de la vida sacerdotal y de la vida religiosa. Puede estar en el origen de esta crisis el hecho de considerar el lugar del laico en la Iglesia; este hecho ha bajado la consideración el sacerdote y la vida religiosa. El sacerdote y el religioso “es discutido hoy dentro y fuera de la Iglesia, (...). Se discute la misma figura del sacerdote y su papel y la de las instituciones eclesiales y religiosas. Esta crítica o autocrítica, más o menos despiadada de las instituciones y de las personas

PASTOR, *Análisis de contenido en los casos de abandono de la vida religiosa*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1974, 248.

²¹² G. PASTOR, *Análisis de contenido en los casos de abandono de la vida religiosa*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1974, 248.

²¹³ G. PASTOR, *Análisis de contenido en los casos de abandono de la vida religiosa*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1974, 248.

²¹⁴ B. FERNÁNDEZ, *La vida consagrada ante la crisis de reducción*, Instituto Teológico de Vida Religiosa (Frontera 47), Victoria 2004, 15.

²¹⁵ Según los datos avanzados por J. R. CARBALLO, “Sobre la crisis de la vida religiosa: causas y respuestas”: www.valledeloscaidos.es/files/sobre-la-tesis-de-la-vida-religiosa, (29.02.2016).

²¹⁶ J. LÓPEZ GARCÍA, “Causas de las crisis de vocaciones en España y en Europa desde un ángulo religioso”: *Revista de Fomento Social*, 92 (1968) 387-399.

eclesiales ha contribuido a que la estima del sacerdote y de la vida religiosa esté en crisis”²¹⁷.

La otra dificultad que los sacerdotes y religiosos viven es la crisis de la imagen donde algunos experimentan “la falta de afirmaciones antropológicas y teológicas científicamente preparadas sobre la vocación sacerdotal y sobre la vida según los consejos evangélicos”²¹⁸, y esto dificulta la comprensión que se ha de tener de esas vocaciones y la posibilidad de aceptar y presentarla de un modo atractivo.

Todas estas situaciones crean un clima de inseguridad en la concepción del sacerdocio y en su tanto también en la vida religiosa. Esta inseguridad vocacional calla profundamente en los ya consagrados al servicio de la Iglesia, se sienten incapaces de hablar sobre su propia vocación y se hacen remisos en animar a otros jóvenes a consagrarse a Dios en el sentido de evitarles esa inseguridad que ellos mismos padecen y sufren. La inseguridad antropológica y teológica en la comprensión de la idea que tienen de si los sacerdotes y los religiosos causa en la vida del sacerdote y del religioso tibieza, falta de entusiasmo y de verdadera alegría, y de aquí nace la inestabilidad.

Datos particulares

Recogemos también en nuestro trabajo algunos datos particulares, con el objetivo de ver en ellos la frecuencia y los motivos de los abandonos vocacionales.

	1977	1993-2002	2010- 2015
Sacerdotes	42		
Religiosos sacerdotes		184	32
Diáconos			2
Religiosos Profesos	151		
Temporales			55
Religiosas Profesas	305		10
Temporales			15
Total	498	184	144
Fuente	L.M. Rulla ²¹⁹	O.F M y otros ²²⁰	SS.CC. ²²¹

²¹⁷ J. LÓPEZ GARCÍA, “Causas de las crisis de vocaciones en España y en Europa desde un ángulo religioso”: *Revista de Fomento Social*, 92 (1968) 387-399.

²¹⁸ J. LÓPEZ GARCÍA, “Causas de las crisis de vocaciones en España y en Europa desde un ángulo religioso”: *Revista de Fomento Social*, 92 (1968) 387-399.

²¹⁹ Son conclusiones que L. M. RULLA percibe después de un estudio para verificar la perseverancia vocacional en los grupos de religiosos, religiosas y seminarista. La perseverancia fue verificada en

En estos datos particulares las deserciones no se comprenden tanto en el marco de la secularización; (que se explicarían como consecuencia del amplio desgaste que afecta desde hace décadas la dimensión religiosa, sea a nivel personal, o institucional y social), tampoco tiene nada que ver con una orientación ideológica o estilos de vida, sino con las causas psicológicas.

Las causas de los abandonos para estos particulares son psicológicas y problemas de personalidad o de otra índole, como tendencias neuróticas, falta de integración social, dificultades de relación.... Según L. Oviedo Torró el 19% de los que abandonan tienen problemas psicológicos incluyendo debilidad e inestabilidad psíquica, depresiones, dificultades para la vida común y problemas familiares. Y un número más grande se remiten a contrastes insolubles con los superiores, lo que cabe asociar con un problema amplio en torno a la obediencia. De todos los modos el dato que emerge de forma más clara son las crisis afectivas como causa mayoritaria de las salidas que afecta unos 71,2%²²² aunque a menudo se combina con otros factores ya mencionamos arriba.

Para L.M. Rulla lo que está en la causa de los abandonos vocacionales es la escasa madurez de los valores y las actitudes autotranscedentes en el candidato. No obstante, cuando los valores tienen una fuerte presencia en el momento de ingreso, no predisponen necesariamente a la perseverancia, y lo mismo puede decirse, al menos en parte respecto a las actitudes. Los seminaristas constituyen un ejemplo de la primera alternativa; después de 4 años el 95% habían abandonado la vocación mientras que en el mismo periodo de tiempo solo el 59% de las religiosas y el 47 % de los religiosos habían dejado la institución vocacional²²³.

un periodo de 5 a 14 años. De un total de 570 que empezaran el proceso 86 % abandonaran el camino vocacional. L.M. RULLA –F. IMODA –J. RIDICK, *Antropología de la vocación cristiana II. Confirmaciones existenciales*, Atenas, Madrid 1994, 125.

²²⁰ L. OVIEDO TORRÓ, recogió testimonios referentes a 184 casos de deserción, pertenecientes a varias congregaciones y órdenes. Dos tercios más o menos, pertenecen a la Orden Franciscana (OFM), porque eran más accesibles. Los testimonios se extienden en un ámbito internacional muy amplio, de unos 30 países, L. OVIEDO TORRÓ, “Crisis en la vida consagrada. El problema de los abandonos”: *Razón y Fe* 249 (2004) 209-223.

²²¹ Datos de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. La rama femenina y masculina.

²²² L. OVIEDO TORRÓ, “Crisis en la vida consagrada. El problema de los abandonos”: *Razón y Fe* 249 (2004) 209-223.

²²³ L.M. RULLA –F. IMODA –J. RIDICK, *Antropología de la vocación cristiana II. Confirmaciones existenciales*, Atenas, Madrid 1994,126.

3.3. Abandono en la vida vocacional: las explicaciones

A continuación presentamos las explicaciones de los abandonos vocacionales según los autores que hemos leído. Lo que aquí reflejamos son hipótesis, porque no es fácil decir con toda exactitud lo que motiva a un religioso, religiosa o sacerdote a dejar la vida vocacional. Una cosa es lo que dicen los documentos que se disponen al final del procedimiento y otra cosa es lo que movió realmente al religioso a abandonar; algunas veces quizás ambas cosas no coincide. Trataremos de dar explicaciones de los abandonos vocacionales; explicaciones religiosas, sociales, los ambientes externos y culturales que pueden influir, las explicaciones institucionales y psicológicas.

3.3.1. Explicaciones religiosas

Casi todos los autores que hemos tenido la oportunidad de leer²²⁴, apuntan como causa principal de los abandonos en la vida consagrada y religiosa el descuido de la oración. El “alejamiento de Dios y la pérdida del sentido trascendente de lo cotidiano”²²⁵.

Según J. R. Carballo los *religiosos*²²⁶ y *religiosas* antes de abandonar la vida religiosa se alejan de la vida espiritual; “la oración personal, la oración comunitaria, la vida sacramental, que conduce, muchas veces, a apuntar exclusivamente a las actividades de apostolado, para así poder seguir adelante o para encontrar subterfugios. Muy a menudo esta falta de vida espiritual desemboca en una profunda crisis de fe, para muchos la más profunda crisis de la vida religiosa y consagrada y de la misma vida de la Iglesia (...). En estos casos, obviamente, el abandono y la salida ‘normal’ es más lógica”²²⁷.

La crisis de fe va acompañada con la pérdida del sentido de pertenencia a la comunidad, al instituto y, en algunos casos, a la misma Iglesia. El descuido de la vida espiritual, hace que poco a poco el religioso o religiosa va abandonando lo esencial, lo que

²²⁴ Ven el alejamiento de la vida espiritual como la principal causa de los abandonos vocacionales; M^a LUZ DE LA HORMAZA, “Acompañar a las nuevas generaciones ¡misión de todos!”, *Confer* 54 (2015) 527-545; J. R. CARBALLO, “Sobre la crisis de la vida religiosa: causas y respuestas”: www.valledeloscaidos.es/files/sobre-la-crisis-de-la-vida-religiosa, (29.02.2016); A. JIMENEZ, “Las causas del abandono del sacerdocio ministerial”: *Theologica Xaveriana* 45/3 (1995) 297-319.

²²⁵ M^a L. de LA HORMAZA, “Acompañar a las nuevas generaciones ¡misión de todos!”, *Confer* 54 (2015) 527-545

²²⁶ En los religiosos están también incluidos los sacerdotes religiosos.

²²⁷ J. R. CARBALLO, “sobre la crisis de la vida religiosa: causas y respuestas”, www.valledeloscaidos.es/files/sobre-la-crisis-de-la-vida-religiosa, (29.02.2016), 2.

nutre su vida como consagrado a Dios. Esto hace que “los votos ya no tengan sentido y la vida de comunidad, tan valorada al inicio, se vuelve oscura y pesada”²²⁸.

A. Jiménez, veía también como causa del abandono del *sacerdocio diocesano* el alejamiento de Dios que a veces viene de lejos, de los graves “fallos que se cometen en la formación espiritual que se manifiesta en debilitamiento ante el secularismo, rechazo de la oración estructurada de la Iglesia en el rezo de la liturgia de las horas y descuido en las celebraciones (...). No es de extrañar que después de la ordenación, ante la ausencia de convicciones e ideales evangélicos interiorizados se termine por abandonar la vida sacramental a nivel personal. Esto da la impresión que durante todo el periodo de seminario no se logra un encuentro personal con Cristo que llama, de quien debe consagrarse al servicio de los hermanos”²²⁹.

Los responsables de los sacerdotes diocesanos piensan que las causas del abandono de los sacerdotes diocesanos están en los fallos en la formación, porque “los jóvenes salen del seminario sin haber adquirido una experiencia muy fuerte de Dios, de oración, de actitudes fundamentales evangélicas. Hay una carencia de una experiencia de encuentro personal con Dios que sea capaz de invadir todos los ámbitos de la persona del futuro sacerdote. Salen con muchas fórmulas y poca vivencia real en Cristo y su seguimiento. Aunque hubo fidelidad en los momentos de oración comunitaria, la oración personal es deficiente (...), se nota deficiencia de vida de oración, un enfriamiento en la vida espiritual, una rutinización en la recepción de los sacramentos, una progresiva acedia espiritual, una marcada búsqueda de la propia comodidad, una huida sistemática de la abnegación”²³⁰.

Según estos autores es importante fomentar para los futuros religiosos y sacerdotes un encuentro personal con Jesucristo y formar en una espiritualidad sólida, que resista a las tempestades de las pasiones y a diferentes tentaciones.

Pensamos que la dimensión teologal es lo que más caracteriza al religioso. Constituye el núcleo central de su vida, la esencia, la entraña de la misma vida vocacional

²²⁸ M^a L. de LA HORMAZA, “Acompañar a las nuevas generaciones ¡misión de todos!”: *Confer* 54 (2015) 527-545

²²⁹ A. JIMÉNEZ, recogió datos analizados por el departamento de vocaciones que realizó una encuesta sobre las causas del abandono del ministerio presbiteral, encuesta enviada a todos los obispos y superiores mayores de la América Latina. Se analizaran respuestas de 198 obispos es decir de 198 diócesis de 19 países de América Latina: A. JIMENEZ, “Las causas del abandono del sacerdocio ministerial”: *Theologica Xaveriana* 45/3 (1995) 297-319.

²³⁰ A. JIMÉNEZ, “Las causas del abandono del sacerdocio ministerial”: *Theologica Xaveriana* 45/3 (1995) 297-319.

y es un elemento irrenunciable sobre todo en la vida religiosa. La experiencia de Dios es la que da sabor y sentido a este proyecto de vida; si falta, todo lo otro fallará. Esta dimensión es importante por ser la base que sustenta todos los aspectos y compromisos de la vida religiosa (vida común, la consagración, compromisos apostólico...). Sin la fe no hay vida cristiana radical, no hay consagración. La actual crisis encuentra probablemente sus explicaciones en el debilitamiento de la vida teologal.

3.3.2. La vida fraterna

J. R. Carballo apunta los problemas comunitarios como una causa del abandono para los *religiosos y religiosas*; afirma que en “el origen de muchos abandonos hay una desafección a la vida comunitaria que se manifiesta: en la crítica sistemática a los miembros de la propia comunidad o del instituto, particularmente a la autoridad, que produce una gran insatisfacción; en la escasa participación en los momentos comunitarios o en las iniciativas de la comunidad, a causa de una falta de equilibrio entre las exigencias de la vida comunitaria y las exigencias del individuo y del apostolado que lleva a cabo; en buscar fuera lo que no se encuentra en casa...”²³¹.

Para el secretario de la CIVCSVA, “los problemas más comunes en la vida fraterna en comunidad, según la documentación a nuestra disposición son: problemas de relación interpersonal, incomprensiones, falta de diálogo y de auténtica comunicación, incapacidad psíquica de vivir las exigencias de vida fraterna en comunidad, incapacidad de resolver los conflictos... En lo que respecta a la pérdida de sentido de pertenencia a la Iglesia, a veces es dada por la falta de verdadera comunión con ella y se manifiesta, entre otras cosas, en el no compartir la enseñanza de la Iglesia sobre temas específicos como el sacerdocio de las mujeres y la moral sexual. Todo esto termina con la pérdida del sentido de pertenencia a la institución, llámese comunidad local, instituto religioso o Iglesia, (...). La falta de sentido de pertenencia lleva, a menudo, también a abandonar físicamente la comunidad, sin ningún permiso”²³².

Y para G. Pastor los problemas comunitarios son la principal causa de los abandonos vocacionales para *las religiosas*. El afirma que “los sujetos femeninos que

²³¹ J. R. CARBALLO, “sobre la crisis de la vida religiosa: causas y respuestas”, www.valledeloscaidos.es/files/sobre-la-tesis-de-la-vida-religiosa, (29.02.2016), 2.

²³² J. R. CARBALLO, “sobre la crisis de la vida religiosa: causas y respuestas”, www.valledeloscaidos.es/files/sobre-la-tesis-de-la-vida-religiosa, (29.02.2016), 3.

abandonan la vida religiosa son menos precisos y tajantes en la denuncia de los motivos, por eso los problemas de tipo intracomunitarios son los que en ellas aparecen como causa más importante de abandono” y para los *religiosos* varones “los problemas fundamentales derivan de la sexualidad en primer lugar y la vida comunitaria en segundo”²³³.

Los *sacerdotes diocesanos* tienen también una dimensión comunitaria; se apuntan como causa del abandono las relaciones interpersonales que “con frecuencia el intercambio se reduce a unas ‘relaciones funcionales’. Siempre viven en comunidad pero después se aíslan en un individualismo y autosuficiencia insuperables”. Es notable también el “rechazo a la obediencia a través de la autosuficiencia basada en el liderazgo artificial en la búsqueda de autopromoción. (...). Desafortunadamente la atención de los formadores se ha centrado con frecuencia en los aspectos espirituales, académicos y algo en los pastorales y litúrgicos, pero dejando en un lamentable olvido la formación de la personalidad, la afectividad, las relaciones interpersonales o sea la capacidad para vivir, trabajar, orar, descansar, jugar en comunidad. Y sin embargo de esto depende en gran parte no solo la felicidad personal y vocacional del sacerdote, sino también en buena parte un apostolado eficaz y aun la perseverancia en la vocación”²³⁴.

Ante “las dificultades de las relaciones comunitarias y los repetidos fracasos a la hora de intentar superarlos, bastantes *religiosos* y *religiosas* (...) decidieron sin más que la comunidad religiosa no era importante, que lo importante en todo caso era la misión. La comunidad pasaba a tener un sentido cuasi-funcional. Si el religioso no vive con autenticidad el valor amor comunión, que es el corazón del mensaje de Jesús, pierde la credibilidad”²³⁵.

La vida religiosa es inconcebible sin la incorporación de la comunidad de seguidores de Jesús. La esencia de la experiencia comunitaria es el amor; este constituye el núcleo, la entraña del cristiano. No puede haber vida religiosa sin algún tipo de experiencia y práctica comunitaria, pues lo más radical de la vida cristiana es el amor en todas sus mediaciones históricas: la fe compartida, la celebración comunitaria, la comunicación de los bienes y servicios, la práctica de la reconciliación, y eso se vive en comunidad. La

²³³ G. PASTOR, *Análisis de contenidos en los casos de abandonos de la vida religiosa*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1972, 279.

²³⁴ A. JIMENEZ, “Las causas del abandono del sacerdocio ministerial”: *Theologica Xaveriana* 45/3 (1995) 297-319.

²³⁵ M. S. GÓMEZ, “La formación para la vida fraterna en comunidad: un toque de atención”: *Confer* 54 (2015) 511- 525.

experiencia comunitaria es el segundo elemento irrenunciable de la vida religiosa y construye desde los fundamentos más evangélicos la comunión de fe en Jesús. En la comunidad son irrenunciables la oración, la celebración, compartir la Palabra de Dios, la experiencia de fe, los bienes y servicios, la misión, la reconciliación. Si faltan o si se descuidan estos elementos, es inviable la vida vocacional.

3.3.3. Explicaciones psicológicas – problemas afectivos

Según J.R. Carballo, los problemas afectivos que están en la causa de los abandonos para los *religiosos y religiosas* son muy amplios, pues “van desde el enamoramiento, que se concluye con el matrimonio, a la violación del voto de castidad, sea con repetidos actos de homosexualidad – más en los hombres, pero igualmente presente más de lo que se piensa, entre las mujeres -, sea con relaciones heterosexuales, más o menos frecuentes. Otras veces los problemas afectivos tienen una clara repercusión en la vida fraterna en comunidad, porque conciernen al mundo de las relaciones, provocando continuos conflictos que terminan por hacer invivible la comunidad y por coherencia decide abandonar la vida consagrada”²³⁶.

L. Oviedo Torró afirma que la crisis afectiva es la causa mayoritaria de las salidas en los sujetos varones. Esta afecta al 71,2 % de los *religiosos sacerdotes* que él estudió. “Aunque se combinan con otros factores: insatisfacción, inestabilidad psicológica o contraste con los superiores. Del total de los casos estudiados se revela que el 44,5 % están actualmente casados, y otros 15,7% están vinculados afectivamente con otra persona. Estas cifras nos conducen a una conclusión: que el problema fundamental sigue siendo de carácter afectivo, y que ahí debería concentrarse la atención”²³⁷.

G. Pastor encuentra que para los *varones* las “principales motivaciones que inducen al abandono de los *religiosos* son problemas derivados de la sexualidad. El 20% al menos de sujetos varones que abandona la vida religiosa lo hace a causa de problemas relativos al voto de castidad o a la inhabilidad en el control de su sexualidad. En cambio en las muestras de *religiosas*, aunque los motivos de esta especie ocupan también un puesto bastante destacado como causas de abandono, no representan el primero o el más

²³⁶ J. R. CARBALLO, “sobre la crisis de la vida religiosa: causas y respuestas”, www.valledeloscaídos.es/files/sobre-la-crisis-de-la-vida-religiosa. (29.02.2016), 3,

²³⁷ L. OVIEDO TORRÓ, “Crisis en la vida consagrada. El problema de los abandonos”: *Razón y Fe* 249 (2004) 209-223.

importante factor: el motivo sexual se coloca detrás de los motivos específico de relaciones intracomunitarias”²³⁸.

Para los religiosos varones y mujeres así como para los diocesanos se ve también una incapacidad psicológica para vivir la soledad, el voto de castidad, aceptar que no soy la persona importante en la vida de nadie, problemas de personalidad o de índole, como tendencias neuróticas, falta de integración social, dificultades de relación²³⁹. El afán de protagonismo se manifiesta en deseos de liderar toda actividad o misión, cayendo en el individualismo o autoritarismo.

Todo esto acontece porque la persona está más apegada a ella misma y no a un valor último que es Dios. Para *los religiosos, religiosas así como para sacerdotes diocesanos* no es fácil aceptar a Dios como valor último, es todo un proceso. Cuando la persona está apegada a sí misma por necesidades de gratificación personal, o por miedos, temores, incertidumbres, es decir por el hecho de estar dentro de sí mismo divididos por las inconsistencias, estas divisiones socavan la capacidad de la persona de conocer y de abandonarse totalmente a Dios, de buscar lo importante en sí, especialmente el *sí* que es absolutamente Otro, Dios²⁴⁰.

Hay que tener en cuenta que la mayoría de los candidatos que entran en las instituciones religiosas y diócesis presenta una fragilidad psicológica determinada por inconsistencia vocacionales centrales e inconscientes²⁴¹. Estas personas están perturbadas y motivadas por estímulos y tendencias a los ideales vocacionales conscientes y libremente aceptados sin darse cuenta de estas opciones internas. Una afectividad no centrada en Jesucristo lleva con facilidad al enamoramiento o a las dependencias afectivas u a otras manifestaciones de una motivación humana inconsistente.

²³⁸ G. PASTOR, *Análisis de contenidos en los casos de abandonos de la vida religiosa*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1972, 279.

²³⁹ Cfr. L. OVIEDO TORRÓ, “Crisis en la vida consagrada. El problema de los abandonos”: *Razón y Fe* 249 (2004), 209-223.

²⁴⁰ Cfr. L. M. RULLA, *Antropología de la vocación cristiana. Bases interdisciplinarias I*, Atenas, Madrid 1990, 318.

²⁴¹ Hipótesis avanzadas después de una investigación de naturaleza transituacional y transcultural, con un estudio longitudinal a 247 jóvenes religiosos y seminaristas y 433 religiosas de los Estados Unidos, y con un grupo de control de 107 laicos y 137 laicas., donde se sacan algunas indicaciones importantes para comprender los complejos mecanismos de la crisis afectiva en los consagrados y religiosos. Cfr. A. CENCINI, *Por amor, con amor, en el amor: libertad y madurez afectiva en el celibato consagrado*, Atenas, Madrid 1998, 188. Es importante notar que Cencini se refiere a la investigación de L.M. Rulla en, L. M. RULLA - F. IMODA – J. RIDICK, *Antropología de la vocación cristiana II. Confirmaciones existenciales*, Atenas, Madrid 1994

Para los *sacerdotes diocesanos* se ha indicado que el ambiente familiar también influye mucho, pues “muchas deficiencias humano-afectivas tienen su origen en el ambiente familiar: la digresión familiar causa desajustes afectivos en la relación a la figura del papá o de la mamá no asimilada. La inmadurez psicológica traída de la familia descompuesta (...) la falta de armonía y estabilidad familiar, la deficiente formación religiosa, el ambiente de inmoralidad hacen muy difícil que esta delicada planta de vocación sacerdotal nazca, crezca y permanezca. (...) más aún, con frecuencia hallamos casos en que uno se puede preguntar extrañado: ‘¿Cómo se ordenó fulano?’ ‘¿Cómo fue admitido a la ordenación?’. Nunca debería haberse hecho sacerdote. Este triste desenlace era de esperarse y era perfectamente previsible...”²⁴².

Los problemas afectivos pueden ser tales que el religioso, la religiosa y el sacerdote lleguen a la convicción de que no pueden vivir la castidad y deciden por motivos de coherencia, abandonar la vida vocacional consagrada o sacerdotal. Estas dificultades inherentes al celibato se presentan como una consecuencia de una crisis vocacional más compleja y profunda. Y nos parece que la fuente de las dificultades es la fragilidad de los sujetos no afrontada ni resuelta de forma adecuada en la formación inicial, la que hace precaria su elección y la fidelidad.

Sobre los problemas afectivos pensamos que la educación a la libertad afectiva es un elemento decisivo en el proceso de maduración tanto inicial como permanente. El religioso tiene que ser libre para llegar a amar su propia identidad vocacional. Y solo será libre afectivamente si ha experimentado en su ser el amor y, lo vive como una certeza en el corazón; el haber sido amado desde siempre y para siempre. Cuanto más fuertes y estables sean estas certezas en el corazón del religioso será más libre afectivamente tendrá más preparado para ser célibe por el Reino. Y para tener una relación completa y madura es decir estar dispuesto “a ser experimentado por Dios”²⁴³.

²⁴² A. JIMÉNEZ, “Las causas del abandono del sacerdocio ministerial”: *Theologica Xaveriana* 45/3 (1995) 297-319.

²⁴³ Ser experimentado por Dios nos referimos a dejarse probar por Dios, sentir sus exigencias para sentir el amor fuerte y tierno de Dios, A. CENCINI, *Por amor, con amor, en el amor: libertad y madurez afectiva en el celibato consagrado*, Atenas, Madrid 1996, 912.

3.3.4. Explicaciones sociales y culturales

Los factores sociales y culturales también influyen en los abandonos vocacionales. Los jóvenes que llegan a las casas religiosas y seminarios fueron forjados en una sociedad y cultura que también tiene sus problemas.

J. R. Carballo afirma que “vivimos en un tiempo caracterizado por cambios culturales imprevisibles: nuevas culturas y sub-culturas, nuevos símbolos, nuevos estilos de vida y nuevos valores. Todo ocurre a una velocidad vertiginosa. Las certezas y los esquemas interpretativos globales y totalizantes que caracterizaban la era moderna han dejado lugar a la complejidad, a la pluralidad, a la contraposición de modelos de vida y a comportamientos éticos que se han mezclado entre ellos de modo desordenado y contradictorio. Así se vuelve difícil distinguir aquello que es esencial de lo que es secundario y accidental”²⁴⁴.

Esto produce en muchos “desorientación frente a una realidad que se presenta de tal modo compleja que no se puede percibir; incerteza a causa de la falta de certezas sobre las cuales anclar la propia vida; inseguridad por la falta de referencias seguras. Todo se une a una gran desilusión frente a las preguntas existenciales, consideradas inútiles, ya que todo es posible y lo que hoy es, mañana deja de ser. Nuestro tiempo es también un tiempo de ‘mercado’. Todo es medido y valorado según la utilidad y la rentabilidad, también las personas. Estas, en términos de mercado, valen lo que producen y valen en cuanto son útiles. Su valor oscila, por lo tanto, en base a la demanda. Tal concepción mercantilista de la persona llega a privilegiar el hacer, la utilidad, e incluso la apariencia sobre el ser”²⁴⁵.

Vivimos, también, en un tiempo que podemos definir como “el tiempo del zapping (...). Se pasa de un experimento a otro, sin hacer ninguna experiencia que marque la vida. En un mundo donde todo está facilitado, no hay lugar para el sacrificio, ni para la renuncia, ni para otros valores similares. En cambio, estos están presentes en la opción vocacional que exige, por lo tanto, ir contracorriente, como es la vocación a la vida consagrada (...).

²⁴⁴ J. R. CARBALLO, “sobre la crisis de la vida religiosa: causas y respuestas”, www.valledeloscaidos.es/files/sobre-la-tesis-de-la-vida-religiosa. (29.02.2016), 3.

²⁴⁵ J. R. CARBALLO, “sobre la crisis de la vida religiosa: causas y respuestas”, www.valledeloscaidos.es/files/sobre-la-tesis-de-la-vida-religiosa. (29.02.2016), 3.

El hombre actual habla mucho, aparentemente es un gran comunicador, pero en realidad no logra comunicar en profundidad y, en consecuencia, no lograr encontrarse con el otro”²⁴⁶.

A. Jiménez como causa de los abandonos en los sacerdotes diocesanos refiere que “no se puede omitir el fenómeno cultural que podríamos llamar la crisis del compromiso y de la palabra empeñada: la decisión vocacional está condicionada a lo provisional, faltando compromisos duraderos. El *sí* pronunciado por el joven sacerdote el día de su diaconado o de su ordenación, tiene que ser renovado cada día y en cada momento de la vida. No basta una auténtica generosidad en el momento de la ordenación para perseverar”²⁴⁷.

Las deserciones se explican también como consecuencia de la secularización, que se manifiesta en la pérdida de los valores religiosos, afecta el esquema de vida que proclama con intensidad el sentir religioso. Urge estar atentos y detectar las formas sutiles de secularización interna que se ha infiltrado en nuestras comunidades: un lenguaje que pierde contenido religioso, la reducción del tiempo de oración y actos religiosos comunes convirtiéndoles en momentos superficiales, formales, vacíos, privados de la participación del corazón²⁴⁸.

Todos estos factores sociales y culturales influyen negativamente en la vivencia y en las opciones vocacionales de los consagrados y sacerdotes sobre todo en tiempos de crisis. Porque la sociedad moderna tiende a configurar individuos aislados, vacíos, solitarios e incapaces de verdadero encuentro con ellos mismos y con los otros. Y el religioso vive en este mundo de ruido y superficialidad, y se le hace difícil abrirse a la transcendencia y sin esta apertura no habrá verdadera fe ni religión, aunque lo parezca. Un religioso con problemas y además sin profundidad, ni horizonte, no será capaz de y discernir y escuchar lo que él vive en lo profundo de su ser y tampoco será capaz de intuir por donde Dios lo llama.

²⁴⁶ M^a L. de LA HORMAZA, “Acompañar a las nuevas generaciones ¡misión de todos!”: *Confer* 54 (2015) 527-545.

²⁴⁷ A. JIMENEZ, “Las causas del abandono del sacerdocio ministerial”: *Theologica Xaveriana* 45/3 (1995) 297-319.

²⁴⁸ M. SANCHEZ MONGE, “Gozos dificultades de la vida Consagrada en el mundo de hoy”: *Seminarios* 213 (2015) 21- 30.

3.3.5. Explicaciones institucionales²⁴⁹

Las instituciones también a veces son obstáculo y causa de los abandonos vocacionales porque no pocas veces se registra una mala gestión por parte de las instituciones que convocan y reúnen a los religiosos y sacerdotes. Se registraron a veces graves fallos en la capacidad de motivar la continuidad, en los incentivos que presentan, en la voluntad de proteger y nutrir las opciones realizadas con entusiasmo inicial²⁵⁰.

Algunos responsables de las congregaciones e institutos religiosos no miran la realidad con gran responsabilidad y preocupación, cuando las crisis se manifiestan, y cuando todavía pueden ser remediadas. Se ve en ciertas instituciones la “falta de acompañamiento que ayude a superar las dificultades. En ocasiones los superiores no dan importancia a conductas o posturas ante la vida que hablan de crisis o que son una llamada de atención pidiendo ayuda”²⁵¹.

En los institutos y congregaciones religiosas “la urgencia del cambio se junta con la falta de preparación de los responsables, esto lleva en no pocas ocasiones la opción por soluciones ingenuas, que al poco tiempo fracasan y se muestran ineficaces. Estos fracasos se deben, en general, a una defectuosa elaboración de la acción, fruto de la ignorancia en la manera de programarla: proyectos mal preparados, estrategias mal definidas y técnicas improvisadas. Naturalmente aun dentro de la programación más perfecta, siempre hay margen más o menos amplio de imprevisibles”²⁵².

Los obispos en América Latina apuntan como uno de los fallos en los seminarios “la falta de una selección bien hecha desde la pastoral vocacional, antes de ingresar al seminario. El afán de ciertos obispos de tener sus propios seminarios, sin la calidad de los formadores y la carencia de formadores que acompañen adecuadamente durante toda la formación (...). Muchas diócesis aun pequeñas plantean construir su seminario propio sin contar prudentemente con el número suficiente de formadores aptos”²⁵³.

²⁴⁹ Por instituciones nos referimos aquí a las diferentes congregaciones y seminarios que son responsables de acoger, acompañar y preparar los futuros religiosos y sacerdotes.

²⁵⁰ Cfr. L. OVIEDO TORRÓ, “Crisis en la vida consagrada. El problema de los abandonos”: *Razón y Fe* 249 (2004) 209-223.

²⁵¹ M^o. L. de LA HORMAZA, “Acompañar a las nuevas generaciones, ¡misión de todos!”: *Confer* 54 (2015) 527-545.

²⁵² J. NEBREDA, *O renacer o morir: una reflexión socio - religiosa sobre las crisis vocacional*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1974, 312.

²⁵³ A. JIMENEZ, “Las causas del abandono del sacerdocio ministerial”: *Theologica Xaveriana* 45/3 (1995) 297-319.

Los obispos afirman que la falta de formadores preparados hace que “muchos seminaristas salen adelante sin una madurez que les permita afrontar las inconsistencias personales y los desafíos de sociedad moderna (...). Y, durante la formación los formadores usaron mucha indulgencia con sus defectos y caprichos. Es relativamente frecuente que un candidato inepto siga adelante en su carrera, los formadores son flojos y poco exigentes o se dejan engañar por la vana esperanza, de que con el trascurso del tiempo o con la ordenación sacerdotal, todos los problemas se irían solucionando”²⁵⁴.

Varias congregaciones, instituciones y diócesis por falta de vocaciones y por contar con un número elevado de consagrados y sacerdotes mayores, usan una compasión mal atendida o mal empleada, admitir a la ordenación sacerdotal o a los votos solemnes a candidatos que son incapaces de guardar la castidad bajo capa de misericordia. En estos casos las directivas de la Iglesia al respecto son muy claras: “los sujetos que se descubran física y psíquica o moralmente ineptos, deben ser inmediatamente apartados del camino del sacerdocio...”²⁵⁵.

Creemos que es tarea de las instituciones velar y animar la vida espiritual de sus miembros. Las instituciones debían transmitir un testimonio de vida consagrada, la cercanía y confianza, favorecer espacios de dialogo. Es también responsabilidad de las instituciones proponer programas formativos, elegir formadores y acompañantes espirituales capaces de preparar los jóvenes, formar comunidades solidas donde fluye la vida. Como vemos son varios los aspectos que las instituciones transmiten a los religiosos explícita o implícitamente y de eso depende en grande parte la buena gestión o no de las dificultades de los miembros de las instituciones y sobre todo se está en crisis. Decía el Papa Francisco, donde hay vida, fervor, ganas de llegar a Cristo a los demás, surge vida y vocaciones genuinas²⁵⁶.

3.4. Los profesos temporales

En nuestras búsquedas figuran pocos datos sobre los abandonos y sus explicaciones en lo referente a los profesos temporales. Creemos que es porque los procesos de los juniors para separarse de la congregación terminan en las instituciones respectivas, no

²⁵⁴ A. JIMENEZ, “Las causas del abandono del sacerdocio ministerial”: *Theologica Xaveriana* 45/3 (1995) 297-319.

²⁵⁵ PABLO VI, *Sacerdotalis caelibatus*, 64.

²⁵⁶ PAPA FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 107.

llegan a la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica por un lado y por otro están en un periodo de consolidar y a la vez discernir su vocación donde terminado el proceso puede comprometerse definitivamente con la congregación o no.

Recogemos datos de juniore²⁵⁷ de una congregación particular de vida apostólica. En un periodo de seis años esta congregación acogió 137 juniore de los cuales en el mismo periodo 51% 70 abandonaran la congregación. Lo que deja claro que en la etapa del juniorado también hay problemas. Pensamos que el 51 % de jóvenes profesos dejaron la congregación, (podemos ver arriba en la tabla de datos particulares) también por motivos de crisis vocacional.

Las explicaciones sobre los abandonos vocacionales que avanzamos para los religiosos y religiosas y sacerdotes también valen para los juniore y junioras, puesto que en los varios motivos de los abandonos se referían a los problemas en las etapas iniciales, dificultades mal resueltas, ignoradas o no identificados; pero que por lo que sea pasaron a la etapa siguiente.

Además de lo referido anteriormente los jóvenes profesos se encuentran también con otros problemas en su etapa. El criterio con que se dan los destinos a los juniore y junioras después de la profesión, por ejemplo, por causa de las crisis de personal, en algunos institutos es el criterio de las urgencias apostólicas de las provincias que prima. Según la demanda se les envía a las diversas comunidades para que los juniore atiendan las obras en marcha, las actividades de una comunidad, y olvidan de cuidar debidamente la formación del recién profes²⁵⁸. Todos los males que se producen luego son en parte consecuencias de este mal comienzo.

En este sentido la básica causa de los desajustes, de las crisis en los juniore “está en tener la escala de valores distorsionados, en no haber aceptado todavía que la formación es la primera prioridad de un instituto y que solo una buena formación es capaz de dar excelentes religiosos y religiosas. El criterio no puede ser el de las urgencias apostólicas, sino el de las exigencias de una buena formación”²⁵⁹.

²⁵⁷ Los datos son de las profesas y profesos temporales de los hermanos y hermanas de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

²⁵⁸ C. PALMÉS, *Las cinco llagas de la formación y su curación*, Claret, Barcelona 1999, 10

²⁵⁹ C. PALMÉS, *Las cinco llagas de la formación y su curación*, Claret, Barcelona 1999, 10

Las crisis que las instituciones viven hoy, el envejecimiento y la falta de vocaciones, cae sobre los juniors, que deben asumir responsabilidades apostólicas que absorben toda la persona y al mismo tiempo tienen que cursar estudios universitarios exigentes y deben hacer oración personal y estar presentes en los actos comunitarios donde la vida de comunidad en muchas de estas comunidades es una simple vida en común, donde falta la profundidad de unas relaciones personales en el Señor que llevan a una auténtica amistad fraterna. Y a estos jóvenes muchas veces les falta un acompañamiento cercano y periódico que permita seguir el crecimiento interior y discernir, animar, confirmar o interpelar en un clima de amistad y de fe. Les falta tiempo para lo esencial, la vida de oración ha dejado de ser una necesidad primaria y muchas de las prácticas propias de la vida consagrada han ido perdiendo sentido y atractivo.

Con este tipo de vida sin alegría, se invita al joven a valorar otros espacios en donde puede encontrarse con un poco de felicidad. Y comienza la lucha entre los deseos que le llevan hacia otros mundos y terminan abandonando la vida religiosa. El juniorado es una etapa especialmente vulnerable por la diversidad de los retos institucionales y formativos que deben afrontar pero “la mayor parte de las crisis son estructurales, es decir vienen causadas por la organización inadecuada del juniorado, que las facilita e incluso puede provocarlas”²⁶⁰.

3.5. Conclusión del capítulo

Después del estudio que hicimos, con el objetivo de buscar las causas o, al menos, los factores que influyen para que los religiosos decidan abandonar la vida religiosa, a continuación presentamos las conclusiones que parecen derivarse.

La principal causa de los abandonos en la vida religiosa creemos que es un problema de vocación, la incapacidad de vivir y de perseverar en la vocación. El problema vocacional se sitúa a nivel de la consagración, de lo que constituye la esencia misma de la vida religiosa y la relación con Dios. L. M Rulla afirma que la perseverancia y la internalización de los ideales autotranscendentes se hallan en relación con el grado de madurez en la primera y segunda dimensión²⁶¹. El círculo vicioso de la segunda dimensión

²⁶⁰ C. PALMÉS, *Las cinco llagas de la formación y su curación*, Claret, Barcelona 1999, 10.

²⁶¹ La primera dimensión tiene los valores autotranscendentes como horizonte propio y dispone a la virtud o al pecado mientras que la segunda dimensión tiene como horizonte propio valores autotranscendentes y

lleva al empeoramiento de la persona, en su crisis vocacional, porque la limitación de la libertad produce en la persona una simbolización regresiva que impulsa a la persona a buscar lo que es importante para ella en lugar de lo que es importante en sí, el amor de Dios, propio de una autotranscendencia teocéntrica²⁶².

Las emociones, especialmente las inconscientes de la segunda dimensión, distorsionan la percepción de Dios y el discernimiento de los signos de Dios en la vida vocacional, esto reduce la libertad efectiva de la persona sobre todo en entregarse, en consagrarse totalmente a Dios y a los otros. Esto sucede porque si el yo presenta una serie de inestabilidad y falta de seguridad a causa de las inconsistencias centrales inconscientes no le resultará fácil perderse totalmente en el amor. Solamente una persona madura, segura de sí, puede perderse en sí misma, amar realmente del mismo modo que lo ha hecho Cristo²⁶³. Las conclusiones de L. M. Rulla confirman que solo el 14% de los casos analizados estaban maduros y seguros de sí, y perseveraron en su vocación, mientras que el 86 % abandonaron la vida vocacional.

Aunque muchos autores no apuntan a la crisis vocacional como la primera causa, y se refieren más a los problemas afectivos y las relaciones interpersonales en las comunidades olvidando que hay relación estrecha entre el problema sexual – afectivo y el problema vocacional, compartimos la idea de J. Nebreda; “los que viven con sentido negativo el problema vocacional, viven también con sentido negativo el problema sexual-afectivo”²⁶⁴. Los problemas vocacionales afectan a todos los otros problemas.

El segundo factor que hallamos importante como causa de los abandonos vocacionales son los problemas comunitarios en su sentido amplio. Este factor lo vemos más como una causa inmediata. Las constantes dificultades en las relaciones, la soledad, el sentirse incomprendido, la relación con la autoridad sobre todo el voto de obediencia estos problemas cuando vividos constantemente llevan a un desgaste y el religioso opta por salir en vez de afrontarlos e intentar resolverlos.

naturales combinados y dispone al bien real o al bien aparente; el error no culpable. Cuanto menos madura es la persona en la segunda dimensión, más tenderá a simbolizar de modo regresivo, poco realista y, por lo mismo opuesto a la internalización de los ideales autotrascedentes.

²⁶² Cfr. L. M. RULLA - F. IMODA – J. RIDICK, *Antropología de la vocación cristiana II. Confirmaciones existenciales*, Atenas, Madrid 1994, 129

²⁶³ L. M. RULLA - F. IMODA – J. RIDICK, *Antropología de la vocación cristiana II. Confirmaciones existenciales*, Atenas, Madrid 1994, 60.

²⁶⁴ J. NEBREDAS, *O renacer o morir: una reflexión socio - religiosa sobre las crisis vocacional*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1974, 274.

Por fin el elemento que nos parece importante de destacar como causa los abandonos son los problemas afectivos. Creemos que una afectividad no centrada en Jesucristo lleva con facilidad al enamoramiento o a las dependencias afectivas. El religioso tiene que estar enamorado de Dios sin límite, ni condiciones de reservas. Cuando la afectividad no está centrada en Cristo se generan relaciones desequilibradas, movidas por impulsos emotivos y no por una elección ponderada racional y espiritualmente.

Entendemos que el religioso en crisis ya llevaba arrastrando problemas vocacionales previamente a lo mejor de manera inconsciente, y cuando surge uno de estos problemas afectivos o comunitarios es motivo para abandonar el proyecto religioso. Las crisis provienen sobre todo si hay una escasa madurez de la persona, que al principio están más presentes en las actitudes que en los valores autotranscendentes instrumentales y finales. El empeoramiento de la crisis puede tener su raíz en la “fragilidad de la persona debido a una condición de inconsistencia inconsciente de la segunda dimensión, que de modo latente hacía tiempo que existía. En efecto, esta condición puede hacer muy frágil el equilibrio-desequilibrio entre la primera y la segunda dimensión, por ello, con el tiempo puede minar la primera dimensión y mediante esta última, algunos de los valores instrumentales y finales autotranscendentes fundamentales para la vocación”²⁶⁵.

Pero las dificultades que las instituciones están viviendo, y los abandonos vocacionales, se pueden vivir tratando de ver en ellas mismas una auténtica llamada del Espíritu Santo a la conversión. Al fin y al cabo la vida consagrada no la inventamos nosotros. Es el Espíritu el que crea, la recrea y la transforma; es Él quien la impulsa constantemente a la fidelidad creativa. Y “las dificultades no deben sin embargo inducir al desánimo. Es preciso más bien comprometerse con nuevo ímpetu, porque la Iglesia necesita la aportación espiritual y apostólica de una vida consagrada renovada y fortalecida”²⁶⁶.

Para minimizar los problemas vocacionales que veíamos que son la principal causa de los abandonos vocacionales, urge una formación consistente capaz de ayudar a los jóvenes religiosos a perseverar ante los vientos que pueden surgir a lo largo de la vida vocacional. En el capítulo siguiente trataremos de ver cómo formar para una vocación consistente.

²⁶⁵ L. M. RULLA - F. IMODA – J. RIDICK, *Antropología de la vocación cristiana II. Confirmaciones existenciales*, Atenas, Madrid 1994,61.

²⁶⁶ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata*, 13.

Capítulo IV. El acompañamiento formativo para la vocación consistente

Después de ver las causas de las inconsistencias vocacionales queremos en este capítulo proponer lo que nos parece mejor para tener en cuenta en la formación para que la vocación sea consistente. La acción formativa tiene que preocuparse sobre todo en fortalecer la interioridad, armar interiormente al joven religioso con los valores vocacionales para que pueda conducir su vida con autonomía y responsabilidad y así poder resistir en tiempo de tempestades.

En este capítulo nos dedicaremos a presentar los fundamentos humanos que nos parecen importantes para una vocación consistente; luego presentaremos los fundamentos espirituales que nos parecen indispensables para una vocación consistente; y terminaremos viendo la responsabilidad que tienen los institutos para que la formación sea adecuada y ayude realmente a los jóvenes en formación, en concreto el junior.

4.1. Fundamentos humanos

La persona humana representa la profundidad del misterio del hombre, el cúmulo de energías que posee para consagrarse a Dios de manera libre y responsable; por eso hay que formar a toda la persona, tener presente todo lo que es, tratando de que todas las tareas formativas conduzcan a un único objetivo: la maduración del hombre, del creyente y del consagrado sin divisiones.

4.1.1. Conocimiento de sí

El conocimiento de sí es un requisito básico de todo camino formativo, un conocimiento que ayuda al joven a identificar su problema central, es decir lo que le impide darse libre y totalmente a Dios. El conocimiento de sí ayuda al joven en formación a asumir e integrar toda su vida. La Iglesia²⁶⁷ y algunos místicos²⁶⁸ recomiendan el

²⁶⁷ JUAN PABLO II, *Fides et ratio* 4

conocimiento de sí. Para la congregación de los SS.CC el conocimiento de sí es uno de los requisitos para iniciar el proceso formativo²⁶⁹.

El conocimiento propio es necesario porque ayuda al joven a “descubrir una historia personal que marca el comienzo de una relación completamente nueva con Dios. Una relación que no se basa exclusivamente en la teoría o en lo que se ha oído decir, sino que tiene un carácter histórico basado en la propia experiencia o en una teofanía absolutamente personal, oscura o poco clara aún, pero en disposición de desvelar a la vez el nombre de Dios y del yo. Quizás no estemos todavía ante una fe realmente auténtica, pero sí ante la primera fase de la operación cuando es genuina”²⁷⁰.

Para lograr el conocimiento propio hay que preparar a los jóvenes para que aprendan a confrontarse atenta y respetuosamente con su historia, con la zarza ardiente de su existencia, que arde por una presencia divina que jamás se apaga y que jamás podrá reconocerse por completo; en este sentido el conocimiento propio puede considerarse la primera etapa de la madurez creyente²⁷¹. El signo del conocimiento propio es tener una buena imagen de sí y esto se verifica con las actitudes de estima normal de sí mismo y una equilibrada preocupación por la propia higiene física, mental y espiritual.

El conocimiento propio, que también es fruto de vivir la presencia espiritual de Dios, tiene su fecundidad que es la sabiduría; ayuda a ser justo con las exigencias de los demás y predispone a apreciaciones prudentes equilibradas y a la paciencia evitando un descorazonador rigorismo. El itinerario espiritual guía hacia el auténtico conocimiento propio que es un entramado de psicología, moral y espiritualidad; este conocimiento propio hace posible el conocimiento de la realidad desde otro ángulo, porque existe una conexión entre conocimiento propio y conocimiento de la realidad²⁷². La tarea humana de conocerse a sí mismo es para toda la vida. Una experiencia espiritual honda incluye un verdadero conocimiento de sí, de la propia valía y de los propios límites responsablemente aceptados.

²⁶⁸ TERESA DE JESUS, *Las Moradas* 1,2; *Libro de la Vida* 13,15; JUAN DE AVILA, *Obras completas I. Audi, filia 1556. Audi, filia 1574. Pláticas espirituales. Tratado sobre el sacerdocio. tratado de amor de Dios*, BAC, Madrid 2000.

²⁶⁹ CONGREGACION DE LOS SAGRADOS CORAZONES, *Plan de formación Inicial*, Roma 2016.

²⁷⁰ A. CENCINI, *Los sentimientos del hijo. Itinerarios formativo en la vida consagrada*, Sígueme, Salamanca 2003, 99.

²⁷¹ A. CENCINI, *Los sentimientos del hijo. Itinerarios formativo en la vida consagrada*, Sígueme, Salamanca 2003, 99.

²⁷² Cfr. A. SÁNCHEZ MANZANARES, “El Itinerario espiritual y la maduración de la persona” en Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades, *Madurez humana y camino vocacional*, Edice, Madrid 2002, 105- 164.

4.1.2. La madurez humana

La madurez humana fue mencionada en el capítulo primero como uno de los criterios indispensables para discernir la llamada. La Iglesia²⁷³ recomienda y propone criterios que permiten juzgar el nivel de madurez humana de los candidatos a la vida vocacional. El plan de formación de las hermanas de los SS.CC. también recomienda que la candidata que inicie el proceso formativo tenga una madurez adecuada²⁷⁴.

La madurez es la adhesión inevitable a la llamada irresistible de la verdad, belleza y bondad que la persona ha aprendido a leer y que halla a su alrededor, como parte de un don sorprendente²⁷⁵. Por madurez humana nos referimos a la madurez humana del corazón, de la mente, de la voluntad y de la libertad que deben estar estrechamente unidas.

La madurez de la *mente* conlleva acoger la verdad de la vida y de la propia persona y a la vez implica la madurez del *corazón* que se siente atraído por la belleza de este proyecto, una belleza que viene de lo alto, que se basa en la centralidad del amor en la existencia humana. Por otra parte la madurez de la *voluntad* es la que decide hacer suyo este modelo verdadero y hermoso como un don que da sentido a la vida y a la persona misma. Junto a estas dimensiones hay que añadir la madurez de la *libertad* que se presenta como obediencia convencida y cordial a la verdad del propio ser, al don sincero de sí mismo, como camino y contenido fundamental de la auténtica realización personal.

Una persona madura es consciente, acepta y sabe integrar su debilidad y cuenta con la misericordia de Dios. Este proceso de madurez la hace capaz de reconocer que necesita de los demás y está dispuesta a poner su vida en manos de Otro y a dejarse limitar incluso por la debilidad de los otros. Esta madurez humana va cada vez más unida a la madurez espiritual.

La formación humana precisamente en el juniorado es importante porque suscita personas fuertes y libres, enraizados profundamente en el amor de Cristo. Suscita personalidades maduras, hombres y mujeres de carácter capaces de asumir responsabilidades pastorales, fieles a la misión recibida y a los empeños asumidos. Forma

²⁷³ GS 12-22; GS 1 -2; OT 11, JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 44.

²⁷⁴ CONGREGACION DE LOS SAGRADOS CORAZONES, *Plan de formación Inicial*, Roma 2016.

²⁷⁵ Cfr. A. CENCINI, *Los sentimientos del hijo. Itinerarios formativo en la vida consagrada*, Sígueme, Salamanca 2003, 101.

hombres y mujeres de corazón, de verdadera compasión, capaces de una colaboración, hombres de juicio capaces de apreciar objetivamente los acontecimientos y las personas²⁷⁶.

Y concretamente en el juniorado esta la madurez se verificará en el joven profeso capaz de asumir sus límites y fortalezas, se relaciona adecuadamente con los demás, pone sus dones y sus capacidades al servicio de la construcción de un mundo nuevo, en apertura al Espíritu y a la acción de Dios en él.

4.1.3. La afectividad y la sexualidad

La afectividad como se refirió en el capítulo anterior es uno de los elementos que causa las crisis vocacionales. La Iglesia sobre este aspecto apela a la creatividad de los formadores a la hora de buscar y proponer medios aptos para promover y afianzar la madurez afectiva y sexual²⁷⁷.

El afecto y la sexualidad están inevitablemente ligados entre sí. Es en el fondo una experiencia común, incluso cuando esa unión no siempre es implícita y además es inconsciente. Si la afectividad define el amor y al ser humano como capaz de amar, la sexualidad es la energía que expresa el amor²⁷⁸. En el fondo la sexualidad es un modo de sentir, expresar y vivir el amor humano y adquiere verdadera calidad humana solo si está orientada, elevada e integrada por el amor.

La sexualidad en la persona es una fuerza típicamente humana, unida naturalmente con la capacidad afectiva y entregada a la libertad responsable y a la capacidad educativa del mismo hombre. Representa por tanto una realidad dinámica, con dinamismos específicos unidos en los niveles psicofísico, psicosocial y racional-espiritual. Por lo tanto es una área donde se manifiesta muy viva la tensión dialéctica dentro del hombre, a veces inconsciente, pero también la tensión de transcendencia que permite al ser humano entrar en relación con el tú de Dios, viviendo plenamente con él la propia capacidad afectiva²⁷⁹.

²⁷⁶ J. BARRIO BARRIO, “Reflejo de la perfección humana de Cristo”, en Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades, *Madurez humana y camino vocacional*, Edice, Madrid 2002, 11-15.

²⁷⁷ PI 39; el Concilio Vaticano II entiende la vida sexual de los religiosos como “un don exime de gracia” y como un “bien de toda la persona”, CONCILIO VATICANO II, *Perfectae caritatis* 12.

²⁷⁸ A. CENCINI, *La hora de Dios. Las crisis en la vida del creyente*, San Pablo, Madrid 2013, 212.

²⁷⁹ A. CENCINI, *Por amor, con amor, en el amor: libertad y madurez afectiva en el celibato consagrado*, Atenas, Madrid 1996, 454.

Es importante que el joven en formación sea consciente de que solo llegará a la madurez afectivo-sexual amando y viviendo las relaciones interpersonales con sinceridad y con apertura al otro. La sexualidad sobre todo está unida al amor, a la capacidad de dar y recibir afecto, es vida recibida y donada según el proyecto existencial de la persona.

Es importante que el joven en formación tome conciencia de que la sexualidad es un bien parcial que tiende hacia el bien total de la persona según un proyecto existencial específico. La opción del celibato por el Reino, por ejemplo es el estilo existencial que el célibe elige para vivir su afectividad - sexualidad en función de su bien total, el amor de Dios, que recibe y da. El celibato por el Reino implica una aceptación de la afectividad-sexualidad como energía que permite asumir-integrar su misma sexualidad con sus significados en los distintos niveles y darle una dirección precisa y trascendente. Es aquí donde el celibato encuentra su típica especificidad, en ser y en promover una relación con Dios²⁸⁰.

La madurez afectiva y sexual son elementos fundamentales para el funcionamiento adecuado de la personalidad, entendida como la capacidad de amar que afecta e implica a toda la persona. La integración de la sexualidad aceptada plenamente en el amor posibilita la opción por el celibato como entrega total de la persona al Señor y al servicio del Reino, una entrega que transforma al religioso en una persona para los demás²⁸¹.

Se supone que el joven en formación ya viene trabajando la afectividad-sexualidad en las etapas anteriores, y en el juniorado es momento de consolidar lo aprendido. Se concretará en el juniorado con la renuncia de la genitalidad y la procreación para dedicarse en totalidad a los demás aspectos que integran la fecundidad humana y el junior irá descubriendo nuevas formas del amor oblativo, que especifica la madurez sexual en la vivencia de la comunión con Cristo y con los hermanos y en la entrega radical a la instauración de la fraternidad universal del Reino. Y en el campo social la madurez afectivo-sexual se verificará en la capacidad de trabajo en equipo, las relaciones interpersonales homo y heterosexuales en madurez de amor y amistad.

Y para la juniora de los SS.CC., además de lo dicho, la madurez se verificará en “el cultivo de actitudes relacionales sanas y el manejo asertivo de sus emociones y

²⁸⁰ A. CENCINI, *Por amor, con amor, en el amor: libertad y madurez afectiva en el celibato consagrado*, Atenas, Madrid 1996, 432.

²⁸¹ Cfr. OT 11; JUAN PABLO II, *Pastores Dabo Vobis* 44.

sentimientos (...) y en el despliegue en amor como mujer consagrada, incluyendo la elaboración de las crisis afectivas como camino de maduración en el amor”²⁸².

4.1.4. Las relaciones interpersonales

Nos parece importante dentro de los fundamentos humanos hacer mención a las relaciones interpersonales porque son ocasión o causa de crisis vocacionales, sobre todo en las mujeres. Las relaciones interpersonales tienen una importancia singular para el funcionamiento de la dinámica del grupo; cuando son sanas y gratificantes estimulan el crecimiento de la persona y del grupo. En cambio, si turban y hacen sentirse extraños, desencadenan los mecanismos de defensa individuales y colectivos²⁸³.

El hombre es por naturaleza un ser social y relacional. Para los religiosos en concreto la comunidad es el ámbito fundamental donde se viven las relaciones interpersonales; está compuesta por individuos concretos con su carga somática, psíquica y espiritual. Toda la persona tiene cualidades y defectos, de ahí que los elementos estructurales de cada uno van a condicionar inevitablemente el entramado relacional.

Para cultivar buenas relaciones interpersonales es importante conocer a los demás pero antes hay que conocerse uno mismo. Y en la medida en que uno se conoce, asegura un profundo conocimiento de los demás y unas relaciones interpersonales positivas. La relación es difícil por la misma complejidad de la estructura personal; por eso no siempre se vive en la felicidad o el éxito gratificante y muchas veces está mezclada con la confrontación y el conflicto; de ahí la importancia de conocerse.

Para cultivar buenas relaciones interpersonales es importante al acercarse al otro cambiar de mirada; eso implica una purificación de las estructuras mentales y de las actitudes para eliminar todas las adhesiones deformadas en las imágenes que uno posee de los demás. Hay que ir al otro en su realidad auténtica, tal como el otro es, con una actitud de respeto. Mejorar las relaciones es aceptar la individualidad del otro con su peculiaridad y temperamento y entender que es distinto y que tiene que manifestarse como tal. La relación será tanto más auténtica cuanto más se relativice el propio juicio y nos adentramos en el ámbito de las motivaciones o subjetividad del otro.

²⁸² CONGREGACION DE LOS SAGRADOS CORAZONES, *Plan de formación Inicial*, Roma 2016, 63.

²⁸³ Cfr. B. GOYA, *Psicología y vida consagrada*, San Pablo, Madrid 1997, 172.

Es importante suspender juicios estereotipados y desarrollar la madurez crítica para relativizar percepciones, necesidades, actitudes, intereses, juicios, etc. Hay que adquirir humildad o sencillez personal para ser capaces de corregir las propias percepciones. Es importante también ser consciente de las reacciones afectivas frente al otro y de su influencia en la percepción, en las motivaciones, intereses, valores, etc., reconociendo los propios límites y su incidencia deformante sobre el otro. Esto supone empatía y comprensión, entender sus problemas, captar sus sentimientos y el lenguaje psicológico que emplean, ponerse en su lugar, entrar en su mundo interior: necesidades, motivaciones, afectividad²⁸⁴. Esto solo es posible con mucho diálogo.

La comunicación en las relaciones interpersonales

Las relaciones interpersonales se nutren de frecuentes contactos personales y de una abundante comunicación. El diálogo fluye cuando reina un clima mutuamente acogedor, de cooperación espontánea y mejor aún, de amistad y confianza; ese clima hace que se abran las puertas a un auténtico intercambio de ideas y de servicio en función del crecimiento del grupo. Se da entonces una transparencia recíproca entre los componentes, quienes se comunican mutuamente sin reservas²⁸⁵.

Con la actitud de diálogo y encuentro mutuos puede establecerse no solo la comunicación externa de los proyectos y los trabajos sino también la interna de las experiencias, los pensamientos y los sentimientos más profundos. Se intercambia al dar y al recibir. Normalmente eso se realiza mediante el lenguaje, pero también mediante la comunicación no verbal, gestos, expresiones de la cara, risa y llantos; son mensajes que no se deben ignorar. Se trata de un encuentro lleno de sinceridad y autenticidad, de acuerdo con el deseo genuino de una comprensión empática y recíproca.

Es importante que el joven en formación experimente que las relaciones en el grupo se establecen con un esfuerzo sincero y continuo de comprender y aceptar su realidad presente, evitando toda tentativa de posesión y de creación de dependencia esterilizantes. Solo así la relación es positiva y ayuda a crecer, a sentirse más uno mismo, en un grupo realmente libre. Se crea entonces un clima adecuado para el amor fraterno, en el que reina

²⁸⁴ Cfr. F. CAMPO, "Aspectos psicológicos", en A. APARICIO – J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 292- 300.

²⁸⁵ B. GOYA, *Psicología y vida consagrada*, San Pablo, Madrid 1997, 172.

el perdón mutuo y la capacidad para animarse, lo que favorece la apertura y la esperanza en el futuro²⁸⁶.

Concretamente en el juniorado se podían crear momentos de encuentros donde se comparte las experiencias, cuidar y aprovechar los momentos festivos, celebraciones y momentos gratuitos y de recreación para consolidar las relaciones y a la vez cultivar actitudes de interdependencia, sencillez y alegría, inclusión, acogida y aceptación mutua, perdón y reconciliación.

4.2.- Formación espiritual

La dimensión espiritual expresa la altura a que el hombre es llamado, lo que puede y debe llegar a ser. La Iglesia afirma la prioridad de la dimensión espiritual, a lo largo de todas las etapas inicial y permanente, y tiene como objetivo principal el sumergir a los religiosos en la experiencia de Dios y ayudarles a perfeccionarla progresivamente en su propia vida²⁸⁷.

4.2.1. Dimensión espiritual

Es importante que el joven en formación pase por una experiencia de Dios profunda, habitual, transformadora, que le lleve a vivir con radicalidad el seguimiento de Jesús. Ya en el postulante o en el noviciado es importante que el joven tenga una experiencia fundante de Dios que sea el punto de arranque para toda la vida. Como remedio a la crisis, J.R. Carballo insiste que en la formación inicial se ponga el acento en una renovación de la experiencia de Dios como su estructura fundamental, porque lo esencial de la vida consagrada y religiosa es buscar a Dios, vivir en Dios²⁸⁸.

En el joven en formación tiene que darse un “enamoramiento”, perder un poco la cabeza por la fascinación y el entusiasmo que suscita la persona de Cristo. No basta llegar a admirarlo por sus cualidades humanas ni sentir gran simpatía por Él, hay que llegar a “ser

²⁸⁶ Cfr. B. GOYA, *Psicología y vida consagrada*, San Pablo, Madrid 1997, 172.

²⁸⁷ PI 35

²⁸⁸ J. R. CARBALLO, “sobre la crisis de la vida religiosa: causas y respuestas”, www.valledeloscaidos.es/files/sobre-la-tesis-de-la-vida-religiosa. (29.02.2016), 4.

introducido en el misterio de la divinidad”²⁸⁹ porque es allí donde van a bajar todas las resistencias generadas por los amores desordenados y se va a dejar a Cristo penetrar hasta los repliegues más profundos del corazón; así la persona deja todo para entregarle a Él la vida entera sin condiciones y sin límites de tiempo.

Todo eso se realizará en el diálogo de amor en la oración. “Una oración constante, prolongada, sencilla, íntima, en silencio y la soledad. Es una oración que no se da en la recitación de preces y salmos escritos por otros, sino que expresa con espontaneidad los propios sentimientos y anhelos y conduce a la mutua donación por amor. Esta relación profunda con el Señor va conquistando toda la persona por dentro: cabeza, corazón y manos”²⁹⁰.

Para una formación sacerdotal consistente, A. Jiménez propone que en los primeros años de formación se enseñe a los jóvenes a practicar métodos diversos y adaptados de oración personal, de meditación, de contemplación, de oración bíblica y que cada uno encuentre el método de oración que mejor le ayude²⁹¹. Y M^a L. de la Hormaza ve que es fundamental que la formación espiritual este encarnada, enraizada en la realidad personal de cada uno y en el contexto en el que se vive; se ha de formar en buscar y hallar a Dios en todas las cosas como razón de nuestro ser religiosos²⁹².

*Verificar la calidad de oración*²⁹³

Es bueno en el juniorado confrontar y comprobar la autenticidad y la calidad de la vida de oración de los jóvenes. Por sus frutos les conoceréis, nos dice Mateo (Mt 7, 15-20). Para verificar la oración ayuda tener en cuenta lo siguiente:

La *atracción por Dios*, la necesidad de estar con el Señor. La persona de oración tiene la ilusión de ir a la oración para estar a solas con Aquel a quien anhela su alma. Porque encuentra descanso en Dios y en el amor a las personas en conexión con Dios. La presencia amorosa de Dios le aporta paz, alegría y amor. A la vez el junior tiene que aprender a orar y ser fiel en el tiempo de sequía y de desolación.

²⁸⁹ Cfr. C. PALMÉS, *Las cinco llagas de la formación y su curación*, Claret, Barcelona 1999, 29.

²⁹⁰ C. PALMÉS, *Las cinco llagas de la formación y su curación*, Claret, Barcelona 1999, 30.

²⁹¹ Cfr. A. JIMÉNEZ, “Causas del abandono del sacerdocio ministerial”: *Teológica Xaveriana*, 45/3 (1995) 297-319.

²⁹² Cfr. M^a L. DE LA HORMAZA, “Acompañar a las nuevas generaciones ¡misión de todos!”: *Confer* 54 (2015) 527-545.

²⁹³ Para verificar la calidad de la oración seguimos lo que propone C. Palmés para el juniorado, C. PALMÉS, *Las cinco llagas de la formación y su curación*, Claret, Barcelona 1999

La *experiencia de la propia pobreza*, que es consecuencia directa de haberse encontrado con Dios y haber experimentado la gratuidad de su amor. Es la convicción de la propia fragilidad e infidelidad. Una auténtica experiencia de Dios hace resaltar más las sombras de las propias limitaciones y el propio egoísmo. Pero esta conciencia del pecado no impide la confianza en Dios; más bien hace sentir la necesidad de su presencia.

La *conversión y compromiso*, esta es la señal más evidente. La auténtica oración conlleva un dinamismo de transformación de la persona, un deseo ardiente de identificarse con Cristo y hace confrontar la vida con el Evangelio. El efecto más importante de la vida de oración es el crecimiento en la fe y en el amor, y crece también el espíritu del servicio y va aprendiendo de salir de sí mismo.

Para que la oración toque el fondo de la persona y la transforme es necesario ponerse largamente a la escucha de la palabra de Dios para dejarse interpelar. Y sobre todo hay que hacer el vacío interior para dejarse invadir por el amor gratuito del Dios-Amor²⁹⁴.

En el juniorado se continúa el proceso oracional iniciado en las etapas anteriores, pero en esta etapa el joven profeso ya va centrando cada vez más su vida en el seguimiento de Cristo, su oración va rumiando lentamente y va criando miembros robustos. Además de cuidar la oración personal diaria, hay que asegurar la oración comunitaria periódica, los retiros mensual y anual. La oración poco a poco va tornándose en fuente que da sentido a toda la vida del junior. Lo típico del juniorado es una oración encarnada en la realidad de la vida, en la realidad social y de la propia persona.

El formador o la persona responsable por la formación del joven profeso es la persona adecuada para verificar y confrontar la calidad de oración. Sabiendo que es también tarea del acompañante espiritual ayudar al joven profeso a discernir la acción de Dios en su vida ya que la Iglesia recomienda que además del formador o formadora el religioso elija un director espiritual²⁹⁵.

²⁹⁴ Cfr. C. PALMÉS, *Las cinco llagas de la formación y su curación*, Claret, Barcelona 1999, 33.

²⁹⁵ PI 63.

4.2.2. El sentido de la consagración, la comunidad y la misión

La consagración

El prototipo de la vocación cristiana es Cristo, la vocación cristiana es ser como Él, una autodonación total. La raíz de la vocación cristiana es la disponibilidad perfecta de la persona. Todos los cristianos están llamados a seguir a Cristo en esta disponibilidad para ser pobres, castos y obedientes en la oferta completa de un corazón indiviso y entregado sin reservas, según la propia vocación.

Es importante que los jóvenes en formación comprendan que la consagración de toda la persona a Dios y a su Reino es el elemento central de la vocación, el que ha de unificar todo el proceso de formación. Y vivir como consagrados hace a los religiosos transmitir un camino contracultural que unifica e integra en las dimensiones humanas y espirituales hasta llegar a la plenitud de la configuración con Cristo y a la unión con él²⁹⁶.

Ya desde la formación inicial es importante que los jóvenes aprendan a vivir la consagración desde la fe donde la fuerza de Dios se manifiesta en la debilidad del hombre. Donde las debilidades y las imperfecciones se convierten para los consagrados en una puerta por la que Dios entra en sus vidas. Sus contradicciones y sus miedos pueden permanecer, pero ellos experimentan la presencia y la fuerza del Espíritu Santo hasta que la oscuridad se transforme en luz.

Es importante también que el joven comprenda que la consagración compromete toda la persona y está constantemente pidiendo una respuesta de amor, una entrega total y sin reservas. Solo así comprenderá que la fragilidad de la vida religiosa quizás sea una etapa necesaria en el camino hacia su profunda renovación de la consagración. Hay que conocer y aceptar las limitaciones de la vida consagrada, sin resignarse y tener el valor de dejarse tocar por una conversión permanente y creer que la vida religiosa es posible en nuestro mundo²⁹⁷, porque Dios la quiere.

En el juniorado se vivirá una cierta estabilidad e integración que le permite afrontar con serenidad y dominio sus propias responsabilidades y aceptar las crisis propias de la etapa como ocasión de crecimiento humano y de maduración de fe y en las actitudes

²⁹⁶ L. M. GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M. “La formación a la vida consagrada como proceso único”: *Confer* 54 (2015) 455-474.

²⁹⁷ M. SANCHEZ MONGE, “Gozos y dificultades de la vida Consagrada en el mundo de hoy”: *Seminarios* 213 (2015) 21- 30.

cristianas y religiosos. El junior vivirá y valorará el desprendimiento, la gratuidad, el agradecimiento, el despojo, el amor a Dios y la disponibilidad. El junior vive con alegría su consagración; una alegría que nace de la experiencia de gracia y llamada de Jesús a su seguimiento lo que le hace capaz de renunciaciones y de adhesiones y reestructuran completamente su vida.

Y para la congregación de SS.CC se concretará profundizando la comprensión y vivencia de la consagración a los Sagrados Corazones. Integrar progresivamente en su persona los rasgos del carisma y fortalecer el sentido de identidad y pertenencia a una Congregación internacional de hermanos y hermanas. El estudio y la profundización de los elementos y características del carisma SS.CC., para integrarlos en su vida de mujer consagrada, la reflexión y estudio de las Constituciones y Decisiones Capitulares, abriéndose a su dinamismo renovador²⁹⁸.

La comunidad

En el apartado de los fundamentos humanos nos referíamos a las relaciones interpersonales necesarias para vivir en grupo. Aquí abordamos la comunidad como necesaria e indispensable en la vida religiosa; la Iglesia nos recuerda que la “comunidad de vida juega un papel privilegiado en la formación en cualquier etapa”²⁹⁹.

La comunidad religiosa es la sede y el ambiente natural del proceso de crecimiento de todos, donde cada uno se hace corresponsable del crecimiento del otro. Hablar de comunidad es describir una vida de verdadera fraternidad, de unión en la diversidad, en la que se vive el precepto del Señor de amarnos de verdad unos a otros (cfr. Jn 15,12). Para vivir en comunidad hay que estar convencidos de que la vida comunitaria es un elemento esencial de la vida religiosa, sin la cual la relación con Dios y el apostolado pierden mucho de su sentido y valor.

Para vivir una vida fraterna hay que conocerse y aceptar cada uno como es. Y para conocerse hay que comunicarse, no solamente hablando de cosas sino de las vivencias y los sentimientos personales porque para llegar a ser verdaderamente hermanos y hermanas además de conocerse es muy importante comunicarse cada vez más de forma amplia y

²⁹⁸ CONGREGACION DE LOS SAGRADOS CORAZONES, *Plan de formación Inicial*, Roma 2016, 61.

²⁹⁹ PI 26.

profunda³⁰⁰. La aceptación supone sumergirse en el mundo del otro y desde allí entenderle e interpelarlo.

La formación, especialmente en el juniorado, es un tiempo privilegiado para formar amistades profundas que duran toda la vida, y que son claves para la vivencia de la fraternidad. La convivencia prolongada con persona de la misma edad, con los mismos ideales, con la misma visión de la vida y con los mismos problemas va creando vínculos afectivos muy estimulantes para caminar juntos con entusiasmo en el seguimiento de Cristo. Se pierde una ocasión única cuando se mandan juniore inmediatamente después de la profesión directamente a comunidades apostólicas.

Hay que preparar a los jóvenes desde el principio para ser constructores y no solo consumidores de comunidad, para ser responsables los unos del crecimiento de los otros como también para estar abiertos y disponibles a recibir cada uno el don del otro, siendo capaces de ayudar y de ser ayudados, de substituir y de ser substituidos³⁰¹. Para eso es importante cultivar cualidades requeridas en toda la relación humana: educación, amabilidad, sinceridad, control de si, delicadeza, sentido de humor y espíritu de participación. Es también útil para la convivencia fraterna la alegre sencillez, la sinceridad y confianzas mutuas³⁰², la capacidad de diálogo y la adhesión sincera a una benéfica disciplina comunitaria.

La formación inicial ha de llevar a los jóvenes a una toma de consciencia de los sacrificios que exige el vivir en comunidad y a una aceptación de los mismos en orden a vivir una relación gozosa y verdaderamente fraterna, y a todas las demás actitudes típicas de un hombre interiormente libre³⁰³ porque cuando uno se pierde por los hermanos se encuentra a sí mismo. Ser consciente de que la comunidad se construye cada día y que en la comunidad no se pueden evitar todos los conflictos; la unidad que se ha de construir y establecerse al precio del perdón y de la reconciliación³⁰⁴.

En el noviciado se supone que se ha iniciado el nuevo estilo de vida comunitaria centrado en las relaciones personales de amistad en el Señor. En el juniorado es el

³⁰⁰ CONGREGACION PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA AAPOSTOLICA, *La vida fraterna en comunidad*, 29-34.

³⁰¹ CONGREGACION PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA, *La vida fraterna en comunidad*, 24.

³⁰² CONCILIO VATICANO II, *Perfectae Caritatis* 14.

³⁰³ Cfr. PI 32-34.

³⁰⁴ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Perfectae Caritatis* 15.

momento privilegiado para vivir con libertad y confianza estas relaciones donde se comparte la vida que genera comunión, se ejercita en la corrección fraterna y se expresa en diálogo con cada hermano. Esta vida comunitaria produce una profunda satisfacción afectiva que ayuda en gran medida a la estabilidad vocacional de los jóvenes.

Y la congregación de los SS.CC lo concretará ayudando a la juniora a desplegar el compromiso con la comunidad poniendo en juego todas sus capacidades, acogiendo y valorando a las demás como hermanas convocadas a compartir la vida. La juniora participa en la elaboración y evaluación del proyecto comunitario, y se le acompaña para que aprenda a elaborar las crisis relacionadas con la vida comunitaria reconociendo las propias expectativas, los límites, aceptando la realidad comunitaria haciendo de ello espacio de gracia y perdón³⁰⁵.

La misión

La misión del instituto constituye el punto de referencia de todo un plan de formación, es la síntesis natural de los componentes fundamentales del carisma, el ámbito en el cual cada uno de ellos reencuentra de algún modo su cumplimiento y plena realización. La finalidad de la misión debe ser clara y motivadora. Durante el periodo de formación el joven debe aceptar y comprender que es formado y se forma para ofrecer un cierto tipo de servicio y el formador debe hacer evidente y convincente su conexión³⁰⁶.

La misión principal en el juniorado son los estudios, formarse. Cada instituto habrá de discernir bien cómo ha de estarlo en cada etapa y periodo formativo. Formarse bien es una responsabilidad personal y del instituto, porque solo una persona bien formada podrá llevar adelante adecuadamente su misión. La teología en su dimensión pastoral ha de proporcionar conocimientos, herramientas y experiencias para llevar adelante la misión carismática de cada instituto³⁰⁷.

Durante la formación es importante que los jóvenes aprendan a integrar la oración, estudio, comunidad y apostolado hasta que lleguen a ser unificados y formar un solo bloque indivisible, como lo fue en Cristo. Durante la formación hay que dar a cada

³⁰⁵ CONGREGACION DE LOS SAGRADOS CORAZONES, *Plan de formación Inicial*, Roma 2016, 64.

³⁰⁶ A. CENCINI, *Vida Consagrada. Itinerario formativo*, San Pablo, Madrid 1994, 258.

³⁰⁷ C. MARTÍNEZ OLIVERAS, "La formación académica y la formación pastoral: de la tensión a la sinfonía": *Confer* 54 (2015) 493-509.

actividad la debida proporción y el tiempo correspondiente y así se adquieran hábitos que a lo largo de la vida asegurarán la vitalidad y armonía de la vocación religiosa³⁰⁸.

El compromiso con los pobres a lo largo de la formación ha de entrar como elemento esencial. Esto se consigue con la praxis en una doble dimensión: una la del contacto real con los pobres otra; contemplando al Cristo pobre hasta sentir la necesidad de identificarse con Él, porque la contemplación de Jesús va conquistando la afectividad profunda y va llevando hacia la conformidad con la persona amada.

El formador no puede contentarse con habilitar al joven a un cierto tipo de apostolado o con verificar sus aptitudes, desde un punto de vista operativo y quizá espiritual; sino que debe ayudarlo a vivir la experiencia apostólica como momento explícitamente formativo, como verdadero y propio lugar de formación personal, inicial y permanente. A. Jiménez ve la importancia de que haya un seguimiento serio en la práctica pastoral y para lograr la finalidad formativa ve que es indispensable un acompañamiento y una continúa evaluación de las pastorales³⁰⁹.

Los estudios ocupan la mayor parte del tiempo y de las energías del juniorado, estudios sistemáticos de teología, ciencias religiosas o civiles para dar solidez y profundidad a la vivencia de la propia vocación, como para prepararse para el apostolado. El hábito de confrontar la realidad y la vida con el Evangelio. Las tareas y responsabilidades asumidas y llevadas a la práctica con una actitud audaz, comprometida y perseverante, mostrando ese darse en la vida sin guardarla ni retenerla.

Y para los SS.CC. la misión se concretará desarrollando el celo y el entusiasmo por la misión SS.CC. de proclamar el amor redentor y misericordioso de Dios, especialmente a los pobres, marginados y oprimidos, dedicándose generosamente a prepararse y/o a servir directamente a esta misión. Es también un momento de ayudar al joven a elaboración de las dificultades en el compromiso apostólico³¹⁰.

³⁰⁸ C. PALMÉS, *Las cinco llagas de la formación y su curación*, Claret, Barcelona 1999, 69.

³⁰⁹ A. JIMÉNEZ, "Causas del abandono del sacerdocio ministerial": *Teológica Xaveriana* 45/3 (1995) 297-319.

³¹⁰ CONGREGACION DE LOS SAGRADOS CORAZONES, *Plan de formación Inicial*, Roma 2016, 65.

4.2.3. La vivencia de los sacramentos

El tiempo de juniorado al ser una etapa formativa donde se profundiza el misterio de la profesión, debía ser también una etapa de profundidad, de gusto por el misterio que el carisma ofrece, de la vivencia y celebración misma de sacramentos.

Al celebrar los sacramentos Jesús regala vida e invita a entrar en la vida. El ciclo sacramental es un sistema de vida, es un espacio en el que la persona se restaura, se alimenta y nace a la vida nueva. Por eso cada sacramento acerca a las fuentes de la vida: al agua de la vida, al pan de la vida, al cáliz de la alianza, la unción de la vida. El que celebra bien esta vida nueva, se deja sorprender por la vida que en cada celebración se nos ofrece³¹¹.

La Iglesia, con el sistema sacramental, ofrece en el año litúrgico un camino espiritual que marca el tiempo y lo llena de sentido. El año litúrgico es como una gran eucaristía extendida a lo largo del año, y en ella va resonando día a día la Palabra de Dios que nos acompaña. En él se celebran los diversos misterios de Jesús y también van apareciendo los diversos momentos de la historia de salvación que afectan a la persona. El que vive con intensidad el año litúrgico en todas sus expresiones (liturgia de las horas, eucaristía, celebraciones penitenciales) dispone de una riqueza inmensa que poco a poco configura su personalidad cristiana y carismática.

La eucaristía es el sacramento de la nueva alianza, la Iglesia reunida en eucaristía, lugar de la revelación de Dios, escucha a Dios que habla como amigo, que se acerca y expresa su amor a cada persona. Excluirse de la asamblea eucarística dominical es como desgajarse del cuerpo, desincorporarse, excomulgarse; es también optar por la deformación, por olvidar el principio transformación y vital que mantiene nuestro cuerpo y espíritu en alianza con la fuente de la vida y el verbo de la vida³¹².

En este sentido el Papa Benedicto XVI exhorta a los cristianos a redescubrir la importancia de la celebración eucarística dominical como forma que configura la vida, porque “el domingo es el día en que el cristiano encuentra aquella forma eucarística de su

³¹¹ Cfr. J. C. R. GARCIA PAREDES, “Cuando los sacramentos configuran el juniorado”: *Vida Religiosa* 119 (2015) 12-17.

³¹² Cfr. J. C. R. GARCIA PAREDES, “Cuando los sacramentos configuran el juniorado”: *Vida Religiosa* 119 (2015) 12-17.

existencia que está llamado a vivir constantemente (...) a vivir conscientes de la liberación traída por Cristo y desarrollar la propia vida como ofrenda de sí mismos a Dios”³¹³.

Quien cada domingo participa en la acción litúrgica, escucha la Palabra, comulga el cuerpo y la sangre de Jesús, nutre y alimenta su vida y vive en Cristo Jesús. Aquí es donde sobre todo, acontece la gran comunión de la alianza porque el año litúrgico es lugar de Alianza, pero también pedagogía de la alianza. Cada tiempo litúrgico tiene su calor, su mensaje, su gradualidad. El año litúrgico es también un itinerario de sanación espiritual y corporal. El adviento y la navidad nos abren a la explosión de la vida y la gracia. Los cuarenta días de cuaresma nos hacen conscientes de las dificultades del camino, de la necesidad de la lucha, de purificación, de nacer de nuevo. Y el tiempo pascual nos invita a disfrutar de la presencia del Señor y nos abre a la esperanza utópica. El tiempo ordinario nos hace descubrir el sentido de lo cotidiano de lo histórico³¹⁴.

La liturgia es la expresión orante de una comunidad la fuente principal de formación y de comunión y una celebración festiva. Han de ser bien preparadas y celebradas. Prácticamente para el juniorado es importante cuidar la celebración diaria de la eucaristía de un modo vivencial sobre todo en los tiempos fuertes de la Iglesia, la liturgia de las horas y la celebración constante del sacramento de perdón y reconciliación. Y la eucaristía dominical preparada y vivida con el pueblo de Dios

4.2.4. El acompañamiento espiritual

El acompañamiento espiritual ha sido siempre una gran ayuda para quienes querían responder al llamado de Dios y buscaban un progreso y una solidez en la vida según el Espíritu. Desde los padres y madres del desierto en el siglo IV es una tradición en la Iglesia que ha atravesado los siglos. Y la Iglesia además de recomendarlo lo considera de vital importancia³¹⁵.

El acompañamiento espiritual es un medio eficaz e indispensable para el crecimiento espiritual y ayuda sobre todo en las primeras etapas de formación a sostener y estimular la fidelidad del joven religioso. El director espiritual sostiene y estimula en el

³¹³ BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis* 72.

³¹⁴ Cfr. J. C. R. GARCIA PAREDES, “Cuando los sacramentos configuran el juniorado”: *Vida Religiosa* 119 (2015) 12-17.

³¹⁵ PI 30, 63; OT 8; CDC, can 246,4; CONCILIO VATICANO II, *Perfectae Caritatis* 14, 18.

joven en formación el crecimiento en el espíritu, porque propone valores, suscita inquietudes, alienta las disposiciones personales más aptas según la capacidad de cada uno, e incluso ayuda a fijar metas accesibles en ese recorrido por el camino del Señor³¹⁶. Para sostener y estimular al joven en su camino espiritual, el acompañamiento espiritual contrasta la oración personal, ayuda a cuidar el compromiso o la actividad pastoral, encuadra los distintos aspectos de vida religiosa en un plan de vida.

Para que haya un acompañamiento espiritual se requieren ciertas actitudes; de parte de acompañado como más indispensables destacamos la *transparencia*, que es el compromiso de abrir la propia consciencia al acompañante sin esconder los hechos ni desfigurarlos. La *voluntad de cambio* que supone estar dispuesto a salir de una vida instalada, si es el caso, o a asumir responsabilidad de poner los medios concretos necesarios para mejorar. Esto se muestra en la constancia, en acudir a las entrevistas y en la actitud de discípulo, consciente de que necesita ser ayudado. Es muy conveniente *preparar la entrevista*, no ir a lo que salga. Preparándola se pueden tocar temas de fondo y se puede comprobar el progreso obtenido o el estancamiento o retroceso.

De la parte del acompañante se requieren ciertas cualidades naturales y ciertas actitudes y disponibilidades personales. Antes de todo se requiere la *empatía*, es decir la capacidad de sumergirse en el mundo subjetivo del otro y entender su experiencia. Supone *sensibilidad* para captar los estados de ánimo, las capacidades y las carencias del acompañado. La empatía ha de ir acompañada de la actitud de escucha y paciencia. También es indispensable el criterio de *equilibrio, prudencia o madurez*, resultado de integración personal en el orden psicológico, humano y espiritual y la capacidad de juzgar rectamente.

Lo que más valoran los jóvenes es la autenticidad del acompañante y que sea una persona coherente y cercana, un testigo que vive lo que predica y que sepa guardar *secreto*³¹⁷. Dada la importancia que tiene el acompañamiento espiritual debería ya iniciarse en el prenoviciado para que el joven en formación vaya adquiriendo el hábito para los años posteriores. Y en el juniorado es cuando se hace indispensable pues se trata de hacer la integración de la vida espiritual con la vida real y el estudio y con la vida comunitaria, con el apostolado y las relaciones.

³¹⁶ J. F. VALDERRÁBANO, "Dirección espiritual", en A. APARICIO – J. CANALS, *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 502-518.

³¹⁷ C. PALMÉS, *Las cinco llagas de la formación y su curación*, Claret, Barcelona 1999, 42-46.

El director espiritual es distinto del formador o superior de la comunidad, el que recibió del instituto la misión de acompañar los jóvenes en formación. Y el director espiritual su tarea es ayudar al formando a discernir la acción del Espíritu de Dios en él y conducir el religioso en vías divinas y a la vez alimentar su vida con una doctrina sólida y con la práctica de la oración³¹⁸. Y el formador es designado como maestro espiritual según el proyecto evangélico de su instituto; su responsabilidad esencial consiste en discernir la autenticidad de la llamada, acompañar al religioso en las rutas del Señor, ofrecerle un sólido alimento doctrinal y práctico y evaluar el camino recorrido³¹⁹. El formador en nombre de la congregación tiene la responsabilidad de ir conociendo al formando y discernir la autenticidad de su vocación.

4.3. Tarea de la institución

Las instituciones tienen una grande tarea y responsabilidad en la promoción de un acompañamiento formativo para que la formación sea sólida y consistente, que incluye la elección y preparación de los formadores, la buena transmisión del carisma del instituto para que sea bien asimilado y vivido y la programación de los métodos y medios formativos que ayuden al joven religioso a hacerse cargo de su propia formación y de su ser religioso.

4.3.1. Preparar a los formadores

Para la preparación de los formadores nos inspiramos de la Instrucción de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida Apostólica³²⁰.

El servicio de la formación, es un auténtico ministerio de la Iglesia y necesita una cierta habilidad. Siendo un servicio delicado y exigente es responsabilidad de los institutos elegir y preparar a los formadores: “para que una familia religiosa tenga a disposición miembros cualificados en este ministerio, los superiores y las superioras mayores, como compromiso primario suyo, elijan cuidadosamente los futuros formadores. Los criterios de

³¹⁸ PI 63

³¹⁹ Cfr. PI 30

³²⁰ CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *La colaboración entre institutos para la formación*, 23-24.

elección, las cualidades exigidas, la preparación y la actualización sean definidos por las normas propias de cada instituto y desarrollados en la *Ratio Institutionis*³²¹.

Teniendo en cuenta las necesidades apostólicas y la situación de urgencia en la que las diferentes familias religiosas actúan, es importante que se tenga mucho cuidado en la elección y preparación de los formadores porque “se trata de uno de los ministerios más difíciles y delicados. Los jóvenes y las jóvenes necesitan sobre todo maestros que sean para ellos hombres de Dios, conocedores respetuosos del corazón humano y de los caminos del Espíritu, capaces de responder a sus exigencias de mayor interioridad, de experiencia de Dios, de fraternidad, y capaces de iniciarlos en la misión. Formadores que sepan educar al discernimiento, a la docilidad y a la obediencia, a la lectura de los signos de los tiempos y de las necesidades de la gente, y a responder a ello con solicitud y audacia en plena comunión eclesial”³²².

A los formadores se les ofrecerán programas y oportunidades que aseguren la necesaria formación teológica y pedagógica, espiritual y también en las ciencias humanas, así como una precisa capacitación en relación con las funciones que han de desempeñar a lo largo del itinerario de formación. Los formadores deben ser expertos, de modo particular, en los temas que se refieren al patrimonio espiritual del fundador o fundadora³²³.

A Jiménez subraya también la importancia de la preparación adecuada de los formadores porque solo así podrán ayudar al candidato a ir purificando gradualmente sus motivaciones, de tal manera que las posibles motivaciones inadecuadas iniciales vayan siendo remplazadas por las motivaciones auténticas y que estas se vayan solidificando a medida que el candidato avance en el proceso formativo³²⁴.

En el juniorado, al ser una etapa más de dinamismo, de estabilidad, de recoger los frutos de las etapas precedentes y de continuar su propio conocimiento humano y espiritual por la práctica animosa de aquello a lo que se ha comprometido, al formador le toca estar, motivar, estimular, instruir y controlar, acompañar las actividades del junior y confrontarla, ayudarlo a discernir y a encontrar a Dios en todo lo que hace. Ayudarle a cultivar criterios,

³²¹ *La colaboración entre institutos para la formación*, 24.

³²² *La colaboración entre institutos para la formación*, 23.

³²³ *La colaboración entre institutos para la formación*, 24.

³²⁴ A. JIMÉNEZ, “Causas del abandono del sacerdocio ministerial”: *Teológica Xaveriana*, 45/3 (1995) 297-319.

actitudes, relaciones, libertad responsable, afectividad equilibrada para ir adquiriendo comportamientos evangélicos.

4.3.2. Transmitir la dimensión carismática

La vocación de todos a la libre autotranscendencia en el amor encuentra su especificación en el carisma religioso. Por eso es importante aclarar el significado que asume dentro del proceso de maduración de la persona, y esta clarificación debe ser hecha en la formación inicial. El carisma del instituto es un presupuesto antropológico fundamental en la formación inicial.

Es importante que el joven en formación sepa cuál es el rol del carisma a nivel intrapsíquico, para que le ayude en su sentido de identidad y su vida. El carisma ha de entenderse y presentarse como la revelación de la propia identidad y más precisamente de aquella parte del propio yo que espera ser realizada. El carisma es teofanía y contemplación de un aspecto particular de la realidad de Dios o de la vida de Cristo.

Por eso la necesidad de superar la dicotomía, a la hora de presentar el carisma, entre vida espiritual y realización del yo; el individuo debe ser conducido desde el principio a captar en su vocación específica, la llamada a ser de un modo particular. El carisma se convierte así en un contenido espiritual existente que desvela la verdad del yo, el objetivo de su maduración³²⁵. Toda la familia religiosa debe hacer un esfuerzo para definir este proyecto específico de Dios y descubrir sus componentes esenciales, con las implicaciones de actitudes y comportamientos que se derivan del mismo.

El camino ascético es otro componente esencial que debe caracterizar a todo el Instituto, lo que se refiere al modo de ser, hecho de comportamientos, de actitudes; por consiguiente de virtudes características que afectan también al ámbito de la propia subjetividad como al de las relaciones con Dios y con los demás; desde las cualidades morales para un cierto tipo de apostolado y el modo característico de vivir la propia consagración y de interpretar los votos; algo pues muy concreto que se remonta a la tradición de la congregación y constituye en algún modo, su estilo, visible y reconocible incluso desde fuera.

³²⁵ Cfr. A. CENCINI, *Vida consagrada. Itinerario formativo*, San Pablo, Madrid 1994, 46.

En la formación es importante que el joven sepa que la comprensión del carisma pasa por la tarea apostólica que va definida en términos precisos de objetivos, tipo de obras, modalidad operativa, personas que privilegiar en la misión, actualización significativa en el hoy. El carisma de una familia religiosa se ha de adaptar al modo de ser de aquellos que lo tienen que vivir.

A. Cencini afirma que “la crisis vocacional de nuestros días, entre otras cosas es consecuencia de cierta superficialidad y generalidad en la presentación del propio carisma”³²⁶. En ese sentido es importante que las instituciones tracen un programa formativo preciso, hecho de etapas y de contenidos en los cuales el joven en formación redescubra gradualmente la propia identidad y lo que está llamado a ser, sintiéndose cada vez más unido a una familia religiosa y a una comunidad de personas con las cuales comparte no solo algunos intereses y convicciones, sino sobre todo un proyecto de vida pensado por Dios.

En la institución de los SS.CC., por ejemplo, el carisma se transmite ayudando a la juniora a profundizar la comprensión y la vivencia de la consagración a los SS.CC., a integrar progresivamente los rasgos del carisma y a fortalecer el sentido de identidad y pertenencia a una Congregación internacional de hermanos y hermanas. Se estudia y se profundiza los elementos y características del carisma SS.CC. para integrarlos en su vida de mujer consagrada. La reflexión y estudio de las Constituciones y Decisiones Capitulares, abriéndose a su dinamismo renovador. El diálogo comunitario y fraterno recreando un lenguaje y significados comunes, que posibilite la vivencia y la transmisión del carisma entre las diferentes generaciones³²⁷.

4.3.3. Método y medios de formación

Las instituciones tienen que concebir la formación como un proceso que abarca todas las etapas de la vida, desde la formación inicial a la formación permanente porque la vida de la persona es continua, es un camino de maduración y crecimiento³²⁸. El objetivo general de un proceso formativo es la libertad de la autotranscendencia del amor. Solo podemos hablar de la formación para la libertad cuando el itinerario formativo orienta y

³²⁶ A. CENCINI, *Vida consagrada. Itinerario formativo*, San Pablo, Madrid 1994, 47.

³²⁷ CONGREGACION DE LOS SAGRADOS CORAZONES, *Plan de formación Inicial*, Roma 2016, 62.

³²⁸ Cfr. M^a L. de LA HORMAZA; “Acompañar a las nuevas vocaciones, ¡Misión de todos!”: *Confer* 54 (2015) 527-319).

adiestra al joven a trascenderse en el amor, hasta el punto de crear en él un modo correspondiente de sentir, gustar y valorar: modo que se expresa en el juicio verdadero y responsable.

El método formativo debe ser considerado desde el punto de vista del sujeto en formación. La impresión general de los jóvenes que llegan en las casa religiosas para emprender un camino formativo es que “no brillan particularmente por su capacidad de decisión y coraje de actuación en las elecciones, ni por la madurez en el discernimiento y disponibilidad a vivir en estado de discernimiento (...). Sería en cambio deseable que encuentren a su lado formadores capaces de formarlos cada día en ese gusto y fatiga con un método inteligente e inspirado”³²⁹, nos parece acertado el método inductivo que propone A. Cencini.

El método inductivo por hacer emerger de la experiencia misma del joven algunos criterios-guía, para confrontarlos después con los valores cristianos. El método inductivo anima a que el joven en formación sea artífice de su juicio conclusivo y al mismo tiempo que sea conforme a los valores evangélicos. Esta será la constante preocupación del formador y este es el objetivo de una auténtica formación para la libertad³³⁰. Formar para la libertad exige del formador claridad de ideas y coherencia de praxis formativa.

Para que la formación sea consistente, a este método de formación se le añaden “los criterios para discernir la llamada”, que aludimos en el capítulo primero donde nos referíamos a los criterios eclesiales que recogen los criterios espirituales y psicológicos, que son importante tenerlos en cuenta, A. Jiménez sugiere que se sea más estrictos a la hora de seleccionar los candidatos³³¹, pero además es importante que los criterios sean examinados de nuevo también cuando el candidato cambia de etapa.

Los medios son muchos y variados. Pero el principal medio de formación es vivir la consagración al Señor cada día, vivir con calidad y honestidad, como una respuesta de amor al don de Dios. Este medio es el que da su auténtico sentido a todos los otros medios. La oración diaria, la celebración de la eucaristía, la adoración, la vivencia del año litúrgico, la reunión de comunidad, el diálogo interpersonal, el servicio apostólico, y tantos otros elementos nos acercan cada vez más a Dios.

³²⁹ A. CENCINI, *Vida consagrada. Itinerario formativo*, San Pablo, Madrid 1994, 183.

³³⁰ Cfr. A. CENCINI, *Vida consagrada. Itinerario formativo*, San Pablo, Madrid 1994, 200.

³³¹ A. JIMÉNEZ, “Causas del abandono del sacerdocio ministerial”: *Teológica Xaveriana*, 45/3 (1995) 297-319.

Para el juniorado los medios de formación que nos parecen son; la vida comunitaria, el acompañamiento personal, la oración personal, el cuaderno de vida, las reuniones de etapa, los ejercicios espirituales cada año, la experiencia laboral, la experiencia pastoral, los estudio teológicos, civiles y de idiomas. El instituto en la etapa del juniorado tiene la tarea de velar para que todo lo que fue programado para la etapa sea cumplido; se puede verificar durante las visitas canónicas provinciales y generales.

4.4. Conclusión

La formación está en función de la renovación personal y comunitaria de ahí la importancia de la preparación de los jóvenes y la calidad humana de los institutos religiosos depende en gran parte de la calidad de la formación de los miembros³³². Una formación mediocre proporcionará una congregación mediocre y una formación seria y prolongada, da una vida religiosa refundada como respuesta evangélica a las necesidades del mundo de hoy.

La formación responsable hará que los jóvenes consagrados puedan dar respuestas pastorales concretas y adecuadas y vivir su consagración a Dios con gozo y alegría, porque comprenden que su vocación es fruto de una vocación discernida y elegida. Eso les dará pie para luchar y resistir contra todo viento que amenace la vocación; una vocación que está construida sobre la roca es consistente, nadie la puede desmoronar (Lc 6,8). Y tiene una gran responsabilidad la institución para que la formación esté sólida y los religiosos se sientan espiritualmente fuertes y con capacidad para enfrentar las dificultades propias que pueden advenir.

³³² PI 1.

Conclusión general

Veámos que la vocación es una gracia, es un don gratuito de Dios. Dios llama y a la vez espera la respuesta libre y responsable del hombre. Y respondiendo a la llamada de Dios el hombre trasciende sus valores y acoge los valores de Cristo que se torna el centro de su vida y es él que la orienta. La respuesta libre al amor gratuito de Dios le compromete a vivir desde este amor que le habita y le invita a entregar su vida gratuitamente.

En este proceso largo de iniciación a la vida consagrada el juniorado, además de ser una etapa de profundización, se caracteriza por ser una etapa para consolidar lo aprendido en las etapas anteriores, un tiempo de madurar las opciones hechas e ir haciendo el proceso de integrarse paulatinamente en la vida y misión del instituto. El papel de la comunidad es importante en esta etapa. Influye mucho la calidad del formador y de la comunidad formativa porque pueden hacer que la experiencia del joven profeso sea mejor o peor. El éxito o las crisis en la vida religiosa sobre todo en los jóvenes en formación, dependen en gran parte del tipo de formador y de la calidad de la vida fraterna que se vive en las comunidades.

La principal causa de los abandonos vocacionales son los problemas de la vocación, el no tener la vida enraizada en Dios, que es la esencia y el fundamento de la vida vocacional. Cuando la vida teologal no está bien cuidada fácilmente el religioso está expuesto; es terreno propicio por donde nacen problemas de varios ordenes, dependiendo del tipo de persona. La relación con Dios debe marcar la vida del religioso; si está bien fundamentada puede llegar todo tipo de tempestad; la casa no se derrumbará porque el religioso la tiene bien enraizada en el Señor (cfr. Mt 7,25).

Es importante que los jóvenes durante la formación pasen por experiencias fundantes, donde ellos mismos consigan percibir un antes y un después. Experiencias que marcan y quedan por toda la vida, experiencias de las que el religioso podrá hacer memoria en tiempo de crisis, porque las memorias buenas, fundantes, se imponen en los momentos de dificultades.

Por detrás de la causa principal de los abandonos están también las causas secundarias que funcionan como chispas que encienden el fuego, que llamamos causas inmediatas de los abandonos. Entre ellas tenemos los problemas comunitarios que van desde los problemas de convivencia, relación con el otro que es distinto y que además no

he elegido para convivir con él. Los problemas vocacionales comienzan cuando el joven se va desenganchando de la vida de comunidad, cuando surge la tendencia de trabajar de manera individualista e independiente, cuando se empieza a organizarse la vida sin contar con nadie aunque todo lo que hace lo justifique con el hacer por el Reino de Dios.

El que ha entendido el sentido de su consagración al Señor sabrá valorar la comunidad y promoverla porque ha comprendido que la vida cristiana comunitaria no es fácil, conlleva sacrificios, y no es fácil vivir este mandamiento del Señor: “que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (Jn15,12). Amar a todos, hasta al que me busca siempre problemas, solo se puede comprender y vivir un amor parecido desde el amor de Dios, el que nos congrega a todos los consagrados. Es importante no olvidar que la comunidad se hace cada día, se construye bajo el precio del perdón y la reconciliación.

La otra causa inmediata de los abandonos son los problemas afectivos; al no tener el corazón fijo en Dios fácilmente se dejan enamorar por cualquier cosa. Es importante tener el corazón fijo en Dios; el corazón que no está orientado a Dios fácilmente se pierde, se deja llevar por los deseos y necesidades que más dominen en el momento. Es necesario e importante que el corazón esté lleno del amor de Dios, esté libre para amar solo a Dios; la palabra de Dios nos dice, donde está tu corazón ahí está tu Dios (cfr. Mt 6,21).

Como sabemos, los problemas en la vida son normales y nos acompañan siempre, pueden sobrevenir en cualquier momento por influencia de factores externos o internos a la persona, y pueden ser ocasión de crecimiento humano y de maduración en la fe en las actitudes cristianas y religiosas o pueden ser ocasión de fracaso. Si se saben aprovechar las crisis son una buena oportunidad para renovar y afianzar la confianza y la fidelidad en Dios.

Pero para llegar a esto es importante una formación sólida que permita al religioso comprender y dar razones de su vocación, una formación que ayude a encontrar en las crisis oportunidades de crecimiento y de afianzar la relación con Dios, una formación que ayude al religioso a sentir el gozo y la alegría de haber sido llamado por el Señor. Una formación donde el religioso se dé cuenta que el Señor a quien se consagró la invita a dar respuesta a cada momento.

Para que la vocación sea sólida y consistente o para minimizar los abandonos en la vida vocacional tienen una gran tarea las instituciones. Los superiores religiosos tienen la

misión y autoridad de ejercitar una verdadera dirección espiritual de toda la Congregación y de las comunidades de la misma³³³. Las instituciones tiene la tarea de promover y animar para que se formen comunidades orantes donde los hermanos y hermanas sean realmente testimonio de vida entregada, de gozo, fervor, con ganas de llevar a Cristo a los demás y que despiertan el deseo de consagrarse enteramente a Dios³³⁴, comunidades que transmitan alegría a pesar de las dificultades. Comunidades donde todos se sienten hermanos en el Señor.

Es también responsabilidad del instituto elegir y preparar formadores capaces de ayudar realmente en la preparación de los futuros religiosos, con la consciencia de que el futuro de la congregación depende en grande parte de la labor que están haciendo al preparar a los jóvenes. Formadores que transmiten vida no solamente con su charlas sino y sobre todo con el testimonio de vida. Y también formar comunidades que sepan integrar las distintas dimensiones correspondientes a la etapa concreta en el que se encuentra el joven en formación. En esto tenemos la congregación de los SS.CC., que nos compartió especialmente la manera de concretar los aspectos formativos del juniorado como la consagración, la vida fraterna, la experiencia de carisma, la misión y la experiencia afectivo-sexual.

Es también tarea de los institutos cuidar dónde mandan los jóvenes en formación pues deben ser comunidades de hermanos o hermanas que quieren realmente a los jóvenes, con disponibilidad y capacidad para ayudarlos en el camino de buscar el Señor, y que sean comunidades compuestas por hombres o mujeres de oración y que el joven tenga al lado alguien como formador que les acompañe y les contraste en su proceso formativo.

Es importante también saber que todos los miembros del instituto son responsables de la formación de sus hermanos, con el testimonio de vida, la manera de vivir la vocación, la simple manera de estar en la comunidad, las opiniones, las actitudes... todo puede formar o deformar. Es importante que todos los miembros de las instituciones asuman que todos son responsables de la formación de los hermanos más jóvenes porque la vida forma.

³³³ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LOS RELIGIOSOS E INSTITUTOS SECULARES SAGRADA Y CONGREGACIÓN PARA LOS OBISPOS, *Mutuae relations* 13.

³³⁴ PAPA FRANCISCO *Evangelii gaudium* 107.

Bibliografía

1. Documentos

a) Documentos de la Iglesia

Código de Derecho Canónico (25.01.1983), BAC, Madrid 2006.

CONCILIO VATICANO II, Constitución. Decretos. Declaraciones, BAC, Madrid 1968.

CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos, Potissimum Institutioni* (02.02.1990), Claretianas, Madrid 1990.

CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos, Renovationis Causam*, (08.10.1998), en http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccsclife/documents/rc_con_ccsclife_doc_02021990_directives-on-formation_sp.html, consultado el 10.03.2016.

CONGREGACIÓN PARA LOS RELIGIOSOS E INSTITUTOS SECULARES, *Dimensión contemplativa de la vida religiosa* (12. 08. 1980) en http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccsclife/documents/rc_con_ccsclife_doc_12081980_the-contemplative-dimension-of-religious-life_sp.html, consultado el 10.03.2016.

CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA *La colaboración entre institutos para la formación* (8-12-1998), PPC, Madrid 1999.

CONGREGACION PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTOLICA, *La vida fraterna en comunidad* (2.2 1994), PPC, Madrid 1998.

OBRA PONTIFICIA PARA LAS VOCACIONES, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa, Confer 9* (1997).

PAPA BENEDICTO XVI, Homilía en la fiesta de san Pedro y Pablo, Roma 2009, en http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2009/documents/hf_ben-xvi_hom_20090629_pallio.html, consultado el 4.03 2016.

PAPA BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis* (22. 02. 2007), San Pablo, Madrid 2007.

PAPA FRANCISCO, *Carta apostólica a todos los consagrados con la ocasión del Año de la vida consagrada* (21.11.2014), en <http://w2.vatican.va/content/francesco/es/events/event.dir.html/content/vaticanevents/es/2014/11/28/letteraconsacraati.html>, consultado el 03.03.2016.

PAPA FRANCISCO, *Evangelii gaudium* (24.12 2013), San Pablo, Madrid 2013.

PAPA PABLO VI, *Declaración acerca de ciertas cuestiones de ética sexual* (7.11.1975), Ciudad del Vaticano 1975.

PAPA PABLO VI, *Sacerdotalis Caelibatus* (24.06.1967), Palabra, Madrid 2002.

PAPA PABLO VI, *Evangelica Testificatio* (29.06.1971), Claume, Madrid 1971.

PAPA JUAN PABLO II, Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a los participantes en el Congreso Nacional Italiano sobre el tema “Misiones al pueblo para los años 80”, viernes 6 de febrero

de 1981 en http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1981/february/documents/hf_jp-ii_spe_19810206_missioni.html, consultado el 20. 05 2016, 2.

PAPA JUAN PABLO II, *Christifideles Laici* (30.12.1988), Paulinas, Madrid 1991.

PAPA JUAN PABLO II, *Pastores Dabo Vobis* (25.03.1992), Palabra, Madrid 1992.

PAPA JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* (25.03.1996), PPC, Madrid 1996.

PAPA JUAN PABLO II, *Fides et ratio* (14.07.1998), BAC, Madrid 1998.

SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, Orientaciones educativas sobre el amor humano (1.11.1983) en http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccatheduc/documents/rc_con_ccatheduc_doc_19831101_sexual-education_sp.htm, consultado el 10.03.2016.

b) Documentos de la Congregación de los SS.CC

BRADLEY, P., *Nuestra Vocación y Misión SS.CC. a la luz de nuestras nuevas constituciones*. Ed. Casa General – Roma 1992, 34.

CONGREGACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA, Boletines de información de los hermanos, *Info SSCC Hermanos*, nº 45, 56, 65, 76, 87 y 98, vía Rivarone 85, 00166 Roma.

CONGREGACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA, Boletines de Información de las hermanas, *Info SSCC Hermanas*, nº 2, 5,8, 11, 19, 21, 26, 29, 31, vía Aurelia 145, 00165 Roma.

CONGREGACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES, *Orientaciones para el discernimiento vocacional y la formación Inicial*, Casa General, Roma 2000.

CONGREGACION DE LOS SAGRADOS CORAZONES, Plan de formación Inicial, Roma 2016.

Constituciones y Estatutos de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, Casa General, Roma 1990.

2. Obras generales

AA. VV., *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Editorial Herder, Barcelona 1993.

AA.VV., *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique. Doctrine et histoire*, 16 volúmenes, Beauchesne, Paris 1937-1994.

APARICIO, A. – CANALS, J., *Diccionario Teológico de la Vida consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1989.

APARICIO, A., *Suplemento al Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2005.

LÉON-DUFOUR, X., *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder, Barcelona 1975.

PACOMIO, L. – V. MANCUSO, V., *Diccionario Teológico Enciclopédico*, Verbo Divino, Estella 1995.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, Espasa Calpe, Madrid 1992, Tomo I y II.

TERESA DE JESUS, *Obras completas*, BAC, Madrid 1967.

3. La vocación y sus crisis

3.1 Vocación

- AA.VV., *La vocation religieuse et sacerdotale*, Cerf, Paris 1969.
- ABREGO, J.M., “Falsos profetas”: *Reseña Bíblica* 1 (1994) 41-47.
- ÁLVAREZ VALDÉS, A., “¿Fue el profeta Jonás tragado por una ballena?”: *Reseña Bíblica* 33 (2002) 5-11.
- BERZOSA, R., *El camino de la vocación cristiana*, Verbo Divino, Estella 1991.
- CALERO, A. M., *El laico en la Iglesia. Vocación y misión*, CCS, Madrid 1997.
- ESPEJA, J., “Sobre la vida consagrada en Europa”: *Alternativas* 47 (2015) 109 – 126.
- ESPEJA, J., *Para comprender los sacramentos*, Verbo Divino, Estella 2012.
- ESTRADA DÍAZ, J. A., *La identidad de los laicos. Ensayo de Eclesiología*, Paulinas, Madrid 1990.
- ESTRADA, J.A., *Una ecclesiología desde los laicos: laicado, comunidad y sacerdocio*, Instituto Teológico de Vida Religiosa (Frontera 60), Vitoria 2008.
- FERNÁNDEZ, B., *La vida consagrada ante la crisis de reducción*, Instituto Teológico de Vida Religiosa (Frontera 47), Vitoria 2004.
- GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M., *Discernir la llamada. La valoración vocacional*, U.P. Comillas-San Pablo, Madrid 2008.
- GARCÍA PAREDES, J. C. R., *Teología de la vida consagrada*, BAC, Madrid 2000.
- GARCIA-LOMAS, J. M., - GARCÍA-MURGA, J. R., *El seguimiento de Cristo*, PPC, U.P. Comillas, Madrid 1997.
- GELABERT BALLESTER, M., “¿Qué 50 años no es nada...? La vida consagrada del Vaticano a nuestros días”: *Confer* 53 (2015) 515-533.
- GIORDANI, B., *Respuesta del hombre a la llamada de Dios. Estudio psicológico sobre la vocación*, Atenas, Madrid 1983.
- GONZÁLEZ, A., *Profetismo y sacerdocio. Profetas, sacerdotes y reyes en el antiguo Israel*, Casa de la Biblia, Madrid 1969.
- MARTÍNEZ, F., *Refundar la vida religiosa. Vida carismática y misión profética*, 3ª edición, San Pablo, Madrid 1996.
- MARTINEZ, F., *Vida religiosa y calidad de vida ¿Bienestar o vida evangélica?*, Instituto Teológico de Vida Religiosa (Frontera 48), Vitoria 2005.
- MARTINI, C. M., *La vocación en la Biblia. De la vocación bautismal a la vocación presbiteral*, Atenas, Madrid 1997.
- MARTINI, C.M., - VANHOYE, A., *La llamada en la Biblia*, Atenas, Madrid 1983.
- MATUNGULU, O., *L'amitié dans la vie consacrée*, Loyola, Kinshasa 1999.
- PIKAZA, X., *Tratado de Vida Religiosa. Consagración, Comunión, Misión*, Claretianas, Madrid 1990.
- PRESA DÍEZ, M., *Antropología de la vida consagrada*, Instituto Teológico de la Vida Religiosa, Madrid 1984.
- PUJOL I BARDOLET, J., *Hacia el futuro de la vida consagrada*, San Pablo, Madrid 2008.
- RIBER, M., *Vocación y servicio en la Biblia*, Marova, Madrid 1970.

URIBARRI BILBAO, G., *Portar las marcas de Jesús. Teología y espiritualidad de la vida consagrada*, U.P. Comillas- Desclée de Brouwer, Bilbao 2001.

VÁSQUEZ SEIJAS, G., *El compromiso secular: vocación del laico cristiano*, Edicep, Valencia 2000.

VIDAL, M., *10 palabras sobre la vida consagrada*, Verbo Divino, Estella 1999.

3.2. Crisis

ARIZMENDI ESQUIVEL, F., “Causas del abandono del ministerio presbiteral en América Latina”: *Seminarios* 41 (1995) 343-358.

BOFF, L., *Las crisis como oportunidad de crecimiento. Vida según el Espíritu*, Sal Terrae, Santander 2004.

CENCINI, A., *La hora de Dios. Las crisis en la vida del creyente*, San Pablo, Madrid 2013.

CONGAR, Y., *La crisis de la Iglesia y Monseñor Lefebvre*, Desclee de Brouwer, Bilbao 1976.

DULONG, R., *Una Iglesia en crisis. Ensayo sociológico sobre la crisis de la Iglesia Católica*, Marova -Fontanella, Barcelona 1972.

FERNANDEZ, B., *La vida consagrada ante la crisis de reducción*, Instituto Teológico de Vida Religiosa (Frontera 47), Vitoria 2004.

JIMENEZ, A., “Las causas de abandono del sacerdocio ministerial”: *Theologica Xaveriana* 45/3, nº 115 (1995) 297-319.

L. PREZZI, “Un bilan de l’année de la vie consacrée”: *Vies Consacrées* 2 (2016) 35- 42.

LÓPEZ GARCÍA, J., “Causas de las crisis de vocaciones en España y en Europa desde un ángulo religioso”: *Revista de Fomento Social*, 92 (1968) 387-399.

LOPEZ GARCIA, J., “Dificultad de la juventud cristiana para comprometerse con la vida religiosa”, *Razón y Fe* 201, nº 1218 (2000) 395-404.

NEBREDA, J., *O renacer o morir: una reflexión socio-religiosa sobre la crisis vocacional*, Instituto Teológico de la Vida Religiosa, Madrid 1974.

OVIEDO TORRÓ, L., “Crisis en la vida consagrada. El problema de los abandonos”: *Razón y Fe* 249 nº 1264 (2004) 209-223.

PALMÉS, C., *Las cinco llagas de la formación y su curación*, Claret, Barcelona 1999.

PASTOR, G., *Análisis de contenido en los casos de abandono de la vida religiosa*, Instituto Teológico de Vida Religiosa, Publicaciones Claretianas, Madrid 1974.

RODRÍGUEZ CARBALLO, J., “Sobre la crisis de la vida religiosa: causas y respuestas”, www.valledeloscaidos.es/files/sobre-la-crisis-de-la-vida-religiosa, en *L’Osservatore Romano* (29 de octubre de 2013) consultado el 29.02.2016.

RULLA, L. M. - IMODA, F. – RIDICK, J., *Antropología de la vocación cristiana II. Confirmaciones existenciales*, Atenas, Madrid 1994.

RULLA, L. M., *Antropología de la vocación cristiana I. Bases interdisciplinares*, Atenas, Madrid 1990.

SANCHEZ MONGE, M., “Gozos y dificultades de la vida Consagrada en el mundo de hoy”: *Seminarios* 213 (2015) 21- 30.

4. Formación a la vida consagrada

- AA. VV., *Formar hoy para la vida religiosa de mañana*. Claretianas, Madrid 1991.
- AA. VV., *Formar para la vida religiosa. Del noviciado a la profesión perpetua*, Paulinas, Madrid 1984.
- ARANGO, E., y Equipo, *Un camino de formación inicial en la vida religiosa*, Verbo Divino, Estella 1991.
- ARRIETA L., *Itinerarios en la formación. Pistas para el camino del seguimiento de Jesús*, Instituto Teológico de Vida Religiosa (Frontera 52), Vitoria 2007.
- BUSTO SAIZ, J. R., “Las instituciones en la Iglesia”: *Sal Terrae* 103 (2015) 705-715.
- CENCINI A., *El árbol de la vida. Hacia un modelo de formación inicial y permanente*, San Pablo, Madrid 2005.
- CENCINI A., *Por amor, con amor, en el amor: libertad y madurez afectiva en el celibato consagrado*, Atenas, Madrid 1996.
- CENCINI A., *Vocaciones: de la nostalgia a la profecía*, Sígueme, Salamanca 2007.
- CENCINI, A., *Los sentimientos del hijo. Itinerario formativo en la vida consagrada*, Sígueme, Salamanca 2003.
- CENCINI, A., *Vida consagrada. Itinerario formativo*. San Pablo, Madrid 1994.
- COMISIÓN EPISCOPAL DE SEMINARIOS Y UNIVERSIDADES, *Madurez humana y camino vocacional*, Edice, Madrid 2002.
- ERIKSON, E. H., *El ciclo vital completo*, Paidós, Barcelona 2000.
- FERNÁNDEZ, B., *La vida consagrada ante la crisis de reducción*, Instituto Teológico de Vida Religiosa (Frontera 47), Vitoria 2004.
- FINKLER, P., *El formador y la formación para la vida religiosa*, Paulinas, Madrid 1984.
- GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M. “La formación a la vida consagrada como proceso único”: *Confer* 54 (2015) 455-474.
- GARCÍA DOMÍNGUEZ, L.M., “Jóvenes profesos: algunos riesgos de la etapa”: *Vida Religiosa* 111/6 (2011) 11-18.
- GARCÍA DOMÍNGUEZ, L.M., “Los jóvenes religiosos vistos por sus formadores”: *Vida Religiosa* 109/ 2 (2010) 34-37.
- GARCIA PAREDES, J. C. R., “Cuando los sacramentos configuran el juniorado”: *Vida Religiosa* 119/6 (2015).
- GOYA, B., *Psicología y vida consagrada*, San Pablo, Madrid 1997.
- GUARDINI, R., *Las etapas de la vida*, Palabra, Madrid 1997.
- GUIJARRO OPORTO, S., “Jesús y sus discípulos”: *Reseña Bíblica* 36 (2002) 5- 12.
- HAUSMAN, N., *Pour la formation dans la vie religieuse apostolique*, Vie Consacrée, Bruxelles 1993.
- HORTAL ALONSO, A., “El valor de las instituciones”: *Sal Terrae* 103 (2015) 663-675.
- LA HORMAZA, M^a L. de, “Acompañar a las nuevas generaciones ¡misión de todos!”: *Confer* 54 (2015) -527-545.
- LA TORRE DÍAZ, F.J. de, “No todos son corruptos. No todos son iguales”: *Sal Terrae* 103 (2015) 677-690.

- LICHERI, L., *Cara a cara. Fundamentos y práctica de la obediencia en la vida religiosa apostólica*, San Pablo, Madrid 2001.
- LUIS CARBALLADA, R. de, “La formación a la vida consagrada en un contexto de complejidad”: *Confer* 54 (2005) 475-492.
- MARTÍNEZ OLIVERAS, C., “La formación académica y la formación pastoral: de la tensión a la sinfonía”: *Confer* 54 (2015) 493-509.
- MARTINEZ, F., *Vida religiosa y calidad de vida ¿Bienestar o vida evangélica?*, Instituto Teológico de Vida Religiosa (Frontera 48), Vitoria 2005.
- MONLOUBOU, L., “Los profetas del Antiguo Testamento”: *Cuadernos Bíblicos* 43 (1994).
- SALGADO GÓMEZ, M., “La formación para la vida fraterna en comunidad: un toque de atención”: *Confer* 54 (2015) 511- 525.
- SANZ ARRIBAS, A., *Camino de formación*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1991.
- URIBARRI BILBAO, G. - MARTÍNEZ – GAYOL, N., *Raíz y viento La vida consagrada en su peculiaridad*, Sal Terrae, Cantabria 2015.
- VIDAL, F., “Popularismo antisistema y cambios cualitativos sostenible”: *Sal Terrae* 103 (2015) 691-703.

Índice detallado

Contenido	1
Siglas y Abreviaturas	2
Introducción	3
<i>Capítulo I: ¿Qué es la Vocación Religiosa?</i>	5
1. 1. La vocación en la Sagrada Escritura	5
1.1.1. La vocación en el Antiguo Testamento	6
Las llamadas colectivas	6
a) <i>La vocación a la existencia humana</i>	6
b) <i>La vocación de Israel</i>	6
Vocación particular	7
<i>Tipos de llamadas</i>	7
Vocaciones específicas	9
a) <i>Jueces</i>	9
b) <i>Reyes</i>	9
c) <i>Sacerdotes</i>	10
d) <i>Los profetas</i>	10
1.1.2. La vocación en el Nuevo Testamento.	11
Llamadas colectivas: a la vida cristiana	11
Llamadas particulares	12
1.1.3. El rechazo de la llamada de Dios en la Biblia	13
1. 2. Reflexión teológica sobre la vocación	14
1.2.1. La vocación según el Concilio Vaticano II	16
1.2.2. Los diferentes tipos de vocación	16
a) Vocación laical	16
b) La vocación matrimonial	17
c) Vocación de especial consagración	17
1. <i>El ministerio ordenado</i>	18
2. <i>La vocación a la vida consagrada</i>	18
1.2.3. La respuesta del hombre	19
Respuesta teológica y espiritual	20
Respuesta antropológica	21
1.2.4. Dificultades posibles en dar una respuesta	22

1.2.5. Criterios para discernir la llamada	23
1.3. La consagración	26
1.3.1. Sentido teológico de la consagración	26
1.3.2. Consagración religiosa	28
1.3.3. La persona consagrada	28
1.4. Un carisma particular	29
1.4.1. La consagración a los Sagrados Corazones	30
1.5. Conclusión del capítulo	30
Capítulo II: La etapa del Juniorado en la formación inicial	32
2.1. La formación inicial en dinámica de proceso	32
2.1.1. Etapas de formación	34
2.2. El juniorado	34
2.2.1. Características y objetivos de la etapa	36
Características	36
Objetivos en clave de proceso	36
a) La profundización	37
b) La experiencia de la cruz	38
c) La consolidación	39
2.2.2. Las dimensiones de formación en el juniorado	40
a) Dimensión humana	40
b) Dimensión espiritual	41
c) Dimensión comunitaria	42
d) Dimensión apostólica	43
e) Dimensión eclesial y congregacional	44
f) Sexualidad	44
2.2.3. El diálogo	45
2.3. Agentes de la formación inicial	46
a) <i>El Espíritu Santo</i>	46
b) <i>La Iglesia</i>	47
c) <i>El joven profeso</i>	49
d) <i>La Comunidad formativa</i>	49
e) <i>La oración</i>	50
f) <i>Comunidad que celebra la reconciliación y el perdón</i>	51
g) <i>El formador</i>	51
Las actitudes del formador	53
Tareas del formador	53
h) <i>El equipo de formación inicial</i>	54
2.4. Los problemas formativos	55

2.5. La formación en los Sagrados Corazones	57
2.5.1. Características de la formación inicial SS.CC.	57
2.5.2. Aspectos prioritarios de la etapa del juniorado	58
2.6. Conclusión del capítulo	59
Capítulo III: Los abandonos vocacionales: el hecho y sus explicaciones	60
3.1. ¿Qué es una crisis?	61
3.1.1. Tipos de crisis	62
Crisis institucional	62
Crisis eclesial	64
Crisis personal - psicológica	65
Crisis vocacional	67
a) <i>En la vocación consagrada</i>	67
b) <i>Las crisis en la formación inicial</i>	68
3.1.2. Crisis que pueden llevar a abandonos	69
3. 2. Abandonos en la vida vocacional	71
3.2. Algunos datos	72
3.3. Abandono en la vida vocacional: las explicaciones	76
3.3.1. Explicaciones religiosas	76
3.3.2. La vida fraterna	78
3.3.3. Explicaciones psicológicas – problemas afectivos	80
3.3.4. Explicaciones sociales y culturales	83
3.3.5. Explicaciones institucionales	85
3.4. Los profesos temporales	86
3.5. Conclusión del capítulo	88
Capítulo IV. El acompañamiento formativo para la vocación consistente	91
4.1. Fundamentos humanos	91
4.1.1. Conocimiento de sí	91
4.1.2. La madurez humana	93
4.1.3. La afectividad y la sexualidad	94
4.1.4. Las relaciones interpersonales	96
La comunicación en las relaciones interpersonales	97
4.2.- Formación espiritual	98
4.2.1. Dimensión espiritual	98
Verificar la calidad de oración	99
4.2.2. El sentido de la consagración, la comunidad y la misión	101

La consagración	101
La comunidad	102
La misión	104
4.2.3. La vivencia de los sacramentos	106
4.2.4. El acompañamiento espiritual	107
4.3. Tarea de la institución	109
4.3.1. Preparar a los formadores	109
4.3.2. Transmitir la dimensión carismática	111
4.3.3. Método y medios de formación	112
4.4. Conclusión	114
Conclusión general	115
Bibliografía	118
Índice detallado	124